

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 20.

NUM. 239.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

NOVIEMBRE 1908

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE VALENTÍN TORDESILLAS
Calle del Tutor, 16.—Teléfono 2.042.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
DEL ATENEO BARCELONÉS

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
ATENEU BARCELONÉS

RECUERDOS

Quedamos en el último artículo en un momento de crisis para mi existencia ministerial.

Los elementos de la Cámara, no diré más reaccionarios, pero sí menos avanzados, por ejemplo, los de la Unión liberal, algunos progresistas y el grupo que sólo aceptaba la Revolución como un hecho, pero no como el ejercicio de un derecho democrático, habían resuelto expulsar del Ministerio á todos los ministros demócratas, á medida que fueran ocupando el banco azul.

Habían provocado la salida de Manuel Becerra, me habían puesto á mí en estudio y esperaban la primera ocasión.

La cuestión religiosa en una de sus manifestaciones, la de la enseñanza, les proporcionó la ocasión que apetecían.

Se presentaron un día en mi despacho tres ó cuatro demócratas de segunda fila, amparados, en cierto modo, por mi director de Instrucción pública, mi amigo particular y ardiente demócrata, D. Manuel Melero, y me presentaron, rogándome que lo prohijase, un proyecto de decreto, que hubiera sido una verdadera bomba explosiva en aquellas circunstancias.

El proyecto era muy breve, y podía sintetizarse en esta fórmula casi textual: «para que la libertad religiosa establecida por la Constitución del Estado tenga su aplicación práctica á la enseñanza pública, se prohíbe en todas las escuelas del reino, que del Estado dependan, la enseñanza del Catecismo».

Ni más ni menos, en dos ó tres líneas.

Me quedé mirándoles, y les pregunté si habían pensado bien el proyecto que me traían.

Ellos me dijeron que lo habían pensado maduramente.

—¿Pero lo han consultado ustedes, al menos, con los jefes del grupo democrático, con D. Nicolás María Rivero ó con don Cristino Martos?

—Ni con uno ni con otro—me replicaron; — es de nuestra exclusiva iniciativa.

—Pues este proyecto— les dije— es absolutamente imposible.

Prescindo del fondo de la cuestión, que es un fondo muy profundo y se enlaza con otros problemas más amplios, por ejemplo, el de la enseñanza laica.

Prescindo de su forma, que más bien que científica ó filosófica ó administrativa, es, en los momentos actuales, un grito de guerra y una provocación para una gran parte del país; y para los carlistas, que andan revueltos y queriendo lanzarse al campo, un pretexto, un hallazgo y hasta les da una bandera.

De todo esto prescindo, y me fijo tan sólo en la cuestión política.

El Ministerio de que formo parte, aunque en él está Rivero, y está Moret, y estoy yo, no es un Ministerio de demócratas, sino un Ministerio de conciliación, que hay un interés superior en que subsista hasta la elección de rey.

Pero este decreto, si yo lo llevase á Consejo, como ustedes pretenden, porque esto pretendían, sin consultar antes con D. Nicolás y Moret, sería una especie de traición á mis compañeros; sería darme la importancia de plantear cuestiones de esta trascendencia prescindiendo de ellos, lo cual, además de traición, sería soberbia intolerable; y, en todo caso, provocaría una gran agitación entre los tres elementos que hoy están conciliados, enconaría más las pasiones, y quién sabe, porque en política se sabe cómo se empieza y no se sabe cómo se concluye, quizá fuera causa de que se rompiera en absoluto la con-

ciliación en que hoy vivimos, y que todo el mundo desea que continúe hasta la elección de monarca.

En suma: sería crearle un conflicto enorme á D. Juan Prim.

Yo creo que, llevar este proyecto al Consejo, es faltar á todos mis deberes políticos, y si ustedes prefieren otra fórmula más franca y más propia de nuestra amistad, les diré que este proyecto me parece, en los actuales momentos, y llevado por mí, un soberano desatino.

Y cogiendo el proyecto, lo hice pedazos y lo arrojé al cesto de los papeles viejos, con cierto malhumor, porque con haberles dicho mucho, no les dije ni la mitad de lo que pensaba.

Ellos quisieron insistir; pero yo les repliqué, en tono algo levantisco, que ni Zorrilla, ni Rivero, ni Martos, ni sobre todo D. Juan Prim, y no se diga del regente del reino, podían estar conformes con el proyecto que ellos me habían traído.

Y no quise hablar más del asunto, y ellos se marcharon un tanto mohinos.

Es la primera vez que cuento estas cosas en público, y las cuento como fueron, con exactitud matemática.

Pasaron algunos días, y casi me había olvidado yo de tal incidente, cuando brotó de nuevo en el Congreso.

Yo no sé cómo se supo; yo á nadie se lo referí; pero transpiró aquella conferencia, aunque transformada y sin que se supiera el desenlace, y dió motivo á una pregunta de mi amigo Bugallal.

Habíamos sido amigos en el Ateneo; ¿pero qué es la amistad ante las exigencias de la política?

Creyeron la ocasión oportuna para derribarme los que me tenían en estudio, y mal enterados ó enterados á medias, ó fingiendo lo que no creían para ponerme en un aprieto, ello fué que una tarde se levantó Bugallal, y con su elocuencia apasionada y agresiva me dirigió, en son de batalla, una pregunta que en suma se reducía á lo siguiente:

—La opinión pública está alarmadísima; la conciencia cató-

lica, alarmadísima y escandalizada, porque ha corrido la noticia, que se da por segura, de que el señor ministro de Fomento va á publicar en breve un decreto prohibiendo la enseñanza del Catecismo en las escuelas públicas; y yo pregunto: ¿es esto cierto? Deseo una contestación categórica del ministro.

Yo le contesté en términos breves y concretos:

—La noticia no es cierta; en Fomento no existe el decreto á que se refiere el Sr. Bugallal.

Tan no existía, como que yo había hecho pedazos el que me trajeron, según queda referido.

Pero no querían soltar su presa los que en mi cartera ministerial habían clavado los dientes, y Bugallal insistió en su pregunta, manifestando que mi contestación no le satisfacía.

Y vino á preguntarme lo mismo que me había preguntado, pero con alguna ampliación:

—Podrá no estar redactado el decreto y á punto de aparecer en la *Gaceta*; pero estará preparándose, y para tranquilidad de las conciencias, es preciso que el señor ministro declare que ni está en preparación el decreto ni piensa publicarlo.

Yo, irritado con lo apremiante de las preguntas y con mi conciencia tranquila, confieso que le contesté con cierta sequedad, asegurándole que el decreto no estaba en preparación.

Sujetándome á la estricta verdad, hubiera podido acentuar más mi negativa y cortar de una vez con las malintencionadas preguntas; pero yo jamás me someto á una humillación, y como en mí los recuerdos se enlazan por manera caprichosa, recordaré y citaré á este propósito el célebre desafío entre don Antonio Ríos Rosas y D. Luis González Brabo.

En no sé qué discusión parlamentaria, usó el primero ciertas reticencias que indignaron al segundo, y en el acto exigió González Brabo que Ríos Rosas declarase que en tales reticencias no se refería á su persona.

Negóse el célebre tribuno á dar explicación de ninguna clase, y la escaramuza parlamentaria terminó por un duelo en que Ríos Rosas le metió una bala en el cuerpo á D. Luis Gon-

zález Brabo. Cuando le vió tendido y desangrándose, se acercó al grupo que formaban su adversario y los padrinos, y cuentan que con voz grave declaró lo siguiente:

—Aquellas frases no las dije por él.

Las dijo cuando vió á su adversario en tierra; no las dijo antes porque no se creyera que quería evitar un lance.

Pues yo, en más modesta y en menos trágica escena, hice una cosa parecida: ni en el Parlamento, ni en el Consejo de ministros que celebramos más tarde, ni en parte alguna, referí lo que había ocurrido. Han pasado cuarenta años, y lo digo ahora, pero no acudiré jamás á este medio para evitar conflictos.

Me limité, como queda dicho, á negar que existiese tal decreto; pero estaban resueltos á derribarme aquel día, y Bugallal convirtió la pregunta en interpelación.

En ésta se empeñó en que yo había de declarar, no sólo que no existía el decreto, sino que no le publicaría nunca.

Esta era realmente la substancia de su peroración.

Contra esto yo protesté con frase y tono breve y desabrido:

«Su señoría—vine á decirle—puede juzgarme por mis actos. Voy más allá, y le concedo el derecho de interpelarme, porque soy generoso en este punto, sobre proyectos que tenga en preparación; pero yo no puedo hipotecar mi pensamiento en beneficio de su señoría, ni sobre mis pensamientos y propósitos puede interpelarme.»

Y como él insistiese, extremando sus ataques y manifestando á la Cámara que mi nombramiento como ministro había sido una improvisación injustificada, y que mi falta de experiencia se traducía en actos tan imprudentes como el que él estaba combatiendo, yo le contesté en el mismo tono, y le dije que bien se conocía que había sido fiscal de imprenta, en su afán de matar todo pensamiento aun antes de convertirse en acto.

Este ataque al exfiscal de imprenta me valió un aplauso de los demócratas y de los republicanos, con lo cual él se enardeció más, y tras un tiroteo de frases, de un escarceo filosófico sobre las religiones positivas, el espiritualismo, el ateísmo y

y otras diversas menudencias, creyendo él que la fruta estaba madura, convirtió la interpelación en voto de censura.

Yo, desde este punto, no quise defenderme más; entregué la cuestión á la Cámara, y con cierto desprecio en el fondo de mi alma, abandoné el banco azul, declarando que había dicho cuanto tenía que decir y que no creía decoroso defender mi cartera.

Al marcharme subí á la Presidencia, y cambié una cuantas frases con D. Manuel Ruiz Zorrilla.

¡Qué cambiado le encontré! No era el de otros tiempos.

Friamente, y con cierta indiferencia, me entregaba á mis enemigos, y cuenta que en la conjura estaban bastantes progresistas.

Yo nada le dije, y me despedí de él cariñosamente, manifestando mi propósito de ir á pasear al Retiro, donde esperaba el resultado del voto de censura.

¿Por qué este cambio en D. Manuel?

Ya lo explicaré en otra ocasión.

Yo continué siendo siempre el mismo para él: determinadas personas quisieron ponerle mal conmigo. Miserias y pequeñeces de la política.

Y me fuí á paseo, tan indiferente y tan frío como estoy ahora, importándome poquísimo el resultado de la votación.

Cuando volví á casa vinieron á referirme lo ocurrido.

El voto de censura se puso á votación nominal, y fué rechazado por una gran mayoría; pero yo pedí la lista para ver los nombres, é inmediatamente me fuí á ver á D. Juan Prim para presentarle mi dimisión.

D. Juan estaba enfermo y sin poder moverse, porque en una cacería le habían dado, días antes, una perdigonada en una pierna.

Con la perdigonada y el escopetazo que en forma de crisis yo le disparaba, no hay que decir de qué humor se pondría, aunque siempre cortés y atento.

Se citó á Consejo, y al Consejo llevé yo mi dimisión por escrito.

Todos se empeñaron en que no había motivo para presentarla; pero yo les demostré que la dimisión estaba fundadísima. Era cierto que yo había obtenido gran mayoría, pero era porque había votado á mi favor casi toda la minoría republicana.

Mas si se contaban los votos de la mayoría, demostraba yo con números y nombres, que eran más los que habían votado contra mí que los que habían rechazado el voto de censura. Que, por lo tanto, la mayoría, á la cual yo representaba, había votado contra mí, y que no podía aceptar, en buenos principios parlamentarios y como ministro, un triunfo debido á las oposiciones republicanas.

El argumento era irrefutable, y no podían rebatirlo.

Insistí en mi dimisión, presentada con carácter irrevocable; y planteada así la crisis, Rivero y Moret anunciaron que si yo mantenía la dimisión, ellos dimitían también.

Era un conflicto, un verdadero conflicto para el general Prim; era la ruptura de la conciliación, ó poco menos. Era hacer imposible toda candidatura regia, y de este modo, como sucede muchas veces en política, se enlazaba lo más pequeño con lo más grande, y porque faltaba un granillo se derrumbaba una montaña.

¿Qué le importaba á nadie, ni á mí tampoco, el que yo fuera ó dejara de ser ministro?

Mi significación política era escasísima por entonces, y, sin embargo, al caer yo, se derrumbaba casi toda la máquina política.

Comprendiéndolo así, me rogó el general que le buscara una solución y una salida.

Me lo rogó en nombre de la idea liberal y con imperios de su amistad.

Y yo le presenté una solución que ya tenía pensada, pero á la que no quise acudir hasta el último extremo.

Porque, ¿quién, aunque no sea vanidoso, y yo no lo soy, no siente los estímulos del amor propio en las luchas apasionadas de la política?

—He aquí mi solución—le dije al general Prim:

Un gran número de progresistas se han abstenido de votar; pues bien: usted les llama, y les obliga á que mañana al leerse el acta, *uno por uno* pidan la palabra, para que conste que unen su voto al de la mayoría en la votación sobre el voto de censura.

Si sumando este número de votos favorables al de los que votaron en mi favor, resulta que tengo mayoría, no sólo en la votación total, sino entre los ministeriales, me resignaré á retirar la dimisión y á no insistir en ella, contando con que en la *Gaceta* conste la no admisión de la misma.

Antes de concluir yo, había aceptado la idea D. Juan Prim, y aquella misma noche llamó, uno por uno, á todos los progresistas que se habían abstenido, y al otro día fueron mansamente, resignados y vencidos algunos; otros, que no se habían enterado del suceso, de buena gana; y todos juntos, formaron una votación de progresistas y demócratas muy superior á la de los votos favorables al de censura.

Mi triunfo se completó publicándose en la *Gaceta* un decreto en que no se me admitía la dimisión.

La conjura quedaba vencida y humillada, y yo satisfecho, con esa satisfacción egoísta y acaso malsana con que se ve la derrota del adversario.

Pero la política es así, y aun los menos aficionados sentimos en la lucha el ardor de la sangre.

Seguí siendo ministro, sin que ya volvieran más á hostilizarme en el Parlamento: hasta la llegada de D. Amadeo, en que, muerto Prim, se formó un nuevo Ministerio.

Pero fuera del Parlamento, todavía la dichosa cuestión del Catecismo me dió que sentir, suponiendo que yo sienta estas cosas, que, á decir verdad, no consiguen ni arañarme la epidermis.

JOSÉ ECHEGARAY

NOTAS

DE UNA

EXCURSIÓN POR LA PROVINCIA DE MÁLAGA

PERTENECER A LA BIBLIOTECA
ATENEO DE BARCELONES

Nuestros buenos vecinos los franceses, que son gente que sabe vivir; que, á pesar de todos los pesares y de todos los contratiempos, se estiman y conceptúan seres muy superiores á los demás nacidos; que no hallan país alguno, no sólo mejor, sino comparable siquiera al suyo— en lo que dan prueba evidente de buen gusto y de amor á la Patria;—que continúan creyendo de buena fe que París es el cerebro del mundo y la capital de Europa, y otras muchas cosas más que todos sabemos,—en todos los tonos repiten, y á mi juicio, no sin causa ciertamente, que es bella de ver aquella tierra de Francia.

Nosotros, los españoles, que á cada paso sacamos á relucir nuestro heroísmo en Sagunto, en Astapa y en Numancia; nuestro Pelayo insigne, á quien tenemos, ó tiene la generalidad de doctos y de indoctos por el iniciador único de la Reconquista; nuestro Cid Campeador, tan desfigurado y maltrecho por los extranjeros y por los catalanes, quienes, de común acuerdo, le comparan con José María y otros personajes análogos; nuestro don Jaime *el Conquistador*; nuestros Reyes Católicos, Isabel y Fernando; nuestro *Gran Capitán*; nuestro Emperador Carlos V, y todas nuestras glorias en el viejo y en el nuevo mundo,—nosotros los españoles, repito, procedemos de otra manera muy distinta, á despecho de nuestra altivez y de lo que llamamos nuestro patriotismo.

Quizás sea espíritu de desconfianza en nosotros mismos;

acaso timidez, que no se aviene ni compagina con nuestra proverbial y no casi siempre verdadera arrogancia; por aventura, aspiración generosa que jamás se realiza. Pero es lo cierto que los españoles nada de bueno vemos en España. Es un país abominable. Nuestros campos, nuestras ciudades, nuestras carreteras, no pueden ser peores, y así lo decimos, con ingenuidad malsana é inexacta las más de las veces; nuestros militares, nuestros políticos, nuestros sabios, ¡qué han de valer lo que cualesquiera otros de otros países! Y, dejando de lado diferentes juicios de naturaleza análoga, ¡hasta hay entre nuestros conciudadanos quien quiere modificar nuestras costumbres desde el periódico oficial, y quien se empeña en que en la ciudad y en el libro hemos de hablar como se habla en el rincón más escondido de Castilla!

Pero que no nos toque nadie á nuestros monumentos. Que no nos toque á nuestras rancias. Ha habido inglés que, por uno de los ladrillos de la *Giralda* de Sevilla, ha ofrecido una barbaridad de miles de duros legítimos, y por un cuadro de no sé qué santo, que había en no sé qué iglesia de no sé qué pueblo, daba también fabulosa cantidad inconcebible. Fuera de esto, lo demás todo es malo y sin comparación con lo extranjero, como lo prueban los tejidos catalanes, que el proteccionismo nos obliga á vestir, y la industria de los sastres nos obliga á pagar como géneros ingleses!

Todo lo dicho viene para demostrar que si es, por exclusión, para franceses y no franceses «bella de ver la tierra de Francia» —por no haber ninguna otra que la supere ni que la asemeje, en el sentir de nuestros vecinos,—también es «bella de ver la tierra de España» para españoles y no españoles, á despecho de las tierras castellanas y de las manchegas; y claro es que, ni en Francia con ser Francia, ni en España, ni en país alguno, los accidentes, la configuración, y el cultivo, y el aspecto del terreno, son siempre los mismos, pues ya es sabido que precisamente

per troppo variar natura e bella.

Más que bella, bravía é imponente en toda su imponderable grandeza y en todo lo sublime de su esplendor se presenta con verdad en aquella región de Andalucía, bañada por las aguas del Mediterráneo, y que, con Granada, con Córdoba, con Sevilla y con Cádiz, parte límites. Aludo á la provincia de Málaga, que empeños oficiales me obligaron á recorrer no há mucho tiempo.

Desde que, pasado Puente-Genil—que á la jurisdicción de Córdoba pertenece,—la línea de los ferrocarriles andaluces se bifurca en Bobadilla para seguir hacia Granada por un lado, y hacia Málaga por el otro, mientras la de Algeciras cruza en dirección al S. la tan famosa y renombrada *Serranía de Ronda*; desde que en pos de la planicie en que el lugar humilde de Bobadilla tiene asiento, se internan los rieles por el valle sinuoso del Guadalhorce,—puede el viajero que se dirige á la patria de los Loring, de los Larios y de los Heredias, formarse idea del relieve con que se se presenta á sus ojos aquella región de nuestra España, así que el tren traspone las trincheras del camino practicado como un surco entre las convulsiones menos violentas con que van las ramificaciones del celebrado *Torcál de Antequera* á unirse por esta parte con la rondeña *Serranía*.

Aunque se ha abusado mucho de la comparación — que no por eso deja de ser exacta,—el tren, abriéndose paso por entre enormes é ingentes moles de piedra, se desliza como una culebra monstruosa por los boquetes practicados en las entrañas de aquellos colosales peñascos que ha horadado la industria del hombre; queda de uno á otro suspendido sobre los cruzados hierros de los puentes que los unen, á la derecha margen del Guadalhorce, cuyas aguas caminan encajonadas en lo profundo para caer en masa formando catarata hirviente—que el viajero no distingue,—en la agreste soledad rocosa de *El Chorro*, más abajo de Gobantes, y, por último, llega al abierto valle de Alora, donde puede decirse que comienza la afamada *Hoya de Málaga*, y donde, á uno y otro lado del río, se espácian risueños campos cultivados no exentos de accidentes, campos en

los cuales, al lado de los naranjos y de los limoneros, de las higueras y de las vides, y de los setos de chumberas, levantan airosas sus penachos las erguidas palmeras, dominando el verdeante conjunto pintoresco.

Pero también, como fondo de aquella decoración deslumbradora y bella, á la una y otra parte del Guadalhorce, cordilleras de elevadas montañas, eslabonadas entre sí por distintos modos, amontonadas las unas encima de las otras, sombrías, llenas de repliegues y de cortaduras, pizarrosas y sin cultivo, se suceden sin fin ni término, dibujando sus crestas y sus picos pedregosos sobre un cielo fuertemente azulado, y envueltas en las violadas gasas de la neblina que esfuma sus contornos. Esto, por lo que hace á la margen izquierda, en la allí ancha cuenca de aquel río, cuyas corrientes han llevado traidoras en tantas ocasiones la muerte, la desolación y la ruina, hasta la misma Málaga. A la derecha, con toda la exuberancia propia del país, con toda la lozanía que el clima la consiente, las alturas, creciendo desde la estación ferroviaria, aparecen cubiertas de hermosa vegetación en cultivo, denunciando la proximidad de un poblado de importancia, que no se ve desde las ventanillas del vagón, pero del que son como precursor anuncio, no sólo aquellas galas de la Naturaleza, sino el monte altísimo que, avanzando de través sobre la línea férrea, se ostenta coronado por las vetustas murallas y los desconchados torreones de un castillo poderoso, que labraron los musulmanes para defensa del lugar y del paso del río, y cuyas ruinas se hallan hoy poéticamente convertidas en cementerio.

Aproximándose y separándose á trechos, continúan dando tonos al paisaje aquellas dos cadenas de montañas, que siguen con cierto paralelismo su camino, y cuyas más ó menos onduladas derivaciones separa el Guadalhorce mencionado hasta que, dejando á la derecha la estación de Cártama, penetra de lleno la línea en la *Hoya ó Vega*, y si permite ver, hacia el confín y límite de la *Sierra de Mijas*, la convexa planicie del mar, que asoma azulado y confuso todavía por entre las labra-

das tierras, no deja de brindar al propio tiempo con el espectáculo de los montes y las sierras que se van alejando como con disgusto en los términos de la izquierda, esmaltados unos y otros por verdequeantes plantaciones y blancos y desperdigados caseríos.

Así se llega á Málaga, la antigua fundación tiro-fenicia, la opulenta ciudad comercial, tan renovada en su caserío por el afán de embellecerla, que apenas si conserva reliquias de otras edades, borrada en mucha parte su originaria fisonomía. Y aun allí, por cima de la única torre de su Catedral; escondiendo sus cimas entre el celaje, la procesión de montes encrespados continúa, y los eslabones de aquella colosal é inacabable cadena llega hasta las mismas aguas del mar, que los bañaba en otros siglos. De tales eslabones es el uno el *Cerro de la Alcazaba*, y el otro inmediato, asiento del *Castillo de Gibralfaro*, tan ridícula como inútil fortificación militar, llamada á desaparecer en días no lejanos, como debe desaparecer, para comodidad de la población, el *Cerro mismo de la Alcazaba*, condenado por sí propio.

Bella es de ver aquella tierra malagueña, con lo que ni expreso nada nuevo, ni cosa que no sepa todo el mundo, en particular los ingleses y los alemanes, que allí pululan, y que puede decirse han establecido en Málaga verdaderas colonias en provecho y beneficio suyo, como he tenido ocasión de comprobar recorriendo diversas zonas de la provincia. Mucho se ha hecho y se hace con el intento de transformar aquella población y darle condiciones para la vida moderna; pero aún queda mucho que hacer ciertamente en semejante empeño.

Hermosa es su *Alameda*, el antiguo y principal paseo que tuvo Málaga, hoy abandonado y totalmente oscurecido por las bellezas del inmediato *Parque*, trazado en terrenos robados por la industria al mar, que los llenaba; jardín espléndido, incomparable y delicioso, aun con no estar terminado todavía, cuajado en primavera de tantas, tan variadas y olorosas flores, que le convierten en prolongado y profuso ramillete, re-

gocijo de los ojos y encanto de los demás sentidos; que olean constantemente las marinas brisas, las salinas bocanadas, que, cual amorosa caricia, como tierno adiós á la ciudad cuyas plantas besaban, arrojan sobre él en incesante conmoción las salobres aguas del *Puerto*, violentamente desalojadas de aquellos sus antiguos dominios seculares.

Todavía, aunque se ha procurado disimular con grupos de follaje y erguidas palmeras el mal efecto que en tal paraje produce, afea el *Parque* la pesada é incolora fábrica de la *Aduana*, presentada de través, maciza, de excelente construcción, es cierto, pero de escaso valor arquitectónico, y en grande y lamentable abandono por lo general, con oficinas míseras é impropias, y su patio central desempedrado y sucio. Aféale asimismo, sobre el desmonte que tantas sorpresas ha proporcionado á los arqueólogos locales, y ha estudiado paciente y amoroso el sabio Rodríguez de Berlanga en una revista barcelonesa,—el *Cerro de la Alcazaba*, con aquella línea de edificios enlazada á la de las antiguas torres de la musulmana fortaleza en viviendas convertidas; con las ruinas medrosas de aquellas otras torres grieteadas, que si «desprecio al aire fueron», según de las de Itálica decía Rodrigo Caro,—como éstas, se rendirán á «su pesadumbre», el día menos pensado, con estragos sangrientos y dolorosos, y que permanecen en pie por verdadero milagro.

Pero cuando se haya renovado el abigarrado caserío de la *Cortina del Muelle* y de las torcidas y estrechas calles que á él afluyen; cuando se haya demolido la *Aduana*, regularizando el *Parque*; cuando demolidas también, por causa de utilidad y ornato públicos, las casas todas del *Cerro de la Alcazaba*, haya sido éste desmontado en su totalidad, y se haya conseguido enlazar la *Plaza de Torrijos* con el dicho *Parque*, entonces será éste, por derecho propio, uno de los más hermosos, si no el más hermoso de los paseos, de todos los paseos de todas las poblaciones de España.

Hasta *el Palo* no puede ser más agradable, y á trechos más

fastuosa, aquella larga avenida que, como futura prolongación del *Parque*, se extiende desde el ruinoso circo taurino, franjeada de hoteles de mayor ó menor visualidad y aparato, y de más ó menos gusto, que alguien podría calificar á la francesa de arquitectura *parvenue*; edificios con pretensiones monumentales muchos de ellos; los unos, en el centro de frondosos jardines que se dilatan hasta la playa misma; puestos en fila los otros, estrechos y encogidos; y á partir del celebrado *Cementerio inglés*, encaramados ordenadamente y en formación correcta por las faldas de las entrecortadas alturas, que, siendo eslabones de la cadena montañosa á la cual corresponde el histórico *Gibralfaro*,—forman, con el *Limonar*, la izquierda de la avenida, donde, como en todas las demás construcciones, la aristocracia mercantil ha hecho continuado alarde de ostentación y de riqueza.

De *la Farola* misma parte el ferrocarril de la costa, cuyo primer trozo se ha abierto á la explotación el presente año; y y dejando atrás *el Palo* y los *Cantales*, llega hoy hasta *Torre del Mar*, pequeño y moderno poblado con esperanzas legítimas de no lejano desarrollo, dependiente y próximo ya á la ciudad de Vélez-Málaga. Tendida la línea sobre las arenas de la playa, hacia Levante,—pasa por la *Malagueta*, bordea el mar, y las olas, ya tranquilas, ya alborotadas, van á estrellarse murmuradoras sobre los rieles, amenazando siempre destruirla. El espectáculo es á la vez tan pintoresco como agradable. A la izquierda quedan los abigarrados hoteles de la avenida de que he hablado antes, y sobre los cuales se dibujan las crestas de las alturas mencionadas; más lejos, los campos cultivados, los cabezos de las sierras que se internan en los macizos de los llamados *Montes de Málaga*, el apeadero de Benagalbón, pueblo insignificante que hay quien supone es cierta población denominada *Segalvina*, y según ilusoriamente se pretende, apellidada *Sex Galbina* en honor de Galba, localidad de donde dicen natural el presbítero Silvano, cuyo nombre figura en el famoso concilio de Iliberris. Más adelante, cortando perpendicularmen-

te los cerros, la antigua carretera de Vélez, por donde, después de la estación del tranvía, discurren en incesante movimiento *iablas*, góndolas, breacks, carros de transporte, recuas de cargadas acémilas y peatones; y por último, prescindiendo de otros detalles, grandes plantaciones de caña de azúcar. A la derecha, el mar, en cuyas aguas, como en inmenso reflector, reverberan los rayos solares, cabrilleando incesantemente y á compás del eterno movimiento que las agita; á trechos, cuando la línea se interna por la ancha playa, los grupos de afanosos marineros tirando pacientemente del *copo*; barcas de todas dimensiones, hechuras y colores, encalladas en la arena; hombres y mujeres que al sol recomponen las redes, húmedas todavía; algún que otro carabinero, y surcando las aguas, allá en el fondo, un vapor que parece leve mancha negra, ó las velas latinas de las embarcaciones pesqueras, que aparecen y desaparecen conforme al ritmo de la respiración del Mediterráneo.

Cuando ya en los duros asientos de una *diabla*—carruaje de ruedas, tirado por un caballo, y que participa en su contextura del *breack* y de la tartana,—cuando, cruzadas las modernas calles de Torre da Mar, se enfila el camino que á Vélez-Málaga conduce,—si es verdad que se echa mucho de menos la sombra protectora del arbolado, que allí no existe, en cambio se recrea la vista con la contemplación de aquella especie de vega, fresca, fructífera y de agradable aspecto, y sobre todo con el que ofrece, allá, al extremo de la carretera, la población, encaramada en las faldas y repliegues de aislado monte, y teniendo en la cima como remate las ruinosas murallas y la única torre que en pie queda todavía de la de otro tiempo formidable *Alcazaba*.

Las calles empedradas, pero estrechas y tortuosas, serpean trepando por el urbanizado monte; y en el abandonado barrio que fué de la *almedina*, se levanta solitaria, sin feligreses casi, la antigua *Parroquia de Nuestra Señora de la Encarnación*, que piadosa creencia supone fundada por el mismísimo San Pedro, la cual fué luego mezquita en los días de los musulmanes, y

cuya fábrica dicen de buena fe ser la misma de aquel templo consagrado en 1487. Labrada en el siglo XVI, en ella quedan muy insignes reliquias tradicionales por lo que á su techumbre hace; y desde las arcadas de su porche el espectáculo de que se goza no puede ser más interesante ni más bello.

Desde él se domina el valle por donde discurre el llamado *río de Vélez*, valle plantado de cañaverales y de huertas, anchuroso allí, limitado por las ramificaciones de los *Montes de Málaga* y por los de aquella *Sierra de Bentomiz*, tan famosa como célebre en los días de la rebelión de los moriscos. Y entre las encumbradas alturas que se hacinan majestuosas y eslabonadas á la derecha, y se empinan y encrespan cerrando el horizonte, distínguese apenas el enhiesto peñasco, donde á modo de vigilante atalaya, tiene su emplazamiento Comares, en el Partido de Colmenar, pueblo humilde, pero bravío, al cual dan notoriedad los acontecimientos históricos de los días del imperio de los hammudíes, la celebrada *Torre de Comares* en el palacio de la Alhambra de Granada, y el marquesado de este título discernido por los Reyes Católicos á favor de aquel insigne prócer lucentino que con el conde de Cabra comparte la gloria de haber hecho en 1483 prisionero á Boabdil en el arroyo de Martín González.

Siguiendo la carretera de la costa, siempre en la misma clase de vehículo, y en la propia dirección oriental,—á no larga distancia de Vélez, se halla Torrón, cabeza del partido judicial de su nombre. En las proximidades del moderno Faro encuéntrase restos de un poblado romano, y entre la arenas se descubren multitud de fragmentos de *tégulas*, asegurándose que también han sido descubiertas sepulturas. Lo que yo puedo asegurar, por haberlo visto, es que debió existir en los postremos días de la dominación de Roma, y en el sitio mismo en que se levanta el Faro, una serie de edificios de relativa importancia, cuando el pavimento de sus habitaciones era de mosaico; mosaico de labor geométrica, hecho de cubos de piedra blanca, negros y rojizos, del cual quedan trozos al descubierto; que al

construir el Faro, apareció un busto de mármol, que no he logrado ver, pero que posee el Ingeniero Jefe de la provincia, y que en él fueron halladas monedas de Abdera, de Sexi y monedas arábigas, así como un candil de barro, de esta última época mencionada, aunque no habría de faltar seguramente quien lo calificase de *pre-romano*.

Para llegar á Torróx, casi frente al Faro arranca de la provincial la carretera vecinal, que se interna entre plantaciones de caña de azúcar y va subiendo hasta desembocar en el antiguo barrio de la *Almedina*, barrio hoy de los braceros y operarios de las fábricas de azúcar que allí existen, y donde la iglesia del antiguo convento de mínimos de *Nuestra Señora de las Nieves* ostenta bello artesonado de alfarge.

La población aparece como enclavada en tres alturas de poca elevación, con el cerro de *Lagos* á Levante, y el de *la Rábita*, donde nada subsiste de lo que allí tuvieron los musulmanes, al NO. Calles empinadas, difíciles, de caserío humilde por lo común, algunos de cuyos edificios románticamente evocan la memoria de los que los hijos del Islám habitaron—hormiguean en todas direcciones por las desiguales laderas, como buscando anhelosos de aquella suerte, la manera de ocultarse entre los repliegues y accidentes violentos de los cerros mencionados; y por cima de la *Plaza de la Constitución*, que se alza plantada de árboles sobre depresión profunda, y es con la de *la Ermita de San Roque*, lo único llano en la apiñada villa,—tendida de través en una altura, aparece la modernísima é incolora fábrica de la iglesia parroquial de *Nuestra Señora de la Encarnación*, que carece de importancia, y cuyas alhajas fueron sacrílegamente robadas y vendidas en Sevilla.

Más allá de Torróx, por la carretera misma de la costa que va siempre bordeando la playa—y que parece en ocasiones cerrada por ingentes y caprichosos peñascos, á través de los cuales se ha abierto aquélla camino,—está en una llanura Nerja, la villa malagueña á que dan actualmente nombre sus celebradas batatas, y que á orillas del mar tendida, tiene como

fondo la sombría masa de los enhiestos montes de *Sierra Tejéa*. Ya ni recuerdo queda en Nerja de los afamados telares de riquísimos paños que en tiempo de los musulimes hicieron prosperar la población, dedicada en su mayor parte al cultivo de la seda y á la fabricación del *tiráz* con que entonces labraban sus vestidos las gentes principales de Granada. Población agrícola, entre plantaciones de caña de azúcar y verdegueantes huertos que fecundizan las aguas del río Chíllar,—el caserío por lo general de planta baja, se extiende en líneas regulares con dirección á la plaza donde por un lado se levanta la moderna parroquia de *San Salvador*, no exenta de interés en su género, y por otro se espacia el agradable paseo llamado *Balcón de Europa*, encaramado sobre los restos de la derruida fortaleza, entre cuyos escombros yacen oxidados y corroídos los cañones que la defendían, y presentando á la vista en dilatadísima extensión, el espectáculo siempre bello del mar, que viene humilde á besar con sus aguas las rojizas rocas del fondo, donde pulula una población de pescadores, y cuyas brisas acarician la villa halagadoras.

Allá, por Levante, en los confines de la provincia de Málaga, está Maro, con sus recuerdos de otras edades; y al N., entre aquellas abruptas eminencias de la *Sierra* que se dijo de *Bentomiz* en su conjunto,—á 6.000 pies de altura alza su mole el histórico y temeroso *Peñón de Frigiliana*, donde se hicieron fuertes los moriscos en 1569, y de donde con grandes pérdidas y fatigas fueron valerosamente desalojados al asalto por las milicias de Felipe II.

Ninguna hay, entre todas las poblaciones que figuran en la tan pintoresca y fértil *Hoya* de Málaga, que tenga como Cártama abolengo más dilatado, ni que haya ofrecido mayor ni más interesante número de testimonios monumentales, exclusivamente relativos á los días de la dominación romana. Diez y ocho kilómetros dista de la capital su estación ferroviaria, en la línea de Córdoba, y aunque desde el siglo XVIII ha sido por los amantes de la antigüedad explotado el suelo de la

villa, descubriendo en él entonces, el ilustre D. José Luis Velázquez, marqués de Valdeflores, grandes riquezas arqueológicas,—todavía el acaso pone de vez en cuando allí, reliquias estimables de manifiesto.

Con el espíritu lleno de esperanzas, é impregnado del respeto misterioso que inspiran siempre en su yacimiento originario las memorias de la antigüedad, en las que vibra y late el alma de razas y de pueblos de quienes sólo muchas veces tenemos noticias por lo que quieren decirnos los escritores, y cuya personalidad aparece imponente y persuasiva, lo mismo en los nobles productos de las artes que en los más humildes de la industria; con el entusiasmo que despierta la idea de contemplar espectáculos—si presentidos, no de conocimiento seguro,—del tren descendí en la estación de Cártama una fresca mañana de Febrero, en que eran por extremo agradables las caricias del sol, aun en aquella privilegiada región de Andalucía.

El coche aguardaba dispuesto al pie de la escalinata de la estación, y arrancó cabeceando por la carretera, trazada entre tierras cultivadas y feraces huertos esmaltados de verdura. Así llegó hasta la orilla izquierda del Guadalhorce, cuyo cauce llenaban las plomizas aguas turbulentas, y allí se detuvo, descendiendo los pasajeros y el equipaje. Una barcaza chata, sujeta á ambas orillas por retorcido alambre, esperaba para pasar el río. La terrible crecida de éste en Octubre del año anterior de 1907, había destruído el puente, cuya fábrica, como cadáver insepulto y descompuesto, aparecía á la izquierda, conservando parte del estribo correspondiente á la margen derecha. Nadie se cuidaba en Málaga de la reconstrucción del viaducto, á pesar de las reclamaciones y las quejas de Cártama, de Coín y de Alhaurín el Grande, poblaciones cuya única comunicación con Málaga es la estación de la primera de las citadas villas, y así continúa y continuará, como otros muchos puentes que vi hundidos en las carreteras del Estado, propias de esta provincia.

La barcaza, empujada vigorosamente por cierto número de hombres metidos en el agua hasta la cintura, cruzó no sin esfuerzo la rápida corriente, y sanos y salvos, aunque no sin alguna mojadura, desembarcamos en la orilla opuesta, donde á los viajeros otros carruajes aguardaban. La carretera seguía entre deliciosas plantaciones, é iba poco á poco trepando por la empinada cuesta del arrecife, cuando á nuestra izquierda, sobre una pequeña elevación, apareció, cual emblema de la fe é invocación suprema, la *Cruz del Humilladero*, que llamó mi atención poderosamente, por ser como anuncio, y heraldo expresivo además, de las memorias arqueológicas de Cártama. La Cruz, que es de hierro, se alza sobre enhiesta columna, cuyo marmóreo fuste de dos piezas y robusto módulo, y cuyo bello capitel, también de mármol, mutilado y corintio, son resto de una construcción romana, quizás del *Foro*, y hallados fueron, no sé si juntos ó separadamente, donde se halla con frecuencia todo, en el sitio que denominan *Fuente Alta*.

Pero, por desventura, de aquellos corpulentos restos estatuarios, arrancados del seno de la tierra por el marqués de Valdeflores en el siglo XVIII, y que adornan las avenidas del *Museo Loringiano* en la espléndida *Hacienda de la Concepción*, cerca de Málaga, no queda sino uno, de iguales condiciones y hermano suyo, que sirve impíamente de guardacantón en la esquina de la casa número 19 de la *calle de la Vera-Cruz*, edificio de la propiedad de D. Fermín Alarcón Luján, donde ha experimentado y experimenta cada día desperfectos irremediables, y donde perecerá al fin, si una mano caritativa y celosa de las honras de Cártama, no salva aquel monumento de la escultura, llevándole para su conservación á un *Museo*.

Mayor es el número de los monumentos epigráficos, romanos, que todavía en la villa subsisten, en peor ó en mejor estado, y que son conocidos por la diligencia de los arqueólogos españoles y extranjeros. Como objetos de curiosidad sin importancia, guarda cinco de los indicados epígrafes su dueño don José Salgado, empotrados los unos á raíz del suelo, y en los

muros los otros del patio de su casa, *Plaza de la Constitución*, número 3, de donde por cualquiera contingencia están llamados á desaparecer; otro, que es un pedestal, ha sido llevado al Cementerio, y colocado sobre una tumba, con una cruz de madera encima. De los demás, registrados por los autores, dos maltratados, y ya ilegible el uno, continúan en las esquinas de la citada *Plaza de la Constitución*, al alcance de los muchachos que los destruyen; otros, aunque sin derecho, han sido llevados al *Museo* del marqués de Loring, en Málaga, donde se han salvado, y otros, por último, han desaparecido.

Con frecuencia son hallados pavimentos de mosaico vulgar, de piedras blancas, negras y rojizas, y de dibujo geométrico, los cuales son destruidos, no llegando ninguno de ellos á alcanzar el mérito del que, recogido en Cártama, figura como pavimento en el mencionado *Museo* particular malacitano. De otras edades, fuera de las ruinas del castillo, nada aparece, como si la vida de esta población hubiera quedado en suspenso al terminar la dominación de los romanos.

Bella es de ver la carretera que, trepando siempre, remonta al galope de los caballos el carruaje que hace el servicio de correos desde Cártama á Coín, villa ésta emplazada en una altura, y rodeada de terrenos cultivados é inmejorables, que además de excepcionales frutos, ofrecen el aspecto de un jardín frondosísimo y delicioso. Cercada está en dilatados espacios por cadenas de montañas, al parecer infranqueables, las cuales, desde el hermoso miradero en que ha sido convertido el Convento de Trinitarios calzados, se despliegan en vistoso anfiteatro, salpicadas de caseríos, y presentando como en un Nacimiento, enclavadas y medio ocultas entre sus contorsiones y accidentes infinitos, otras poblaciones de este partido judicial y del de Alora. Ya no queda en Coín memoria alguna viva de otras edades; nada del famoso castillo que defendió la villa, y en el que fué construída, según es pública voz y fama, la iglesia parroquial de *San Juan Bautista*; pero en cambio es población rica y próspera, de señoril atavío, con calles rectas y bien cui-

das, y buenos edificios con jardines, donde la vida es agradable y regalada.

Poco más de una legua, por terreno quebrado y montuoso siempre, dista de Coín la villa de Alhaurín el Grande; el caminito de herradura que une á ambas poblaciones, cruza barrancos, escala cerros y lomas, costea pródigas heredades, y sigue sinuoso hasta penetrar al cabo en los callejones que dan por esta parte entrada á la villa, la antigua *Lauro*, hoy notable porque en ella hace largas estancias persona tan ilustre como el sabio epigrafista malagueño Dr. D. Manuel Rodríguez de Berlanga, citado arriba. En aquellos callejones bordeados de huertas, y cerrando la que por haber sido allí enterrado un párvulo inglés llaman *del Niño* hoy, y antes dijeron *de los Arquillos*,—subsisten los despedazados restos de un acueducto rural romano, y fueron hallados restos escultóricos y trozos de pavimento de mosaico, que destruyó sin compasión su dueño.

Trasladada desde la *Ermita de San Antón*, perdida un tiempo y recuperada luego felizmente á instancias del pueblo, osténtase en el altar de San Antonio de la iglesia parroquial de *La Encarnación*, una placa de alabastro que mide 365 milímetros de alto por 29 centímetros de ancho, y en la cual destaca en relieve el grupo de la Santísima Trinidad, obra al parecer italiana de los días del Emperador Carlos V, pero que era estimada como *goda*, y representación de *la Profecía de Simeón* equivocadamente.

Aunque no de aspecto tan señorial ni pulcro como Coín, Alora es, sin embargo, población importante. Ya en ella las reliquias de la antigüedad no abundan; pero esto no es obstáculo para su prosperidad bien manifiesta, sobre todo desde que el ferrocarril la beneficia. Situada casi en el comedio de la línea de Bobadilla á Málaga, dista 38 kilómetros de la capital y 32 de Bobadilla; y replegada en las vertientes de alto monte, al pie de la *Sierra del Hacho*, que levanta su imponente mole por cima de la población,—derrámase alegre el caserío en calles pendientes y estrechas con dirección al denominado *Cerro*

de las Torres, que es el que, coronado por las ruinas del casti-
llo, avanza casi de través sobre el profundo y ancho valle por
donde discurren el Guadalhorce y el camino de hierro.

No menos agradable y cuidada que la de Coín es la carre-
tera que desde Alora se dirige á Carratraca, en el partido de
Campillos, y donde solitaria, entre frondosas huertas, se con-
serva la restaurada iglesia del *Convento de las Flores* sobre la
margen derecha del río. Después, cruzando extensos campos;
dando vueltas entre los montes pizarrosos que se erizan en
aquel distrito hasta alcanzar grandes alturas; salvando puen-
tes sobre hondísimos barrancos, puertos, cañadas y pasos de
todo género, al cabo de poco más de dos horas de camino,
llega la carretera á desembocar en Carratraca sobre abierto,
profundo y extenso valle, y entre frondosísimos huertos pobla-
dos de naranjos y de limoneros.

Todavía más alto está Carratraca, población moderna, fa-
mosa por la virtud de sus aguas medicinales y por su celebra-
da y maravillosa *Cueva*, digna de admiración verdaderamente.
Allí la *Sierra Blanquilla* extiende sus abruptos ramales, que
toman nombre de *Sierra de Ardales*, *de las Aguas ó del Baño*,
y de *Sierra de Caparain*; y á legua y media, hacia Levante, se
alzan en lugar eminente y bravío como pocos, las *Mesas de
Villaverde*, que tienen singular resonancia histórica, y que son
con frecuencia por los bañistas visitadas.

Tres horas casi, y á buen paso—el que las escabrosas des-
igualdades del terreno consienten,—emplean en recorrer las ca-
balgaduras aquella corta distancia por estrechísimas veredas
peligrosas que se deslizan á través de las complicaciones de la
Sierra Blanquilla, y las franquean atrevidamente al borde de
tremendos precipicios, donde vienen á eslabonarse por el pie
revueltas las montañas; en perpetuas ondulaciones, la vereda
desciende por rapidísima pendiente arcillosa, resbaladiza, lle-
na de cortaduras, y expuesta, ó sube por un plano inclinado y
violento, dando vueltas en torno de la roca para buscar el paso;
y de esta suerte, si baja hasta el húmedo lecho pedregoso del

Arroyo del Granado, lecho que encajonan sombríos los macizos montuosos que en él vierten sus aguas, y que ancho y agradable, aparece en tal disposición como la calle de un paseo orillada de pomposa arboleda, vuelve á encaramarse el sendero por las vertientes opuestas, para continuar incansable en giros y revueltas sin fin hasta alcanzar la verdegueante loma de una de aquellas eminencias, áridas casi todas ellas, de formas asemejables y tan unidas, que vienen á la postre á cerrar de todas partes el horizonte, cual infranqueable barrera.

A la postre, como nada hay que no tenga término, entre hacinada vegetación de silvestres palmitos, la senda decididamente se dirige dando rodeos hacia extenso promontorio de amontonadas rocas de jaspón blanco, escuetas, repartidas en bancales, con profundos surcos, peladas é imponentes en la majestad soberana de aquellas soledades bravías, y á la vista se dilata en la altura la *Mesa superior*, no exenta de accidentes, cubierta asimismo con extremada exuberancia de palmitos y de lozana vegetación salvaje como de fresca alfombra, destacando en el suelo, sobre el tono verde de la misma, todos esos fragmentos informes de cerámica, rojizos ó amarillentos, residuos de vasijas, de ladrillos, de tejas, que denuncian la existencia allí en otras edades de una población de más ó menos importancia, desaparecida y olvidada ya há largas centurias, y sobre cuyos escombros y ruinas ha tendido llena de coquetería la naturaleza su regio manto vegetal, para disimular el espectáculo pungente de aquellos restos, y ocultar el de su destrucción dolorosa á los humanos ojos, que no aciertan ya realmente á distinguirlos.

Porque allí, en aquella *Mesa superior* y más eminente, que se levanta aislada y casi como el punto central ó el eje del círculo que trazan en torno suyo las accidentadas cordilleras de enhiestos relieves que de todas partes la cercan; allí, en aquel paraje agreste, de dificultoso acceso, de solemnidad incomparable, uno de cuyos costados es el profundísimo tajo por donde corren las aguas de Guadalhorce, que se precipitan

en cascada por el *Chorro*; allí, los escritores en su mayoría aseguran tuvieron su emplazamiento el castillo y la población, desde donde en el siglo ix^o de nuestra Era desafió por largo tiempo el poderío de los Califas de Córdoba aquel insigne caudillo de los muladíes de Málaga, Granada y Córdoba, de aquel famoso Omar-Ebn-Hafsón, á quien los escritores extranjeros, y con más saña el ilustre Dozy, comparan desenfadadamente con José María y los demás bandidos que han campado por sus respetos tantas veces en estas comarcas.

Bien es verdad que el propio Dozy, no sólo moteja despectivamente á los monarcas españoles de la Reconquista, sino que equipara á nuestro Cid Campeador con los *lazzaroni* y *condottieri* italianos, sin acordarse para nada de aquellos otros caudillos y guerrilleros francos que alquilaban sus espadas y vendían con frecuencia sus compañías, su sangre, su honor, en servicio de príncipes y de causas que les debían interesar bien poco, pero que les proporcionaban pingües beneficios.

Como aseguran los escritores á quienes aludo, y entre quienes se cuentan D. Serafín Estévanez Calderón, Simonet y el mismo Rodríguez de Berlanga, que en aquella accidentada planicie existen las ruinas del castillo, de la ciudad y hasta de un templo, procuré como pude reconocer detenidamente la *Mesa*; pero no tuve la fortuna de hallar otra cosa que los fragmentos de que hablo arriba, fragmentos abundantes, entre los cuales predominan los de *tégulas* romanas, pareciendo por ello indicio de un poblado de no grande importancia, que hubo de subsistir quizás hasta los días de la dominación musulímica, de los cuales no apareció rastro por allí, á pesar del interés con que hube afanosamente de buscarlo.

No aconteció lo mismo en una de las Mesas inferiores, de bajada peligrosa, donde, excavada en la roca, se muestra cierta especie de singular vivienda, con huecos de herradura, y dos algibes próximos y ya cegados; y aunque sea de suponer que pudo aquélla ser obra de muslines, á la que dan caprichosos nombres las guías, no es esto del todo suficiente para que

sirva de demostración y prueba concluyente, como se ha creído. Lo que sí es incuestionable, y así lo entiendo, dada la fortaleza del lugar, lo inaccesible del mismo, lo oculto que permanece en aquel inmenso seno que forman los montes y las demás circunstancias que saltan desde luego á la vista del observador, es que si Omar no tuvo allí su cuartel general, aquel castillo de Bobastro, que tantas y tan reiteradas inquietudes produjo mientras subsistió á los Califas cordobeses, y del cual se hizo dueño al fin, destruyéndolo, el grande Abd-er-Rahman III, no pudo en otra y más apropiada parte existir, á despecho del respeto profundísimo que merece y que me inspira la docta opinión del sabio holandés, autor de la *Historia de los musulmanes en España*, quien, por otra parte, no visitó jamás esta comarca.

Si bien no están de Carratraca lejos las estaciones ferroviarias de El Chorro y de Gobantes, más cómodo resulta, aunque más largo, regresar á Alora para tomar el tren, subir á Bobadilla, y dirigirse en la línea de Granada á la hermosa Antequera. En terreno frondoso y despejado, llano casi, pues leves son las ondulaciones que le accidentan, se encuentra situada aquella ciudad, tan famosa como nombrada en nuestro *Romancero*, por las singulares y caballerescas aventuras de su primer Alcaide, Rodrigo de Narváez, héroe de cien leyendas peregrinas; y lo espléndido de su *Vega* deliciosa, alegre, pintoresca y feracísima, pregona la riqueza de la insigne Antequera, cual la pregonan sus industrias textiles, justamente con el aspecto mismo de la población, que no puede ser más risueño ni agradable,

Su *calle de Estepa*, tan celebrada con razón, viene á ser lo que en Madrid la *calle de Alcalá*: la principal arteria, con edificios generalmente modernos y de bellas apariencias constructivas al gusto del país, acaudalada y embellecida por las instalaciones más ó menos lujosas del comercio, en ella con preferencia establecido. Al principio de la calle, que es ancha á proporción y recta, y enfrente de sus casinos, de sus cafés y de sus círculos políticos y recreativos—en algunos de los cua-

les se ha hecho profusa gala de riqueza,—tiene Antequera su *Casa Consistorial*, grande, y aunque de vulgar exterior, bien suntuosa interiormente, establecida en el *Convento* que fué *de los Remedios*, conservando la no menos suntuosa y desahogada iglesia de aquella casa religiosa, de historiadas bóvedas, pintados muros y aparatoso retablo; poco más allá están las denominadas *Esquinas*, que por los grupos que estacionan en ellas tienen algo de la *Puerta del Sol* en la corte; y mientras á un extremo casi de la acera de la derecha levanta con reminiscencias ojivales sus muros la restaurada *Iglesia de San Agustín*, en cuya fundación tuvo parte Ruy Díaz de Rojas y Narváez, Alcaide de la fortaleza antequerana y Comendador de Santiago á principios del siglo xvi,—al desembocar ya la calle en la anchurosa *Plaza de San Sebastián*, presenta la *Collegial* su bella fachada plateresca del tiempo del Emperador á la izquierda, y allá al frente, en la altura, como fondo característico, aún se alzan, cansadas y medio derruídas, las viejas murallas de la antigua fortaleza, por tantas gentes sucesivamente reconstruída, sobre las cuales descuella á un extremo, cual deformado residuo, la *Torre del Reloj ó del Papa-Bellota*, según allí tradicionalmente la nombran.

Empinada y fatigosa cuesta conduce desde allí al recinto de la antigua población, murada y fortalecida otro tiempo, y donde se abre, dando paso á la *Iglesia Mayor de Santa María*, el llamado *Arco de los Gigantes*, célebre entre los epigrafistas, porque en él se hallan incrustadas las que con hiperbólica frase denomina un autor «marmóreas páginas» de gloria para Antequera. Fué construído en los días de Felipe II, el año de 1585, según en él se declara, con el exclusivo objeto de conservar en el mismo los epígrafes romanos hallados en Antequera, en Osqua, en Arastipi, en Nescania, en Singilia Barba, en Casabermeja, en Mollina, y en otros lugares de la jurisdicción de la ciudad entonces. De bien poca gallarda hechura, y ya bien deformado, se hallaba coronado el dicho arco por la estatua romana de Hércules y otras varias, que han desaparecido; y

como no fué en tal ocasión posible sin duda trasladar á aquel sitio los monumentos epigráficos de todas estas partes,—para guardar memoria de ellos, fué esculpida la inscripción de cada uno en una tabla de cuarzo mármol quebradizo, ya rojizo, ya gris, sin respeto á la exactitud, ni grande esmero muchas veces; por donde viene á resultar que, á excepción de la leyenda de un hermoso pedestal, llevado allí de Osqua (*Cerro del León y Huerta de la Solana*), y relativa á Nerva, no hay otra original entre aquellas «páginas marmóreas», pues la abierta en el pedestal del lado opuesto del *Arco* es copia de la de otro pedestal, ya muy desgastado, que subsiste y he visto en la *Plaza* de la glesia del Valle de Abdalagis, que es la antigua *Nescania*.

Arrabal hoy, habitado por gente humilde,—en aquel que se extiende en pos del *Arco*, levanta su fábrica majestuosa y atractiva la interesante parroquia de *Santa María de la Asunción* ó la *Mayor*, formando su fastuosa imafrente el lado principal de la *Plaza Alta*.—De su erección originaria en los comienzos del siglo xvi, deponen las reminiscencias ojivas de sus ventanales, como en *San Agustín*, y el blasón del Obispo de Málaga D. Diego Ramírez de Villaescusa, en la plateresca puerta del presbiterio, produciendo idéntica enseñanza el magnífico é incomparable artesonado de alfarge, que cubre con entrelazos y estrellas ensamblados las tres naves de la anchurosa iglesia. Es éste, de cuantos en la provincia se conservan, el artesonado de mayor riqueza y arte; pero, por desgracia, el templo amenaza ruina y está abandonado y sin culto; el artesonado—podrido el maderamen de la cubierta—se halla en el mismo lamentable estado á los pies de la nave central, penetrando por la ancha abertura practicada las aguas pluviales, que darán en no largo tiempo triste cuenta de aquel suntuoso edificio, del cual nadie se cuida, por desventura. De que durante las centurias xvii y siguiente fué terminada la obra de la imafrente, atestiguan con su estructura todos los detalles de la misma, si bien el desconocido autor de la traza supo huir

prudentemente de toda exageración, procurando conservar la pureza de las líneas clásicas.

Desconcertada la fortaleza, asegura la tradición que en el emplazamiento de *Ermita de San Salvador* estuvo la principal Mezquita de Antequera, lo cual no me parece probable; en esta *Ermita* pequeña, moderna, medio destruída, se conservan desfiguradas efigies de talla del siglo xvi, siendo lo más notable la interesante *pila baptismal*, de barro cocido y esmaltado en verde y adornado de relieves, que allí se guarda, que es producto cerámico de inestimable valor, y de la misma centuria mencionada, por más que sea vulgar la creencia de que es obra *de los moros* (1).

Fuera del *Arco del Agua*, romano, y del torreón donde abría la *Puerta de Málaga*, hoy *Ermita de la Espera*, que es musulmíco, y de los últimos tiempos de la dominación islamita, —poco queda del castillo. Fogones, que se alzan solitarios en la pendiente de la altura; la *torre del Polvorín* y la *del Reloj*, ya nombrada, la cual, en la pequeña puerta que le da acceso, tiene por escalón un pedestal romano, de cuyo epígrafe se entienden algunas letras, y por umbral, labrada piedra visigoda, que es el único monumento de esta edad y de esta naturaleza que tuvo la fortuna de hallar en la provincia.

Es Antequera población profundamente religiosa; y así, abundan allí los templos y los conventos. Entre los primeros, se ha de contar el *del Carmen*, con artesonado de estrellas de alfarge, y sendos monumentales retablos prodigiosamente esculpidos, de gran valor y no igualada riqueza, que trastorna y maravilla, y en los cuales, los artistas de los siglos xvii y xviii hicieron verdadero alarde de maestría, dentro del estilo de la época. No menos bello y rico es el púlpito, labrado en el siglo xviii, siendo muy de sentir no sea conocido de su autor

(1) En estos días precisamente, y con discreto acuerdo, que aplaudo, el Sr. Alcalde y mi buen amigo D. José García Berdoy, ha trasladado á la Casa de Ayuntamiento dicha *Pila*, como primer objeto de Museo Municipal que allí, por indicación mía, ha de construirse.

el nombre. La parroquia de *San Juan*, con sus bóvedas de crucería y otras, son también dignas de atención, si bien la obtienen de preferencia, demás los epígrafes romanos, la famosa *Cueva de Menga*, monumento megalítico de universal reputación y nombre, la *Cueva del Romeral*, que parece ser obra de razas orientales no bien determinadas, y otra *Cueva*, aun sin apellido, no há mucho descubierta, y cuyo estudio hizo, por encargo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, mi antiguo amigo y querido compañero el doctísimo profesor de la Escuela Superior de Arquitectura, Sr. D. Ricardo Velázquez Bosco.

Si en otras poblaciones podrá ser por alguien disculpada y aun explicable hasta cierto punto la destrucción ó desaparición totales de las reliquias musulmanas de todo género, que en esta provincia de Málaga parecía natural fuesen abundantes, más que en otra alguna,—la verdad es que no se comprende cómo en Antequera, con excepción de lo que en los despedazados restos de la tantas veces reconstruída fortaleza perdura, ni existe nada de ningún edificio, ni han aparecido, que se sepa, lápida, ya sepulcral, ya conmemorativa, ú objeto industrial ó artístico, que á los días de los islamitas sea referible. Y aunque en el siglo XII, según el Edrisí, esta ciudad y la de Archidona su vecina estaban casi despobladas,—nueva vida hubieron de cobrar una y otra bajo el gobierno de los Sultanes de Granada, y algún rastro debía descubrirse de sus mezquitas, de sus baños y de sus restantes edificios, así como de sus *macboras* ó cementerios.

Ni ha sido, ni es así, no pareciendo sino que del poder de los romanos pasó Antequera al de Castilla en 1410, y que los diez siglos que median desde el v.º, en el cual se vió España invadida por las razas germánicas, á las que damos nombre de *bárbaros* al estilo de Roma, hasta que el infante don Fernando se hizo dueño de esta ciudad en los principios de la xv.ª centuria, constituyen nebuloso paréntesis, en que fué suspendida la historia de esta población insigne. Y tan es así, que en

el subsuelo, con reiterada frecuencia, y á profundidad escasa, descúbrese siempre romanas huellas, y nunca se tropieza con rastro ni huella de visigodos ni musulimes. Sirva de ejemplo el hecho de que, durante mi permanencia en Antequera, al abrir los hoyos para plantar árboles en las lindes de la carretera de Madrid, fueron hallados, poco antes de llegar á la estación ferroviaria, una basa de mármol blanco en estado perfecto, y trozos de pavimentos de mosaico, de dibujo geométrico y cubos irregulares y grandes, de piedras respectivamente negra, blanca y rojiza, propia del país, estructura que proclama la época de decadencia en que fueron labrados los indicados pavimentos para alguna *Villa* ó finca de recreo; pero ¿qué se hizo de todo cuanto construyeron, labraron y trabajaron los artífices musulmanes desde el siglo VIII.º al XV.º?...

Famoso es, como obra maravillosa de la naturaleza, el macizo eminente y revuelto de calcáreas é ingentes rocas, de todas formas y tamaños, que constituyen el celebrado *Torcal de Antequera*. De él, cual de centro común, y á manera de tentáculos gigantes, parten distintas y encumbradas ramificaciones, que se distribuyen por toda la provincia, enlazando con *Sierra Tejea* al E. y con la *Serranía de Ronda* por el Mediodía. Conocido es de los hombres de ciencia y del turista, y es verdaderamente digno de ser visitado, pues el acaso allí, en la mesa superior de *El Torcal*, ha construído una ciudad fantástica, llena de misterios y de encantos que igualmente impresionan; en la que parece han convivido todos los pueblos de la tierra en todas las épocas de su vida, y han dejado, á modo de elocuente testimonio de su presencia en aquel imponente paraje, multitud de monumentos de todos los estilos, de todos los artes. Allí, en calles sinuosas ó rectas y bien trazadas, al lado de la pagoda india, se alza la catedral ojiva, con sus agujas, sus pináculos y botareles; inmediato al circo romano está el templo azteca, ó la torre china, ó el alminar musulime, ó el arco plateresco, ó la fachada vulgar, ó el obelisco, ó la columnata del templo pagano... Cuan- to la fantasía quiera ver, allí lo encuentra; y á la postre, se

apodera del ánimo invencible melancolía, pues semeja aquel conjunto de caprichos—entre los que abundan los de equilibrio,— grandiosa población abandonada por sus habitantes: algo así como una ciudad desenterrada.

Al cruzar el tren en dirección á Archidona por delante de la legendaria *Peña de los Enamorados*—que ya los mahometanos llamaban en aljamía *de los Dos Amantes*,—no puede darse cuenta el viajero de otro capricho realizado allí por la naturaleza, la cual ha combinado de tal suerte los relieves y recortes de las crestas de las rocas en que se divide la *Peña*, que vista desde Antequera dibuja ésta el perfecto perfil de colosal busto femenino tendido horizontalmente sobre el suelo. La frente, la nariz, la boca, la barba, la garganta, destacan con singular limpieza sobre el azul celaje y como correctamente dibujados por la mano de un artista. Vista desde Archidona, la *Peña* ofrece, de igual modo tendido en sentido horizontal, semejanza notoria con el busto de Napoleón I cubierto del proverbial tricornio. Cuando el viajero, por la hermosa y ajardinada carretera, llega frente de aquella peñascosa altura que bordea el ferrocarril, todo desaparece, y no queda de tales fantasías nada...

Archidona asienta en las movidas lomas de los montes que se encrespan en aquella dirección, y no tiene calle llana. De su primitiva fundación, á tiempos bien remotos llevada por los escritores locales, nada queda, y todavía, por cima de la población, pintorescamente tendida y desparramada en las vertientes de las dichas lomas, se levantan poderosas é inmediatas las unas á las otras, la *Sierra de la Virgen*, la *del Conjuero* y la *de la Hoya*, que parecen dispuestas á escalar el cielo. En la enhiesta cumbre de la primera, con bélicas apariencias, subsiste la cortina torreada de la morisca fortaleza, sobre la cual destacan la espadaña y los blanqueados muros del venerado *Santuario de Nuestra Señora de Gracia*, patrona de la ciudad, y aun más arriba se distinguen los restos del que denominan *el Alcázar*.

La devoción y la piedad han trazado, á través de los breñales de esta *Sierra*, tolerable camino, lo más cómodo posible, el cual va trepando en zig-zag, y desemboca, por último, no sin fatigas en el *Santuario*. Ha acumulado en él la fe testimonios abundantes del amor sin límites que la Virgen de Gracia inspira, y así, de los muros, de las arcadas, de las columnas, de todas partes, penden enracimados ex-votos de hoja de lata, cuadros con fotografías, generalmente de soldados que partieron á la guerra, y toda suerte de religiosas expresiones que envuelven el *Santuario* en espiritual atmósfera simpática, y que por su candor y su sencillez conmueven.

Tiene el *Santuario* de interesante en la relación arqueológica, no sólo los estriados y gruesos fustes de rojizo mármol de sus primeras naves transversales, miembros de construcción que son obra conocidamente romana, sino el conservar el edificio en estas tres naves su disposición y hechura de mezquita, y además notabilísima *pila baptismal* de barro cocido, esmaltada en verde, cubierta de figuras en relieve, muy superior á la otra *pila* de la *Ermita del Salvador* en Antequera, y monumento cerámico de primer orden, labrado en el mismo siglo xvi, cuya conservación debía por todos los caminos en el *Museo Arqueológico Nacional* procurarse, antes de que desaparezca, pues es ejemplar único en su especie. La tradición y el vulgo aseguran que es también como el de Antequera obra de los *moros*, sin fijarse en que entre las figuras destaca, en caracteres minúsculos alemanes, el nombre de Jesucristo en estos dos corrientes nexos: IHS XPO. En el altar principal de la obra incorporada modernamente á la de la deformada mezquita, es de notar la imagen de la Virgen, pintura en tabla, y del siglo xv.

Ofrece vistas incomparables la cumbre de la *Sierra* donde está el *Santuario*; pero de las construcciones que allí pudo haber en tiempo de los musulmanes nada queda. Sólo resta un *algibe*, al cual llaman los naturales *el Palacio de los Reyes moros*, y cuya entrada dificultosa franquean los muchachos con

frecuencia, como algunos turistas, que han dejado escritos sus nombres en los muros: *Semper nomem stultorum*, etc.

No hay en idioma alguno, palabras que acierten á describir ni hagan formar representativa idea de lo que es en realidad la *Serranía de Ronda*, cruzada hoy por el ferrocarril de Algeciras. El viajero que por el tren discurra, tampoco puede apreciar en su majestuosa grandeza incomparable lo que es aquel anudado macizo de intrincadas y revueltas montañas, que los barrenos han perforado á las veces, ó en las cuales han abierto encajonado camino, para tender los rieles de la vía férrea. Nidos de águila son las pequeñas poblaciones, escondidas en los repliegues de aquellos ásperos y encumbrados montes, y no hay manera de divisarlas desde las ventanillas del vagón, como por otras partes de la provincia ocurre. Es preciso haber pacientemente recorrido el país por atajos y veredas, de pueblo en pueblo, para comprender la grandeza de la *Serranía* y el prodigioso espasmo terrestre del cual son fruto, y por el cual emergieron imponentes los relieves complicados que la constituyen en series sucesivas y por igual modo poderosas.

Más que en parte alguna, allí, entre aquellos terribles desfiladeros y aquellos barrancos profundísimos, en medio de aquel bullir incesante y fatigoso de violentas depresiones y de alturas eminentes, que se persiguen las unas á las otras como oleadas de un mar proceloso y revuelto solidificado, y que proporcionan sorprendentes espectáculos llenos de sublimidad á las veces, y accidentados panoramas cuya salvaje monotonía se halla quebrantada por su misma irregularidad y lo bravío de su aspecto,—concíbese el innato sentimiento de feroz independencia de los naturales de la *Serranía*, aislados, viviendo de sus propios recursos, recelosos los unos de los otros, abrigando cierta justificada hostilidad hacia todo lo extraño y desconocido, puesto el hombre en comunicación directa y constante con la naturaleza, que hizo profusa gala allí de su poderío incontrastable.

¡Cuántos misterios guarda por siempre para la Historia

ocultos la *Serranía*! ¡Con qué dificultades y con qué lentitud hubieron de hacerse camino por ella las ideas en todos tiempos! Desde antes de aquellos que revelan, á una legua de Grazalema y media de *Ronda la Vieja*, el despedazado *Dólmen de las Arenosas*, hasta los actuales en que la locomotora lanza sus estridentes silbidos por aquellas perennes asperezas, ¡cuánto tardaría Roma en llevar allí las manifestaciones de su cultura absorbente y edificar á Arunda y Acinipo, á Sabora y Attubi (?)! ¿Lograron, por aventura señorear la *Serranía* los visigodos antes de que Athanagildo hiciera entrega de ella á los imperiales? ¿Señoreáronla los muslimes por completo, cuando sirvió de abrigo á los fugitivos de la región, y era en su mayoría su población de muladíes?

Compréndese al recorrerla la facilidad con que, amparado en ella, en sus ramificaciones y en sus enlaces complicados, supo Omar-Ebn-Hafsón burlar por largo tiempo, durante el siglo ix de nuestra Era, los ejércitos califales; compréndese la independencia de la *Serranía* en el siglo xi con los berberiscos *Beni-Corra*; compréndese el afán con que los sevillanos *Abbaditas* procuraron apropiársela, y la incertidumbre de las huestes almoravides al pretender apoderarse de ella. Prescindiendo de los acontecimientos de aquella época en la cual pasaba del dominio de los Sultanes de Granada al de los africanos *Beni-Merines*, para volver al señorío de los primeros nuevamente por cesión de Abú-Yacub en 1293,—si se comprende que después de la Reconquista, en los comienzos del siglo xvi, y luego en los del año 1569, á ejemplo de sus hermanos de las Alpujarras, los desventurados moriscos, aquellos á quienes dijeron *monfies*—nombre equivalente al de *foragido*, que significa tanto como *desaforado*, esto es, colocado fuera de la ley ó del fuero,—aspiraran á recobrar su independencia en las terribles escabrosidades de la *Serranía*, en cuya tristemente célebre *Sierra Bermeja* halló con los suyos desdichada muerte don Alonso de Aguilar, hermano del *Gran Capitán* y militar insigne; si se comprende que en la gloriosa *Guerra de la Independencia* causa-

ran tantos daños los habitantes de la *Serranía* en las tropas francesas y les impusieran miedo que se ha hecho proverbial,—no se comprende, en cambio, que al amparo de aquellas fuertes murallas, erigidas sabia y estratégicamente por la naturaleza, ni los moros en la xvi.^a centuria ni los españoles en la xix.^a fueran á la postre reducidos por sus adversarios.

Si Antequera cautiva por lo delicioso de su *Vega*, por su compostura y su riqueza creciente, Ronda impresiona y seduce por lo singular y enriscado de su posición, por su historia, por sus monumentos y también por su riqueza misma. Ha pretendido la fotografía en los modernos tiempos difundir y vulgarizar la más emocionante de las perspectivas de aquella población ilustre por tantos títulos, dando á conocer el célebre *Tajo*; pero no ha conseguido que nadie pueda formarse idea ni de lo que es el *Tajo* mismo, ni de lo que es la población, ni de su emplazamiento, como no lo consiguen las descripciones de Hernando del Pulgar, ni de Mármol, ni de Vicente Espinel, ni de Fariña, ni de Ribera, ni de nadie. Es preciso para ello haber recorrido su perímetro para hacerse cargo de lo singular, lo fortificado, lo inaccesible del lugar en que Ronda asienta, siendo ésta ciertamente una de las cosas más imponentes, más singulares y «más bellas de ver» que hay en España.

No pretendo yo, ni mucho menos, intentar la descripción del lugar referido; porque, aun suponiendo que presumiera disponer de medios superiores—lo cual no es exacto,—sobre ser ridícula en mí la pretensión, no conseguiría tampoco representar la imagen en forma de que fuese de todos contemplada tal cual verdaderamente es ella, pues no hay, además, palabras en ningún idioma que tan poderosas y eficaces sean. Por hallarse emplazada sobre enhiesto peñasco, á modo de península ceñida y rodeada por el Tajo caudaloso, que en torno de aquél forma profunda cava—renombre y fama tiene entre todas las ciudades españolas la imperial Toledo. Mas hay que reconocer y confesar que, por agria, por inexpugnable, por escabrosa é imponente que resulte la posición de la histórica ciudad de los

Concilios, no es comparable con la de Ronda, ni pueden ser comparables tampoco los panoramas que á la vista una y otra población ofrecen. Por todo ello, he de renunciar al propósito de describir la posición de la antigua Arunda, contentándome con consignar que está construída en la cima de dos enormes y eminentísimos peñascos, por entre los cuales discurre en lo hondo el río Guadalquivir, unidos hoy los dichos peñascos por el atrevido viaducto que en el siglo XVIII construyó el maestro Aldehuela; que en el uno de ellos, y derramándose por sus vertientes, fué en su origen fundada la población, perdurando allí, y constituyendo el barrio aristocrático en lo antiguo, y la verdadera *Ciudad* por lo que tiene este nombre; y que en el otro, apellidado *el Mercadillo*, es donde la población moderna se extiende en nuestros días.

Todavía, á trechos, se conservan lienzos de muralla y aun cuadradas torres de los varios recintos que circundaban la ciudad propiamente dicha; y mientras se hacen en aquellos bien visibles, por la regularidad y el arte de su contextura, las huellas de los constructores romanos en grandes trozos, no escasean tampoco los que, de sólido mampuesto, hoy descarnado, proclaman lo musulmánico de su progenie, aunque sin determinar la época, y los que fueron obra de los reconquistadores, después de 1485. Unos en pos de otros, los pueblos diversos que habitaron en Arunda cuidaron afanosos de defenderla, reparando sus fortificaciones, casi en la propia línea, pues si los romanos tuvieron como centro principal de sus poblaciones la murada *urbs*, y en torno suyo, también murados, los *vicos* en los cuales hacían vida gentes más humildes, y entre ellas las sometidas á su imperio,—tuvieron los musulmanes la *al-medina*, que con la *urbs* concertaba, y los *arrabales* que á los citados *vicos*, más ó menos exactamente correspondían.

De esta suerte, venía á ser la misma la organización de las ciudades entre los unos y los otros, y perduró la necesidad con la costumbre de mantener en apartamiento, con recintos fortificados independientes, la parte principal y más noble, con

aquellas otras secundarias y más humildes: emplazada la primera en la cima del peñasco, y en las estribaciones y derrames del mismo las segundas. Por el testimonio de los escritores árabes es conocido el hecho de que en el último tercio del siglo xi reconstruyó solícito las murallas y los propugnáculos de Ronda Al-Môtadhid de Sevilla, luego que arteramente se hizo dueño de la ciudad, con el exterminio de sus señores los berberiscos Ben-Abí-Corra, conservándose la poesía que á tal obra dedicó regocijado.

Esta circunstancia—si el hecho es, como parece, exacto,— induce á creer que la fortaleza romana, reparada sin duda alguna por los propios musulimes, sobre todo en los siglos ix y x de nuestra Era por acontecimientos no registrados en la Historia—había llegado á la xi.^a centuria en deplorable estado, imponiendo la necesidad de su reconstrucción, con el natural aprovechamiento de cuanto subsistiera en condiciones. Semblante hace de comprobar lo consignado por los historiadores árabes, no sólo la resistencia que Ronda opuso á las huestes almoravides en el mismo siglo v.^o de la Hégira, sino el respeto del caudillo africano que la asediaba desde lejos, sin osar acercarse, y la traza con que se vió forzado el hijo de Al-Môtamid, que comandaba en Ronda, á hacer de la ciudad entrega á los almoravides.

Incuestionable es que algo de aquella obra debe de subsistir todavía; pero no lo es menos que, perpetuado el sistema constructivo entre los musulimes, no hay medios hoy eficaces para distinguir la parte construída por Al-Môtadhid, de la que fué ejecutada en los siglos posteriores, y principalmente, en los días de los Al-Ahmares. De las diversas puertas que hubieron de abrir en el recinto superior ó *al-medina* no subsiste, si acaso, más que el torreón de la llamada *Puerta Cijara*, tapiada hace tiempo. El torreón, desmochado, tiene por cimiento y base un gran peñasco, por el cual tomó el nombre descriptivo de *Bib-as-ssjara*, ó *Puerta de la roca*; de las de los arrabales, tampoco subsiste, en el *Barrio de San Francisco* y

saliendo á la *Alameda*, sino la hoy denominada *Puerta de las Imágenes*, torreón flanqueado por sendos tambores ruinosos, reparados después de la Reconquista, y fortalecidos por aspi-llerados rebellines, construídos delante de aquéllos en los días del Emperador Carlos de Gante.

Nombre tuvo esta Puerta, que aún subsiste practicable— aunque ya innecesaria,—de *Puerta de Almocabar*, *Bib-al-Mocabar*, ó *Puerta de los cementerios*, por los que en forma de frondosos jardines hubieron de existir probablemente en la *Alameda*; allá, cerca ya del profundo lecho del río—en la pendienteísima y fatigosa *Cuesta* ó *Camino de los Molinos*,—aún se conserva otro torreón, igualmente desmochado y de pequeñas dimensiones, deformado algún tanto, el cual es designado con el nombre de *Arco del Cristo*—por el que dentro de un nicho allí se ostenta,—sin que se sepa su antigua denominación verdadera; y por torreón semejante, desde el hondo y pintoresco valle que se extiende sinuoso y alfombrado de verdura al pie de la enorme altura en que la Ronda actual emplaza, tenía entrada el camino de ronda de la fortaleza.

Los tres, labrados en ladrillo, son de arco de herradura apuntado, propio ya de los tiempos del reino de Granada (siglos XIII á XV) sin duda alguna; los torreones, tales como el llamado *del Homenaje*, son cuadrados y de mampuesto, que no se diferencia en nada del mampuesto de las antiguas fortificaciones de la *Alhambra*; y así, ha de concluirse forzosamente que las tres puertas subsistentes y la mayoría por lo menos de las torres, son obra de los últimos días de la dominación mahometana, arguyendo por tanto, que en ellos fué totalmente reparada, ya que no reconstruída, la cintura de murallas de la *al-medina* y de los arrabales, como hubo de ser en mucha parte renovado el caserío de la mencionada *al-medina*, según parecen acreditar la *Casa* llamada *del Rey Moro*, propiedad de D. Salvador Linares, en la *calle del Marqués de Parada*, número 17, y más especialmente la casa número 36 de la *Plaza de Don Juan de Dios Córdoba*, donde se conservan no sólo las

columnas del patio, con marmóreos capiteles granadinos, sino restos de la policromada yesería de un arco cairelado, del tiempo de Mohámmad V seguramente, con bellísimas labores é inscripción koránica en caracteres críptico-ornamentales, no siendo otra la enseñanza que se desprende del examen del bello alminar, en ladrillo, que todavía se alza, no sin reformas, en la *calle de Méndez Núñez*, que antes se dijo *de las Boticas*.

De las diversas esculturas romanas que halladas fueron durante el siglo XVI, no en lo que fué la *urbs*, sino en el suburbio ó vico de que fué parte la *Alameda* en el *Barrio de San Francisco*, y de las cuales hablan los escritores de aquella centuria y de las dos siguientes,— únicamente se conservan, á lo que parece, con distinto mérito y descabezadas, las dos estatuas togadas que llevó á su casa el afortunado inventor D. Rodrigo de Ovalle, y que hoy figuran por la parte interior, á uno y otro lado de la puerta del jardín del que fué palacio del marqués de Moctezuma, y es hoy Colegio de los PP. Salesianos. De allí procede asimismo, si no estoy trascordado, un pedestal en estado fragmentario, el cual, después de haber permanecido luengos años empotrado en el edificio de la Alhóndiga, cuartel luego de Milicias y hoy del Batallón de Cazadores de Chiclana, ha pasado á la escalera de la nueva casa de Ayuntamiento, conservando parte del epígrafe, publicado multitud de veces, y últimamente por Hübner y los hermanos Oliver y Hurtado.

En esta parte noble y la más antigua de la población, que llaman, como tengo dicho, *Barrio de la Ciudad*, y donde con otros ya más ó menos deformados tuvieron sus casas ilustres familias, entre las cuales recuerdo la del conde de Cheste y la del insigne tribuno rondeño D. Antonio de los Ríos y Rosas,— tiene también su emplazamiento la Iglesia Mayor, de *Santa María de la Encarnación* denominada.

No es éste, templo que haya logrado la fortuna de llegar á nuestros días en la disposición y forma en que sobre la demolida *Mezquita-Aljama*, fué erigido en los albores de la XVI.^a cen-

turia. Carece de imafrente, lo cual le da aspecto bien extraño, que no consigue templar con sus cuadrados cuerpos inferiores de ladrillo ni con los de tradición ojival bastardeada, la bella torre que se levanta gallardamente en el extremo S. O. del edificio. En sus fachadas laterales, sobre todo en la del N., los ventanales y aun las puertas y el aparejo recuerdan asimismo la dicha tradición, interrumpida por la obra de los constructores de fines del siglo xvii y del xviii, quienes labraron pseudo-clásicas portadas á la una y otra parte, recargadas de decoración, como labraron el ábside, exteriormente no terminado.

Y he de confesar que al penetrar en aquel templo, grandioso y por extremo sombrío, me hallé algún tanto confuso, por no acertar al primer pronto cuál era con verdad la cabecera de la iglesia, pues á uno y otro extremo de la misma se alzan sobre el muro sendos retablos, ambos igualmente principales. La parte mayor del buque de aquel templo corresponde, aunque no con entera exactitud, al O., y es de carácter ojival, decadente, con tres naves soportadas en varios tramos por pilares de junquillos, capitel corrido de cardinas, y bóvedas de crucería en las naves laterales, que han sido en la central reemplazadas por otras esféricas, impropias en la fábrica. La parte menor corresponde al Este; es de carácter pseudo-clásico, con robustísimas y altas columnas de fuste estriado, y proporcionados capiteles que se inspiran en el orden corintio, recordando esta porción del edificio la mano de los artistas que erigieron el trozo inferior de la catedral de Málaga. Hay allí dos iglesias realmente: la de la parte inferior es el *Sagrario*, y la de la superior y más moderna la *Parroquia*, siendo por extremo notable la historiada Sillería del Coro, esculturada en el siglo xviii por dos artistas, cuyos nombres son totalmente desconocidos, lo cual es de sentir muy de veras, pues las imágenes que destacan de medio bulto en los respaldos de las sillas altas, inspiradas en la tradición de Pedro de Mena, son casi todas de mérito, por lo que me permito recomendar este Coro

á la fina observación del Sr. D. Pelayo Quintero, para sus interesantes estudios acerca de las *Silleras de Coro en España*.

De las demás iglesias de Ronda, es digna de atención la del *Espíritu Santo*, que ha experimentado en su fábrica pocas alteraciones, y merecedora de estima la imafrente de la *Parroquia de Santa Lucía*, con portada de arco apuntado y volteles simétricos, y cuerpos superiores sencillos pero característicos del siglo xvi, obteniendo sobre todas estas construcciones religiosas la preferencia la portada del edificio del *Convento de San Francisco*, la cual, con la tapiada y antigua *Puerta del Perdón* en la Catedral malagueña, constituye ejemplar muy superior de la decadencia ogival, profusamente decorada, y única en toda la provincia.

Lo que excitó en gran manera mi atención, ya en el *Barrio del Mercadillo*, fué cierta capilla que, á modo de porche, avanza sobre la línea de construcciones que forman la calle donde aquélla subsiste. Tiene nombre de *Capilla de los Dolores*, y las arcaturas que la forman aparecen soportadas al centro por dos columnas en cuyos fustes destacan hasta cuatro figuras quiméricas, cuyas cabezas, sujetas con un dogal al dicho fuste, fingen formar el capitel del mismo. Supónese fué *Capilla Expiatoria*, labrada en los días de los Reyes Católicos, y no he hallado semejante suyo en parte alguna, dentro ni fuera de la jurisdicción de Málaga, ni aun en el extranjero.

Mucho y en muy gran modo excitaron mi curiosidad y despertaron mi interés en la *Cuesta de la Pileta* las llamadas *Cuevas de Muros*, abiertas en la roca viva. La principal de ellas, de gran amplitud, y tanto que ha servido para fábrica de jabones, se muestra sostenida por recios pilares informes, con varios aros de medio punto esbozados en la piedra, de la que rezuma constantemente el agua, humedeciendo el ambiente. Otra, abierta á un costado y en alto, con huecos también informes, parece una habitación; y en sus inmediaciones la roca presenta mortajas rectangulares de longitud proporcionada á la del cuerpo humano. Hay quien sospecha que aquellas cue-

vas naturales sirvieron de refugio á los cristianos cuando las persecuciones de la Iglesia, y no falta quien asegure que allí fué descubierto un sepulcro calificado de judío.

Como objetos de curiosidad también, no dejaré de mencionar en esta población insigne, las tres momias que se conservan en la bóveda de la Iglesia del *Hospital de Santa Bárbara*, fundado por los Reyes Católicos. Una de dichas momias es atribuída al maestro Vicente Espinel, gran amigo de Lope de Vega y autor de la *Vida del Escudero Marcos de Obregón*; pero según se ha demostrado, habiendo fallecido Espinel en Madrid, y habiendo sido enterrado en *Santa Catalina de los Donados*, no puede ser en consecuencia de aquel maestro, gloria de Ronda, su patria, la momia que la tradición sin fundamento señala como de aquel insigne hombre, á quien fué erigido en la *Plaza de Santa María*, hoy de *Weyler*, modestísimo monumento que, no sé por cuáles causas, ha desaparecido de aquel principal paraje.

Pero si Ronda obsesiona y seduce por la posición que ocupa y por su notabilísima historia, mayor obsesión produce la memoria de *Ronda la Vieja*, la romana Acinipo, construída á no larga distancia de Arunda, en la cima y en las vertientes de levantado monte, por las cuales se han hallado y se hallan todavía esparcidos restos á veces interesantes en el sentido del Arte y de la Arqueología, y denunciadores de la magnificencia de aquella población, en la cual, con más buen deseo que exactitud, situaron los doctos académicos de la Historia é inseparables hermanos D. José y D. Manuel Oliver y Hurtado la famosa *Munda Pompeiana*.

Habiase metido en agua el tiempo, á la sazón que me proponía visitar las renombradas ruinas. Ansioso de contemplarlas y reconocerlas, y por ser más cómodo el camino, según me habían indicado—sin temor al temporal, tomé el tren hasta Setenil, pasando por Parchite; y una vez que desde la Estación del ferrocarril hube llegado al pueblo referido (el cual corresponde á la provincia de Cádiz, y se aparece de pronto y sin

transición en una hondonada), y luego de detenerme en él el menos tiempo posible para organizar la expedición—á pesar de la lluvia, que entenebrecía el panorama y le despojaba en parte de su belleza, aunque no de su grandiosidad,—trepé animoso por las vertientes de aquellos montes, y así, en medio de la tristeza que difundía la persistente lluvia, hube de continuar caballero en dócil pollino, hasta vencer todas las dificultades y desembocar en la meseta superior de alto y encrespado cerro, no sin que á la una y otra parte de la senda por donde caminaba, advirtiese con profusión sobre el suelo las huellas expresivas y reveladoras de una población ya, al cabo de los siglos, totalmente aniquilada y destruída.

Por las descripciones de los autores antiguos, y más en especial por la de los laureados autores de la *Munda Pompeiana*, el relato de mi buen amigo el ilustre cronista de Ronda D. Antonio Madrid Muñoz, y la monografía de D. Francisco Mateos Gago, inserta por D. Antonio Delgado en el artículo *Acinipo* del tomo I de su *Nuevo método de clasificación de las monedas autóctonas de España*, tenía yo conocimiento de las exploraciones realizadas en el *Cortijo de Ronda la Vieja*, del cual es hoy propietario mi antiguo compañero de estudios D. Lorenzo Borrero y Gómez, y había formado cierta idea de lo que podía ser el *Teatro*, sobre todo después de haber visto las ruinas de otros varios que perduran en varias regiones españolas, y más particularmente, por el dibujo de él, que figura en la obra de Delgado.

Indicios quedan apenas de los templos y de los edificios cuyas ruinas alcanzó Fariñas, y el cuadro, por lo que hace á la ciudad desaparecida, no puede ser más desconsolador y triste; no en balde han pasado los tiempos y se han sucedido los pueblos, las razas y las generaciones. Así es, que aquí, como en Itálica, puede en rigor decirse con Rodrigo Caro, aquellos tan manoseados versos de su célebre *Cáncion*:

Estos, Fabio ¡oh dolor! que ves agora,
campos de soledad, mustio collado,
fueron un tiempo, etc.

A un extremo de la meseta, sobre el precipicio ya, alzan sus cansados muros las reliquias de lo que resta del *Teatro*; pero tan distintas de como aparecen en la lámina de la obra de Delgado, que no me acierto á explicar cómo vió el artista, autor del dibujo, aquella ruina venerable. Quizás, y esto ha de ser sin duda, el arqueólogo Sr. Mateos Gago hizo ligero apunte gráfico sobre el terreno, y por él se guió el dibujo publicado. Son más majestuosas aquellas ruinas; están perfectamente trazados sus ventanales y sus arcaturas, y todo, en fin, tan diferente, que quien se deje guiar por la lámina á que aludo, va desde luego equivocado. Todavía quedan señales de los *cúneos*, de las *precintiones* y de las *gradas*; todo hace presumir, por la grandeza del monumento y por sus dimensiones, que Acinipo hubo de ser población de importancia. Lo que no se comprende es cómo, después del paso de los musulmanes y de las vicisitudes de la comarca durante la Edad Media, permanece en pie aquel paredón de bien labrados sillares, carcomidos ya por la intemperie y por los años.

Como siempre, la mayor parte de los materiales extraídos de aquellas ruinas, han sido empleados en construcciones rurales, y así como en las cercas de los corrales de Córdoba la Vieja, aparecen restos admirables de labor musulímica, cogidos toscamente con moreno yeso, así también en los muros del Cortijo aparece de vez en cuando algún resto de mármol ó de pórfido, algún fragmento escultórico ó epigráfico, ya inapreciable casi, procedente Dios sabe de qué edificio de la antigua ciudad romana, que ha sido, cual dejo insinuado, concertada con la *Munda* de Pompeyo.

Por el N., por el SO., por el S., por el E. y por el centro de España, he tenido ocasión de recorrer algunas comarcas. Todas ellas presentan aspecto más ó menos accidentado y pintoresco, pero bello siempre y agradable. Mas, en realidad, ninguna he encontrado con las condiciones y relieves que la comarca malagueña, la cual, si al fin y al cabo engendra cierto cansancio en el espíritu por la monotonía con que se repro-

duce el espectáculo de sus movidos y revueltos relieves, no carece de variedad y mucho menos de belleza, gracias á la fecundidad de su suelo, á limpidez de su cielo y á la extensa línea sinuosa que traza el Mediterráneo en ella.

Después de recorrer por tanto esta provincia, ¿quién será osado á decir que no es bella de ver la tierra de España? ¿Por qué no hemos de decirlo y de propalarlo, como lo dicen y propalan respecto de la suya nuestros buenos vecinos los franceses?

RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS

JUICIO CONTRADICTORIO

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
DEL
ATENEO BARCELONES

I

La vida económica de España ha sido desatendida de manera en alto grado lamentable. Desatendida por ignorancia de la ciencia económica; por prejuicios de secta más que de escuela; por imposiciones de la política; por intereses egoístas, que han impuesto privilegios y toda suerte de abusos; por tolerancias en el ejercicio de las funciones administrativas públicas, que han dado lugar á corruptelas; por descuidos que ha causado la pereza, dejando hacer indebida y perjudicialmente; por deficiencias judiciales, que han impedido á los tribunales el fiel cumplimiento de su misión; por la tolerancia de vicios con los que se forma la bola de nieve aplastante de personas y cosas. Que la vida económica alcanza á todas las clases y jerarquías, y según sea ordenada ó con desorden, así son las consecuencias que, siendo malas, es muy difícil ponerlas remedio.

Forman parte de la historia de España las Memorias-proyectos que los gobiernos han redactado para dar á conocer al país sus planes económicos, siempre supeditados á las situaciones políticas, tan frecuentes como descabelladas sus miras. Esto como regla general. Ejemplo es el trabajo, exposición de motivos, que hizo el ministro de Hacienda el año 1881, condensador de hechos, explicando una serie de desventuras rentísticas, para con ellas ver la conveniencia, necesidad apremiante de hacer reformas en la Hacienda pública. Sin embar-

go, el año 1898 nuestros gobernantes nos llevaron á lo que ha sido llamado el *desastre*. ¿Es que los gobernantes fueron arrastrados por la opinión pública? Entonces, sin estar aceptado el *referendum*, ¿cómo pueden justificar esos gobernantes su gestión gubernamental? ¿No era lícito, y deber imprescindible, retirarse de un gobierno, divorciado éste de aquella opinión?

Más, si se transparenta la imprudencia temeraria (con dotes de mando ó sin ellas).

A partir del año 1869, puesta la atención en los sucesos, se ve claro aquel luchar interno de las situaciones políticas. Figuerola, hacendista de cultura y de escuela, de laboriosidad y de convicciones, no pudo desarrollar todo su plan económico por respetos al general Prim. Camacho tampoco pudo cuidarse de llevar á la práctica los proyectos que llevó á las Cortes para normalizar la existencia de la Hacienda nacional, importantes como estaban actitudes que personificaba el general Martínez Campos. Villaverde, al recoger la herencia de Cánovas del Castillo. Después de su muerte, el desastre colonial: con Cánovas, Villaverde hubiese sido un buen ministro de Hacienda; sin él, la ignorancia general en el orden económico hubo de arrollar á Villaverde.

Por días de amargura pasó Figuerola, al verse vacías las arcas del Tesoro público, con pagos apremiantes, con acreedores por cantidades importantes, por usureros á quienes impulsaba le codicia, mientras que Prim se veía apremiado por muchos compromisos políticos. En los días de la gestión hacendista de Camacho, que se propuso, con un arreglo de la Deuda pública, dominar los conflictos económicos, que como legado había dejado la Revolución, dando vida á las guerras civiles: una carlista, otra federal; para extinguirlas estuvo de paladín gallardo Martínez Campos. Las consecuencias, hondas en lástimas, de las guerras colonial y extranjera, se propuso Villaverde acabar con ellas nivelando los presupuestos del Estado, faltándole el apoyo de Cánovas del Castillo, sin los prestigios de éste por su muerte, sin los prestigios propios neces-

rios, para tener fuerza política bastante que obligase á respetarle como hacendista.

Hasta la prematura muerte de Villaverde, parece confirmarse por ella que ha de vivir España sin caracteres de altura de miras, desde donde ver bien todo el paisaje político, cumbres y valles, llanuras y recodos. Porque, mirándose bien las orientaciones políticas en conjunto (en detalle serían muy enojosas las vistas), ó hay un egoísmo antipatriótico ó hay un sectarismo anticientífico.

La verdad es que ha sido para España una gran desgracia las muertes en relativa buena edad (sobre todo buena salud) de Figuerola, Camacho, Villaverde, Prim, Cánovas y Martínez Campos. Por lo mismo que destacaban en el cuadro político contemporáneo, había que considerarlas como primeras figuras.

Lo cierto es que España ha llegado al año 1908 en estado progresivo; pero en su progreso general deja mucho que desear, comparado con el de naciones como Bélgica, Holanda, etcétera, etc.

El año 1881 fué comprobado un *déficit* de 92 millones de pesetas en el presupuesto de 1879-1880. Y eso que el orden se conseguía en la vida pública. Lo que prueba que, á contar del año 1876, los esfuerzos que se hacían para reorganizar el orden no eran todo lo eficaces que convenían al sosiego público, y por ende á la prosperidad del país. Así es que faltaban aquellas fuerzas vivas de que habla León Say con encomio. Las asociaciones libres, que dan de sí bastantes energías con las que poder comunicar al Estado la savia necesaria para vigorizar los servicios públicos. Ya Juan Bautista Say ha condenado los empréstitos, por onerosos; en la mayor parte de los casos, contraproducentes. Sobre todo, si los empréstitos son motivados por desórdenes populares en los que median locuras desinteresadas, venganzas de las de peor especie, ambiciones escandalosas, energías ofensivas á la patria.

Viviendo de empréstitos se iba derecho al descrédito espa-

ñol. En realidad de verdad, no puede decirse que fuese la masa neutra de la nación quien empujase el *carro* de desdichas, que empobrecían á todos los españoles. Por lo menos, que recogiesen el fruto de sus esfuerzos en el trabajo cotidiano. En el año de 1881 se dijo oficialmente desde el ministerio de Hacienda: que España era juzgada en el extranjero desventajosamente, al ver que la fatalidad se imponía separándonos y distanciándonos de las naciones que habían sabido ponerse al frente de la civilización. Desde el ministerio de Hacienda se dijo al país, en el año 1896, que la eficacia demostrativa y absolutamente verdadera debe imponer silencio á la crítica temeraria. Pero el caso fué que los atrevimientos, por audacias repetidas, hacían precipitar los acontecimientos, que eran, más que río caudaloso por cauce seguro, avenidas de lluvias torrenciales inundándolo todo.

Al orden sustituyó el desorden. Si Figuerola quiso que prevaleciese una reforma prudencial de los Aranceles de Aduanas; si Camacho se propuso un arreglo de la Deuda pública que normalizase el crédito nacional; si Villaverde trazó el camino que condujere á la nivelación de los Presupuestos del Estado. La política, ó sean los partidos políticos, se desentendieron del alcance de las reformas económicas, y juzgaron de ellas con el mismo criterio que tienen para los problemas políticos. ¡Y qué criterio! Es tan original como desdichado. Por supuesto, para el país. El fomento general de la agricultura, de la industria y del comercio; el bienestar de la clase proletaria, todo es pospuesto á los efectos favorables, á la pasión personal.

El año 1899 el Ministro de Hacienda publicó una acusación fiscal contra la Administración pública histórica. Puesto que había que normalizar las enormes cargas legales por las guerras coloniales, liquidándolas de una vez. Con esto había que alternar el estudio del presupuesto general de gastos, comprendiéndolos todos sin excepción. Por lo tanto, había que arbitrar recursos con que cubrirlos, como así se hizo. Siempre expuestos á las influencias de los agitadores políticos. Siempre,

decimos, recordando que hasta el año 1869 no tuvo cumplimiento un precepto de las Cortes de 1841, que habían dispuesto, al año 1842, una nueva legislación; para cereales y algodones. Que no se cumplía hasta *veintisiete* años después, burlándose así del mandamiento legislativo, como si fuere indiferente para la vida económica estar sujeta al capricho ó despotismo de los menos, con perjuicio de los más. Además, se ha hecho amalgama de los derechos arancelarios con las partidas de los presupuestos generales en varios casos: entre ellos, están patentes en los años económicos 1872-73 y 1874-75.

Parecía natural, lógico, conveniente, patriótico, fundamentar bien con cimientos sólidos un plan de marcha progresiva. Pues nada de esto ha sucedido, siendo por este concepto inútiles los *Cuadros ó Estadísticas de Comercio*, colección que está formada desde el año 1849. Lo mismo pasa, como inutilidad práctica, con la rebaja de derechos arancelarios iniciada en el año 1869 para los años de 1875, 1878, 1881. El 1.º de Julio de cada uno de esos años fué quedando incumplida la reforma legislativa. La lucha estaba empeñada entre librecambistas y proteccionistas; entre los defensores de los intereses de la clase obrera y los defensores de la clase capitalista; entre los políticos que se ceñían á sus compromisos de partido y los amantes de la justicia formando su parte importante sin desafueros de bandería. Léase la reseña histórica de los aranceles que han regido en España durante el siglo XIX, que ha dejado escrita D. Laureano Figuerola, y se verá que los desafueros se han cometido sin interrupción.

¿Por qué? En la *situación* de la Hacienda que nos ha legado Eleuterio Delgado, dejó descrito el abandono que se tiene respecto de cuanto interesa al Tesoro público. Y de la confusión que se hace de lo que puede ser objeto de renta y de la tributación de la riqueza líquida; de lo que puede tributar como derecho fiscal y de lo que mira á privilegios particulares. Según Delgado, al Estado se viene censurando fría y cruelmente. Mas no hay que olvidar, «que este país ha dado prue-

bas de un vigor y de una vitalidad que ha asombrado al mundo, y que su Estado y sus poderes dieron prueba también de una sabiduría y prudencia que no se esperaban acaso de los gobiernos españoles». Y como no obstante estas garantías favorables al crédito público y á la consolidación del bienestar general, la tranquilidad no es completa, deduce que hay un duende perturbador del sosiego nacional.

El *duende* es la política sin principios sociales y sin fines patrióticos.

La Patria sufre por la pasividad que ha dominado en los problemas monetarios y de los cambios, por ejemplo. Hubo un tiempo que para aumentar los ingresos se acuñó moneda de plata. Villaverde propuso poner remedio á esa malhadada acuñación. Puigcerver, con la mejor intención, buscó afanoso recursos para atender á las obligaciones del Estado. En los días del empeño por que triunfase la bandera española contra tres razas: la blanca, la negra y la amarilla. En aquella locura bélica se gastaron (y malgastaron) muchos millones, los que han tenido que pagarse, algunos usurariamente, y la generación irresponsable tiene que pagar los vidrios rotos por su progeneritura. ¡Pero si se acuñaba moneda de plata como renta...!

En la misma cuestión de los cambios se ve predominar la indiferencia musulmana.

¿Será que no haya caracteres para encauzar la opinión pública? ¿Será que sea ésta refractaria á ocuparse de las cuestiones económicas? ¿Será posible pensarse entre los intelectuales que no puede influir decisivamente el presupuesto del Estado sobre los presupuestos particulares?

Meditemos, dijo en inolvidable artículo el gran publicista Lorenzana. No fué seguido el consejo, y las consecuencias á la vista están, no obstante el progreso que han tenido los intereses materiales en España, en opinión fundada de Delgado. Una armada algo respetable no la tenemos, ni mucho menos. Al consignar en «obligaciones generales» el ministro de Hacienda un crédito de 1.888.724 pesetas para construcción de

buques, ha de ser por no poder consignar mayor cantidad. ¡Pero es tan efímera!

Sobre todo comparada con las cantidades gastadas en tantas guerras insensatas sostenidas en el siglo XIX. ¡Ah! Maldita política la que no ha podido evitar los asesinatos de Prim y de Cánovas del Castillo. Cuán distintos no hubiesen sido los resultados siguiendo el ejemplo de aquel proyecto de obras públicas de Francia, cuyo presupuesto llegó á elevarse á 8.000 millones de pesetas; presupuesto en el que colaboraron León Say, Freycinet y Gambetta. Porque es deplorable que se prescindiera de la distinción que separa los gastos productivos de los improductivos, y por no distinguir se cae en simas como la de Santiago de Cuba, donde murieron tantos marinos ilustres, se perdieron tantos millones, se frustraron hermosas esperanzas, se entorpeció el resurgimiento de nuestro poderío naval y hubimos de despedirnos de los restos de nuestro imperio colonial. Impasibles entretanto las otras naciones ante la hecatombe y sumergimiento en el mar de las Antillas de la mejor parte de nuestra escuadra.

Este punto de vista es interesante, á saber: que las naciones parecen inclinadas á ver, por lo menos indiferentes, nuestro hundimiento nacional.

Con razón ha dicho Charles Benoist: «Hay buena disposición á tributar, si el tributo se paga, tocándose sus resultados buenos. Cuando se comparan aquéllos con el servicio prestado y se corresponden, no apareciendo nada de arbitrario.» Precisamente, todo lo contrario de la realidad que tiene nuestra historia económica. No hay más que prestar atención á las preguntas que se hacen en nuestro Parlamento, y las contestaciones que los diputados reciben de los ministros. Lo mismo acusan los créditos supletorios que se piden al presupuesto vigente. Y como síntesis, aparece la deficiencia de los servicios, desde el de Instrucción Pública al de Marina; desde el de Fomento al de Estado.

Lo arbitrario resulta en aquella partida de 2.400 millones

de pesetas que está calculado ha costado á España perder su imperio colonial. En el año 1899 hubo de demostrarse al país el importe del desastre que tuvo término 'dolorosísimo en el año 1898. En el año 1899, retrotrayendo la vista al presupuesto de 1850, se ve que es una especie de enfermedad endémica la existencia de los *déficits*, que fluctúan entre 70 y 80 millones de pesetas. Figuerola en el año 1869, Delgado en el año 1907, se les ve ocuparse de la Hacienda pública con afán de mejorarla. Mas como la mejora no puede improvisarse, ni el sistema de sustituir frecuentemente los ministros de Hacienda puede ser otra cosa que una calamidad nacional. No basta saber desempeñar la cartera; es preciso, además, durar en su desempeño.

El desacierto salta á la vista. Veníase no sólo nivelando el Presupuesto, sino que tenía *superávits* desde el año 1900. Pues con estos antecedentes se quiere introducir novedades el año 1907, que son siempre peligrosas en Hacienda. Así no se mejora la riqueza pública.

Recuérdese aquella noche en que Figuerola había de esperar el día, teniendo vacías las arcas del Tesoro público. Aquella tarde que fué notificado Camacho para dejar la cartera de Hacienda. Aquella muerte que nos arrebató á Delgado, quedando infructuoso su laborioso pensamiento. Los tres financieros, los políticos, destruyeron gran parte de su labor. Y en cuanto á Villaverde, sólo por su trabajo para «regularizar y mejorar el cambio exterior, es digna de respeto su memoria. Pues la política, más que glorificarla, la relega al olvido, menospreciándose lecciones que debieron ser aprendidas para no olvidarse jamás de algunos ministros de Hacienda.

Que la política hace olvidadizos del cumplimiento del deber, es una de sus demostraciones la acuñación de la moneda de plata en la Fábrica nacional, á saber:

AÑOS	Valor representativo de lo acuñado.	Curso del valor de la plata en Londres.	Beneficios de acuñación.
1876	26.076.570	52 $\frac{3}{4}$	1.865.601
1881	31.145.078	51 $\frac{11}{16}$	7.309.611
1886	28.779.196	45 $\frac{3}{8}$	2.479.960
1891	80.864.140	45 $\frac{1}{16}$	6.335.314
1897	65.083.135	27 $\frac{9}{16}$	47.186.316
1900	19.714.258	27 $\frac{1}{4}$	1.324.629

En el año 1898 fué la acuñación de plata, según el decreto-ley de 19 Octubre de 1868, de **212.389.110**. Los beneficios fueron de **47.186.316**, cuando en el año 1876 habían sido de 1.865.601. Saltan á la vista las consideraciones que se desprenden de los números anteriores.

Con esto ha sucedido lo mismo que pasa con el contrabando. A medida que el abuso oficial crece, las ganancias son mayores, las tentaciones, los riesgos aumentan, y con ellos las ventajas de un éxito. No hay espejo como el de la estadística, si es verdadera. Por eso también se ha podido saber que el 1 por 1.000 de la riqueza de utilidades ha permanecido casi estacionado en el año 1906. Y es que cuando la moneda está sujeta á leyes que no son las naturales, por las positivas se introduce el desorden, éste se hace más general y de más trascendencia de lo que puede parecer á primera vista. Los daños son incalculables, por mucho que se haga en la legislación política. Esta, con una inmanencia inferior á la de la legislación económica. La desgravación del impuesto de consumos y reformas proyectadas de la administración local importa unos 26 millones. Su sustitución, ¿puede asegurarse exacta por cálculo?

Coincidencia fatal, por conducir al escepticismo. Casi en el mismo día, en discusión solemne del Congreso, se oyó decir á notable diputado solidario que «por la desgravación de los vinos en algunas partes se ha elevado el recargo de la contribución industrial del 16 al 40 por 100, mientras que en otras permanece como antes.» Al mismo tiempo, por una real orden, se

pretende quitar de la circulación *ab irato* monedas de plata de cinco pesetas de determinados años. La alarma se hace en toda España y en Marruecos. Cuando cálculos que son atendibles fijan en mil millones de pesetas los *duros* acuñados, suponiéndose en poder del Banco de España unos 600 millones. Como está calculado que en España hay 100 pesetas de moneda blanca por habitante, cuando debe haber 16 pesetas por habitante, según la *Unión monetaria latina*. Con razón se ha dicho por Pastor y Sanromá, que la libertad política es muy cara haciendo mal uso.

Precisamente lo contrario de lo que sucede con la libertad económica, según han dejado demostrado Jovellanos y Flórez Estrada, no obstante el atraso de sus tiempos y las complicaciones que rodearon á las Cortes del año 1812. Apartarse de la ciencia, es ponerse de espaldas á la luz, quedándose en la oscuridad.

D. Luis María Pastor, en su discurso de recepción de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, recordando al académico que sustituía, dijo de él: «Jurisconsulto eminente, razonador correcto, fácil y claro orador del Parlamento, distinguido republicano, notable hombre de Estado, D. Juan Bravo Murillo.» No obstante su antagónica regla de conducta en la vida pública, la ciencia los unía, cultivándola patrióticamente. Pero si la política se atraviesa en el camino de la vida entre españoles, por ella y para congraciarse se abandona la autonomía personal, y las convicciones son descuidadas, sustituyéndolas las *circunstancias*.

Estas obligan muchas veces á las mayores injusticias. Y como decía en una conferencia economista de España autoridad competente: «estamos divididos, entre los que conocen la ciencia económica y los que no la conocen». Estos llaman *minucias*, en su ignorancia, á lo que ha sido en la vida de las naciones, causa eficiente de las más trascendentales resoluciones. En España pugnan la agricultura y la industria; el abolengo de la primera es atropellado por un modernismo in-

sano. Las nuevas plantaciones, que representan muchos millones de pesetas, sus producciones no pueden luchar en el extranjero, por entorpecimientos del cambio. Este no lo quiere libre la industria, que sienta sus reales sobre el privilegio, haciendo burla de la libertad en festines que recuerdan los de Nabucodonosor y Heliogábalo. Es claro, según los tiempos, unos, de despotismo gobernante; otros, de anarquismo gobernado. Siempre poniendo á salvo las excepciones.

Beraza recordaba el año 1863 el tratado de comercio franco-inglés, que firmaron Cobden y Chevalier. Ni la industria francesa inundó con sus productos los mercados ingleses, ni la industria inglesa inundó tampoco los mercados franceses. Con posterioridad, en España no se quiso hacer un tratado con Alemania, que en principio estaba concertado, y las consecuencias, muy deplorables, las hemos tocado. Que el aislamiento, en la vida de los pueblos, y ante naciones poderosas, éstas toman ofensa del retraimiento, y tienen á menos prestar apoyo á las naciones de segundo orden. Satisfechos han podido quedar los opositores al tratado con Alemania.

Beraza, que era paladín resuelto de la libertad económica, fué también profeta del progreso de la riqueza española. ¿Hasta dónde hubiese llegado ésta, sin los grilletes puestos por una Administración perturbadora y una mesocracia codiciosa?

Prim y Cánovas no eran ajenos á la influencia avasalladora del capital. Esto es innegable. Pero Prim como Cánovas, sin asesinos, hubiesen vivido por un orden regular y hubiesen evitado exageraciones, corregido abusos, pisoteado medianías y convertido en polvo castillos de naipes. Que aquellos dos hombres públicos, el uno, acción de la Revolución, el otro, acción de la Restauración, demostraron que tenían la capacidad necesaria para dominar las intemperancias políticas y hacer cumplir la ley.

Siempre se ha dicho que el agio, en sus múltiples formas, está condenado moral y económicamente. Dejaron demostra-

do que no lo preferían, ni Prim ni Cánovas. La opinión sensata lo condena igualmente. En el Congreso Económico del año 1888, con motivo de la Exposición Universal de Barcelona, mereció la mayor consideración D. Gabriel Rodríguez, mantenedor de las ideas liberales en el comercio.

¡Quién predecir entonces el desastre de 1898!

Desaparecieron y únicamente fueron arrollados por la bala traidora, Prim y Cánovas. ¡Oh prodigio nunca bastante agradecido, que el matrimonio regio salvara incólume de aquel atentado fraguado en Barcelona para ser cometido en Madrid...!

Pues todo se relaciona en la vida. Con una buena política y una Administración pública verdad, el progreso es seguro. ¿Pero cómo serlo, cuando legisladores y ministros son irresponsables, por mucho que pequen? Ellos que no creen en las penas del Infierno. Castelar, con su hermosa palabra, decía en el Ateneo de Madrid (no habiendo contraído aún responsabilidades políticas): «El hombre que por su organización se confunde con la Naturaleza, y por su inteligencia con lo infinito; por su libertad es un sér en sí, por su libertad se distingue de todos los seres, por su libertad se levanta del mundo de los efectos y es causa á semejanza de Dios.»

Concepto que no puede ser más religioso. Pero que puede ser también un equívoco. En los anales de la historia, aun entre la Cristiandad, se invoca unas veces al Dios de las batallas y otras al Dios de la misericordia. A Dios invocaba el arzobispo D. Rodrigo, autor de la *Historia Ghótica* y á Dios invocaba el Tribunal que condenó á los *Comuneros*. A Dios invocaban en la memorable batalla de las Navas los dos ejércitos combatientes. A Dios invocan los capitalistas que quieren aranceles altos de Aduanas y á Dios invocan los míseros mortales que piden una limosna; á Dios se invoca en el *Tedéum* y á Dios se invoca en el *Responso*. Quiere decir, que en nuestra pequeñez, lo mismo el filósofo que el hacendista, Balmes como Mendizábal, solicitaban la verdad, á veces desviándose por

atractivos del error. Ambos personajes fueron superiores á su tiempo; en Dios confiaron y en sus brazos se pusieron: el primero, como defensor de la Iglesia; el segundo, acometiéndola en todo lo temporal, por razón política.

Víctima de esta España, Figuerola y Delgado lo tienen demostrado suficientemente:

Un dato, que es una lección, á saber: *Créditos* otorgados con posterioridad á la ley de Presupuestos en el año económico de 1906:

Casa Real.....	262.500
Deuda Pública.....	5.026.535
Presidencia del Consejo de Ministros.....	251.104,18
Ministerio de Estado.....	1.388.894,24
— Gracia y Justicia.....	1.095.913,23
— Guerra.....	19.045.728,86
— Marina.....	9.651.085,25
— Gobernación.....	1.318.760,91
— Instrucción Pública.....	1.292.682,53
— Fomento.....	3.923.490
— Hacienda.....	99.880,82
Contribuciones, Rentas.....	4.292.502

¡47.652.077,02 pesetas!

Los gastos del presupuesto del Estado fueron, en el año 1845, de 312.658.838 pesetas. O sea próximamente la cuarta parte del presupuesto para 1908. Ciertamente que esto demuestra un aumento de riqueza tributaria. Pero, ¿están bien dotados los servicios? Ninguno, según las discusiones parlamentarias; ninguno, según la manera como está atendido el contribuyente en las oficinas del Estado; ninguno, según la indolencia impune con que se atiende el comportamiento del personal; ninguno, según las audacias sectarias que perturban el orden económico y se conculca el derecho; ninguno, según la acción impersonal de responsabilidades que resulta, con manifiesto menoscabo de la justicia. Para los fallos de la Hacienda pública no hay apelación posible, en el sentido recto

de la palabra. ¡Esa Hacienda á cuántos contribuyentes reduce á la miseria, y á cuántos infelices acaba de haerlos más desgraciados!

De una plumada cortaban el nudo gordiano Villaverde y Delgado. Ahora nos referimos al problema de la moneda. Pues los políticos no les dejaron realizar sus planes, metiéndolos en mazmorras. Querían Villaverde y Delgado liquidar con el Banco de España pagándole lo que el Tesoro le debía, y recoger la plata sobrante de la circulación. Porque es de advertir que en el *alba* de un día vióse aparecer el fantasma del inmortal *Quijote*, y no importarle habérselas con el visible *poderoso*, que obligaba á nuestra Hacienda nacional al curso forzoso con consentir en esta circulación más papel fiduciario y más plata de la necesaria para las atenciones del mercado español. Y al mismo tiempo, en la atmósfera política se respiran ideas como la de «permanecer indiferentes á la crisis presente general». ¿Cómo y quién ha podido aislarnos de Europa? Si esto fuese cierto, ¿podían calcularse los perjuicios? Pues qué, ¿la solidaridad económica moderna, es posible sustraerse á su influencia?

Error trascendental, apartamiento de la realidad, ha sido decirse por un ministro de Hacienda que las circunstancias actuales son de crisis. ¿Lo está el mar por el constante movimiento de sus olas?

Lo que sí se puede decir es que en España estamos siempre en desorden financiero y bajo férula burocrática. Las oscilaciones del mercado universal son tan naturales como las actividades sociales. No estamos ya en aquella época que los fenicios, cartagineses, venecianos y genoveses comerciaban aisladamente; los exploradores marítimos partían de las costas de España y de las de Portugal, con rumbos que quedaban ignorados. No puede ser hoy indiferente á los demás mercados, el curso del precio del algodón, del cobre, del oro en Londres, ni el descuento corriente en Berlín, ni el precio de los granos en Rusia, ni el de las carnes en Chicago. Como no es

indiferente el precio del aceite de Córdoba, y el de la almendra de Alicante, en los otros mercados nacionales.

Elevación de derechos arancelarios.—Alemania los tuvo creyendo proteger su agricultura, y ha cambiado de sistema para proteger la industria. Se ve que Basilea, sin pertenecer á potencia de primer orden, tiene capitales cuantiosos, y se ve que en Francia la legislación socialista amenaza acabar con la libertad individual. Reminiscencias de aquel Código de terror, y que estuvo puesto en vigor á nombre de la libertad. Cuando lo subjetivo suplanta á lo objetivo, esto es, que la persona se posee de *sueños* del famoso oráculo de Delfos, se cree impecable. Esto pasa á muchos ministros de Hacienda, para quienes las leyes naturales económicas no existen, con desgracia del país que los sufre.

Por lo demás, no hay que olvidarlo, los desaciertos se pagan, y el pago es oneroso, consintiendo esto los españoles á gobernantes de sus caudales, sin títulos de reválida por tribunal competente, como puede serlo la opinión pública ilustrada.

Acervo común es la Hacienda pública, según las teorías socialistas. No compartieron estas ideas, ni sus trabajos de Economía política, ni Molinari el año 1861, ni Say el año 1891. En la realidad es que los Presupuestos de ingresos se forman con los donativos que hacen, por prescripción forzosa, los ciudadanos que, consagrados al trabajo, crean riqueza, y de ella se ven obligados á dar al Estado una parte. En España ha sido introducida la corruptela de ingerir en los Presupuestos nacionales reformas radicales; y éstas, fuera de ellos, se acometen frecuentemente con ignorancia supina. La ley de alcoholes, la de desgravación de los vinos, que no queremos calificar ante el cúmulo de opiniones encontradas y ante muchas protestas de los interesados en esas dos industrias, merecen llamar la atención de los Poderes públicos, y ser rectificadas. Pues sostener que está dicha la última palabra, es encastillarse en la infalibilidad, que es lo mismo que defender el absurdo sectario.

Acervo común; de él interviene una parte el Estado. Como remuneración que se atribuye, dada la manera de ser presente del individuo, en la actividad febril que tienen los ciudadanos, en la lucha por la existencia, en las competencias entabladas, en las novedades continuas que las ciencias entregan al comercio humano, en las desigualdades de aptitudes que tienen los industriales, en las sorpresas malditas que dan los gobiernos, en los riesgos que se corren por fenómenos inesperados de la naturaleza. Por la libertad todos los peligros pueden conjurarse, por lo menos atenuarse. Si la libertad se practica con gran justicia y exquisita equidad. Si la producción ha de ser iniciativa individual, la distribución lo mismo, el consumo igual. Por ley de lógica, todos los ciudadanos deberán contribuir en la medida de sus fuerzas á las cargas públicas. Hoy es lo más apropiado que haya un Poder legislativo que ponga el visto bueno á las leyes. Poder que tiene carácter político, sujeto á partidos, que se forman con plan preconcebido, cuyo más recóndito pensamiento queda en la obscuridad.

Esta obscuridad no deja ver cuanto fuese necesario descubrir la orientación que se quiere dar á la suerte del país. Así es patente en la vida y en la muerte de Prim y de Cánovas. No todo lo que ellos proyectaban era comprendido, y verse bien secundado. Prim se lamentaba de no estar rodeado de una gran parte de españoles con elevada posición. Cánovas ha dejado en algún libro anotaciones del juicio desfavorable que le merecían determinados hombres públicos, embozados honradamente.

De ahí, esto es, de falta de subordinación, de falta de cultura, de falta de una falsa idea del cumplimiento del deber, ha resultado cumplirse aquel dicho vulgar: *por encima de la ley está el rey*. Que, en este caso, es el cacique de monterilla ó el cacique galoneado. Ellos se dicen: «á río revuelto, ganancia de pescadores». Mas los ciudadanos que no lo son, sufren las privaciones que les impone la tiranía, que está ataviada de libertad.

La cruel franqueza del *Rey monje* desapareció, sustituyén-la con retórica parlamentaria.

Moriones se llevó al sepulcro una parte de las causas que á este ilustre general le impidieron concluir en germen con la última guerra civil. Con vida Prim, no hubiese habido guerra civil formal; con vida Cánovas, la emancipación colonial no hubiese acabado con un desastre.

Con ligas como la *La liga para la defensa de la libertad y de la propiedad* que fundó en Inglaterra el año 1882 Lord Wemyss; con patriotismo en armonía de intereses los individuales con los colectivos, los particulares con los oficiales, los tradicionales con los modernos, los fundamentales con los accidentales; con amor á todo lo que es virtual de la grandeza humana, en la acepción más pura de la palabra y en su ejecutiva finalidad, España en su manifestación económica, estudiada á fondo y atendida jurídicamente; entonces España, su progreso sería más rápido de lo que es actualmente.



Si nos reconocemos como seres de derecho, y en cuanto regimos y ordenamos la relación entre seres, nos llamamos sujetos jurídicos individualmente. Relación llamada jurídica; queda planteado el problema.

Por consiguiente: sujeto jurídico en el sentido de la exigibilidad, es todo ser vivo que, en cuanto dotado de fines, requiere medios para cumplirlos. ¿Cuáles han de ser éstos? Hay que fijarlos y aplicarlos acertadamente. ¡Con acierto, porque el sentido de la obligación, que es únicamente en la persona jurídica, está proporcionado á la capacidad, limitación ésta inevitable, como inevitables son sus consecuencias. Sin que por esto deje de ser axiomático, que el que necesita ha de concebirse con derechos. Así como pueden tenerlos, han de recono-

cer obligaciones. Por lo que se dice: «la satisfacción de la necesidad mediante el poder es la base del orden jurídico».

Y como nos encontramos sujetos jurídicos, hemos de considerarnos como objeto inmediato de derecho. En atención á que la relación jurídica no demanda dualidad de seres, sino de términos, el dualismo por éstos existe poderoso. Nuestro derecho, que es interior, y que se distingue del externo, ó sea éste que rige las relaciones de unos con otros sujetos jurídicos dentro de la convivencia universal. La capacidad graduada del poderío en lo personal y en lo social, implica por ella una gradación en aquél, y entre personas, que, como puede ser la salvación, puede precipitarnos en el abismo. Siendo así, la normalidad del sosiego privado puede quedar en jaque por la anormalidad del sosiego público. Entonces el Estado se apodera de la situación en cuanto él es invasor del sosiego privado: sujeto y objeto se altera su vida, y lo que debiera ser capacidad es suplantado por incapacidad.

La capacidad jurídica se declara originariamente igual en todos los individuos de la misma naturaleza; pero se halla condicionada por las diferentes circunstancias que á cada uno rodean. Y esto mismo puede decirse del Estado cuando la pasión política decide tantas veces, como sucede en España, ó cuando hay un *bloque* parlamentario, como sucede en Francia, que está influido por el sectarismo.

No basta que las relaciones jurídicas privativas y personalísimas del sujeto á quien pertenecen, llegue éste á poseerlas cuando su naturaleza específica sienta la necesidad de ellas, unida con las condiciones que son requeridas. Si el Estado opone resistencia, que llegue hasta la prohibición de circular libremente las relaciones jurídicas. Que es el caso de imponerse leyes que impidan el desarrollo de la equidad y que sean conculcadoras de la justicia. Tal sucede en España con muchas leyes económicas y prescripciones administrativas.

Hasta la autoridad pública que puede ser la más paternal, como es la de los Ayuntamientos, registra actos que tienen,

más que nada, carácter de atropellos en la persona de un ciudadano libre, llamado así.

La persona social, en su fundamental existencia enfrente del Estado, puede hallarse (se halla frecuentemente en España) desarmada por egoísmos de todas partes, con personalidad jurídica. El Estado supera en energías, y danse casos de faltar á su deber algún tribunal, en derecho estricto y en deber ineludible, por no comprometer intereses del Tesoro público. Entonces tiene aplicación la teoría por la que se desarrolla el principio. La idea orgánica de la personalidad social no anula la de los individuos (por más que puede anularla), sino que la consagra, hasta sustituir con ventaja á la concepción abstracta del individualismo atómico de la Revolución francesa. Individualismo exagerado que nos ha traído un socialismo que no lo es menos.

Hay que aceptar la situación presente tal como es.

Pero el derecho natural no puede desaparecer. Imposible, y se prueba con la misma historia de las corporaciones, las mismas en su esencia, aunque sean diferentes en la forma. Por esa historia se sabe que las corporaciones vienen siendo á manera de trama que une íntimamente la vida social. Desaparecieron algunas por ingratitud y por imprevisión de los tiempos; otras por influencia avasalladora, mejor dicho, destructora, de nuevas manifestaciones que eran más apropiadas á las circunstancias de actualidad. Las consecuencias han sido desastrosas, viéndose con cuánto error se ha comprendido el concepto orgánico del derecho. Hoy mismo la propiedad, esto es, los términos de sus relaciones, dan origen á pleitos importantísimos, sobre todo si el litigio es de nación á nación, por móviles que la intención queda oculta bajo apariencias diplomáticas sutiles, que á veces despistan al más perspicaz ciudadano.

Porque el derecho natural, sin más que fijarse en los estudios de Taparelli y de Grocio. El derecho, que es por naturaleza propia y el que está admitido para el régimen de vida internacional. Siempre ha de estar en vigor el objeto del de-

recho (simple y preciso). Aparece complejo por la influencia de la *utilidad* en cuanto ésta como acto reviste jurídicamente su existencia. Al momento salta ésta á mediar en la acción, base de distinción en cuanto el objeto del derecho se clasifica en directo é inmediato ó indirecto ó mediato. De ahí que surja en la personalidad la exigencia del cumplimiento de deberes que son considerados ineludibles, y por ello la exigencia de caracter imperativo. En este terreno la Administración pública española extrema su acción. Sanciona ciegamente cuanto pueda resultar favorable á su utilidad. No acciona benévola como queriendo cooperar al bien general. Para esa Administración su bien es el único atendible.

Cuando debiera ser una ley de armonía la que se cumpliera.
¿Cuál?

Según el socialismo, el Estado, al considerarle como órgano de derecho, cumple facilitando el aprendizaje de los oficios, estimulando los trabajos artísticos del obrero. Es claro que para tener buenos maestros en todas las labores humanas, se necesita facilitar bibliotecas, crearse centros de cultura, dirigir con el ejemplo y premiar la laboriosidad que resalta con la virtud. Relieve quieren tener, ha de darse á la vida que merece recompensa del Estado, en funciones representativas de la nación. Por el honor de ésta corresponde que haya enseñanza sin prejuicios, consideraciones que sean merecidas. Enhorabuena que cada clase quiera vivir en el puesto que crea corresponderla. Pero que todas, al querer ser respetadas, respeten á las demás; y que el infortunio sea tan atendido como la existencia venturosa.

Con mucha razón ha dicho un filósofo español: «Es necesario, tenemos derecho al llamado *pan espiritual* de la instrucción y educación; la exigimos de nosotros mismos y de la convivencia social, y faltamos, y faltan los demás, si no utilizamos las condiciones que se nos ofrecen, convirtiéndolas en medios adecuados para instruirnos y educarnos.»

¡Ah! Es muy general pisotear la forma y *distraerse* del fon-

do; éste esencia íntima de aquel rigorismo de que dejó ejemplo Sócrates, de aquel pundonor que mantuvo incólume Palafox, de aquel amor patrio que tuvo invencible el capitán Moreno, de aquel heroísmo en aras del sacrificio con que murió gloriosamente María Luisa Bellido, de Bailén. Así es como se defienden creencias y se tienen murallas inexpugnables. Con el corazón palpitándole convicciones, con voluntad para sacrificar la vida por la bandera. No con veladas miras y siniestros planes políticos...

¿Acaso son todos los ciudadanos capaces de entender de filosofía? Pues qué, ¿la misma exclusión que se hace de la mujer en los estudios filosóficos no los entorpece grandemente?

Aristóteles pensaba ya que somos libres, aunque según la doble condición de nuestra naturaleza y de las circunstancias que nos redean. Por necesidad tenemos que ser libres y podemos ser esclavos. También está demostrado que somos *libertas sub lege*. La ley está de ejercicio en manos del sha de Persia, del emperador de Marruecos, del kaiser en Alemania, del presidente de la República de Francia ó del de los Estados Unidos. No es el mismo que concibe la legislación quien la aplica. Del año de su promulgación á los años posteriores, las circunstancias pueden haber variado completamente.

Es preciso no olvidarse de que existe fatalmente lo necesario de lo libre.

Casi es imposible lo que se pretende, á saber: dar á cada uno voluntariamente su derecho, reconociéndose obligados á ello. ¡Ser justos! Mas ¿quién lo es cuando se trata de la acción política ó de la vida económica? El mal ejemplo empieza dándolo el Estado. Este, en el siglo XIX, en España, no pudo (ó no quiso hacer lo necesario): cumplir lo ofrecido en cuestión de Deuda pública. El derecho, en sentido subjetivo, es la exigibilidad, reconocimiento y prestación de la obligación contraída, según tratadistas. González Serrano ha dejado escrito que «la síntesis de derecho y deber, la conformidad de la obligación con la exigibilidad, es la realización de la justicia, la ple-

nitudo del derecho todo él, el orden jurídico, en fin». Mas ocurre que se entorpece frecuentemente la orientación jurídica. Como ejemplo, los partidos políticos de España: para ellos, el *orden jurídico* lo rechazan, á semejanza de Mefistófeles cuando ve la cruz en la escena del *Fausto*. Entonces las injusticias surgen impunemente, á la desmandada.

Con pujanza aparece la noción de la solidaridad como deber social. Como noción, queda flotando en el espacio. No se dan facilidades con términos hábiles para desarrollar prácticamente la teoría de Wundt, ni la de Bourgeois. Y no se concibe realidad del individuo fuera de la sociedad, ni á ésta es dado aplastar al individuo. Al penetrarse de lo positivo en la vida, por una serie de actos que reportan beneficios en perjuicio del prójimo. La integración social, que tanto tiene frecuentemente de personal, yéndose por senderos, unos con abrojos, otros por praderas, alguna vez en marcha triunfal. El fenómeno social, según expresión de Giddings, que viene á ser la voz que clama en el desierto recordando la palabra hermosa del profeta. Cuanto se afirma sobre la predisposición de los hombres á favorecer el bien ajeno. Cuanto tiene de fantasía desesperante, como le pasó á Espronceda.

La responsabilidad personal.—Aquello de un aspecto ó segundo grado de esa responsabilidad juzgando la sociedad, remontándose al pináculo de las grandezas humanas. El sér colectivo que obedece, el sér colectivo que ordena. La pasión que se sufre, la pasión que se desenfrena. Siempre, y Dios sabe hasta cuándo, la unidad política, unidad de acción como regla de arte. Superposición de la persona gobernante sobre las capas sociales, aplicando leyes, reglamentos, aclaraciones por decretos ministeriales (ó documentos equivalentes). La marcha política, que se quiere ordenada, aunque expansiva. El reflejo fiel de actualidad que tiene la prensa periódica, si con trascendentales errores, no menos trascendentales aciertos. La decantada responsabilidad del personaje conspicuo, más que hecha efectiva, eludida tantas veces. En suma: la responsabilidad pública

tiene mucho de mito. Se evapora por arte mágico. A no ser que la opinión general sepa cumplir con su deber. ¡Es tan difusa la opinión pública! Tan difícil venir á un acuerdo. La libertad humana tan decantada. Esa libertad entendida rectamente, el desconocimiento de la misma es pauta constante y humano por sí mismo. Desde luego, el derecho privado en bases sociológicas no puede considerarse con aisladores, algo así como lo que se practica para el aislamiento eléctrico. Es axiomática la relación activa, permanente, agitada y eficaz, que pone en dependencia todo el derecho considerado en conjunto. Es deuda contraída de imprescindible pago (ó la insolvencia), la que obliga entre semejantes, lo mismo deudas pecuniarias que morales. Todo servicio hay que corresponderlo. Esto es lo debido, aunque no sea lo realizado. La gratitud está aconsejada por moralidad y obligada por precepto jurídico. Obligada la relación de derecho privado y de derecho público, de derecho político y de derecho económico, de derecho consuetudinario y derecho canónico. El procedimiento se impone, y la interpretación de la ley influye en todos los trámites judiciales.

Ward puede hacer distingos al estudiar la escuela sociológica dinámica en su progreso social. Podrá admitirse la posibilidad de construir la ciencia social. Como se sabe el viento que corre por la dirección con que ondea ó flamea cualquiera bandera nacional. Mas lo que no podrá saberse, sino muy difícilmente (cuando se sepa), la intención íntima ó pensamiento oculto del director de la política cuya bandera es honroso distintivo. Por lo tanto, los sociólogos podrán juzgar y aconsejar por aproximación, nunca por certeza. No puede haber más que cálculos conjeturales, con probabilidades de aproximación. Que la libertad con visual utilitaria ó con mirada subyugadora. La estática, como la dinámica social, con energías individuales y sociales. El socialismo por interés, como el socialismo por amor. Cada día tienen su aspecto. ¿Quién puede asegurar haber podido apreciar dos días iguales?

Por eso el concepto de fuerza no determinada es un mar sin fondo.

La misma dificultad atrae, como atrae el abismo.

La sociología de Spencer define virtualmente, por cuanto su filosofía flota en el espacio como el águila remontando su vuelo por elevadas montañas. Después de todo, Spencer personifica la manera de ser, en el siglo XIX, de los ingleses. Ellos son individualistas que cuidan mantener armónica la sociabilidad; con estadistas patriotas (algunas veces desacertados), el ciudadano inglés se considera fuerte en su país y fuera de él, porque donde necesita protección, allí se la otorga su pabellón, que en los momentos presentes está considerado invencible.

Michel, al dar su opinión sobre *La idea del Estado* y el *individualismo*. Por éste, decía, puede formarse una base racional á la filosofía del derecho, á la libertad política y á la soberanía del pueblo. Esta que, fuera ficciones, es nominal de ordinario, y sólo en casos extraordinarios se hace sentir la soberanía popular, nunca adelantándose al individualismo excepcional. Esta es la característica de Spencer, que no pudo aceptar un soberano (ó soberanía) colectivo, sin dejar á salvo al soberano individual, como persona de derecho que es inherente á su naturaleza. Michel sostiene, que á pesar de las críticas que están dirigidas contra la idea abstracta del derecho, contrae la soberanía del pueblo; esto es, para que se haga justicia á su libertad política; no por esto se conmueve la base. Y lo que importa es que la filosofía haga su camino progresivo de superioridad, en la investigación de la verdad. Así, por ejemplo, el sufragio universal, que está admitido para el hombre y empieza á admitirse para la mujer, es reconocido un progreso en la esfera del derecho. La cuestión pende del uso que se hace de él. Que si nada hay más real, ventajoso, que la jurisprudencia, en los *considerandos* y *resultandos* está el peligro, que puede llevar á la injusticia.

Hoy es objeto de detenido estudio, qué son las *ciudades* y

qué deben ser. Desde luego que una autoridad paternal, llamada Ayuntamiento, las gobierne con esmerada dirección y las administre con cuidado sus intereses. Esta es la opinión que está más admitida. Porque es de saber que hoy como antes, el ciudadano era tratado como la cosa de la ciudad; ahora la ciudad ha pasado á ser la cosa del ciudadano. La transformación del derecho público no puede ser más radical, y por ende la transformación del derecho privado, con el que se puede conseguir que el *jus abutendi* sea sustituido por el *jus usendi*, como hacían distinción los romanos. La sociología de Spencer podrá no haberse generalizado lo que fuese de desear. La de Comte habrá hecho progresos. El pleito existe entre el valor sociológico que haya de darse á la estática y á la dinámica. Mas tén-gase presente, que la argucia retórica está siempre queriendo desvirtuar el derecho; y que á éste no le es dado penetrar en el fuero de la conciencia ó en su desafuero.

Cada organismo social presente, en la totalidad orgánica de la vida, está compuesto muy delicadamente, y por consiguiente requiere mayor caudal de competencia científica para estar en posesión de la idea exacta que haya de tenerse del Estado. Al organismo antiguo, si es que puede llamársele así, régimen de absolutismo y privilegio, contrario á las enseñanzas del Cristianismo y de la filosofía, en expresión de Laveleye, se trata de verle sustituido por un organismo de libertad en el orden político y de igualdad en el orden social. ¿Modo de realizar lisa y llanamente el organismo moderno? *That this question*, que dicen los pensadores ingleses, con su habitual tendencia de sentido práctico. Desde Proudhon vienen presentándose atropelladamente sistemas sociológicos, la mayor parte sin fertilizarlos la filosofía.

La propiedad sufre atropellos de todas suertes; por ellos es inevitable que padezca *hambre y sed de justicia*.

Seguramente que, á medida que la *renovación* social se impone más, ha de tenerse mayor cuidado en su desarrollo. Cuidado de no confundir la renovación jurídica con la económica,

como es muy frecuente hacerlo. De los datos sobre sociología, de Ward, puede deducirse que la construcción de la ciencia fundamental de la sociedad está hoy en estado embrionario.

Al tratar del individualismo económico y querer establecer un paralelo entre la legislación inglesa y la legislación francesa, se nota la diferencia esencialísima que existe, siendo la primera propicia á facilitar sólidamente las iniciativas individuales, para fecundar fuertemente las energías sociales. De manera muy distinta pasa en Francia. Aún están por contestar las proposiciones de Bastiat sobre la libertad económica, que el derecho político tiene aprisionada. Véase cómo se ingiere con malos modos el derecho público, en lo más íntimo del derecho privado.

Al menos, ese derecho traspasa los límites de la persona, de la familia, y se hace extensivo á la multitud, haciéndose de carácter público en la labor de la renovación social.

Las causas son siempre muchas, que hacen el problema complejo en todas las etapas de manifestaciones. Para que la renovación sea eficaz, es preciso que haya cohesión de finalidad, aunque los trámites no sean en absoluto armónicos. Para evitar que sufra menoscabo la independencia humana. Como se dan casos en los órdenes político, económico y religioso. Siempre evitándose intrusiones del derecho positivo en el derecho natural. Para que no haya motivo de crítica, sobre confusión de términos, que son distintos entre lo que es propiamente derecho civil y ciencia económica. La economía tiene sus leyes, y éstas están expuestas á las coacciones de aquel derecho, burlándose legisladores y especuladores de las contradicciones que sufre la libertad, profanándose la justicia.

III

El derecho de propiedad, á la luz de la historia, ya con respecto á lo que pueda poseerse, ya con respecto á la de la

persona. Propiedad de sí mismo, y la reconocida á la personalidad. A la luz de la historia se ve, que la filosofía práctica (no aquella que de momento no es más que teórica) es la que da ópimos frutos á la verdad con evidente realismo. Bentham preconiza este principio: «La moral sobre el interés.» Con arreglo á un principio circunstancial, por el que se llegó á confundir la razón con el sentimiento. Consecuencia de teorías que fueron sustentadas por Locke y Condillac, por las que se llegaba á hacer un maridaje entre el sentimiento moral y la utilidad, con orientaciones predilectas á ésta. Del italiano Dragonetti tomó los consejos Bentham, y en el campo jurídico tuvo defensores, por el año 1789, la prestación de servicios como una virtud. Sin distingos de servicios. ¿Puede esto llamarse doctrina científica, sin especificar qué servicios?

Kant, en sus entusiasmos filosóficos, soñador de una paz perpetua, adorador de la razón, en inteligencia con las circunstancias que rodeaban su filosofía, con la que operaba como genio de primera magnitud, desde su gran altura novadora, hacía depender la mayor parte de la dominación del Estado, de la forma de gobierno, con predilección de la republicana. Cuanto se ha dicho contra Kant debe atenuarse. Que consideración merece quien se declaró defensor de la paz universal, coincidiendo en igual aspiración con Petrarca y otros pensadores de alma generosa. La especulación filosófica se enlaza, si no en armonías bienhechoras, en especulaciones mentales que son, más ó menos, tributo rendido por la razón humana á la razón divina. Watel investiga; lo mismo hacen Martens, Schoel, etcétera, etc. Pero desde el momento que la razón se declara árbitra de las ideas, demoledora de creencias, escéptica de esperanzas, surge el conflicto.

Por no hacer para evitarlo, la humanidad viene siendo desgraciada.

Desgracia es no saber vivir en relación la criatura con su Creador, con tantas facilidades como da éste para practicar la virtud. Cuando, inspirándose en ésta, puede lograrse la bienan-

danza en la familia, *eje central* hermosísimo de la moral. La moral, que es de derecho natural exigirla con el ejemplo. La familia, que en ella la situación de la mujer es un problema social para algunos filósofos. Las escuelas están divididas; y según documentos históricos, si es verdad que por el Cristianismo ha sido salvada del lodazal social la mujer, no es menos cierto que su encumbramiento no ha llegado aún á ser lo que quiere que sea la religión cristiana. Ésta saca de la ergástula y del harén al bello sexo; pero no está éste colocado aún en igual derecho estricto con el hombre.

La emancipación de la mujer en derecho estricto, no como sueña la demagogia, sino como aspira la democracia. Los estudios de Montesquieu hasta Laboulaye, de Tocqueville y Maistre. Por lo menos en algunos de ellos se ve, más que al sociólogo, al político; más que al filósofo sin prejuicios, al sociólogo que los tiene. Es verdad que el llamado sexo fuerte no propende á despojarse de su *fortaleza*, que nos permitimos llamar muscular, como la mujer se defiende con las armas de la coquetería. El hombre, en general, es más agresor que agredido. Y no hay que acordarse de los seres masculinos que con alevosía cometen crímenes calificados de pasionales. ¡Pasionales...!

La situación de la mujer en la familia tiene su historia definida en la que ha dejado escrita el abate Gaume. ¡Cuántas heroínas pasan desapercibidas por la sociedad! Ello es lo cierto que en las familias primitivas el culto facilitaba la inteligencia marital; ya no es lo mismo en la sociedad romana, que resalta la influencia política; entre las gentes septentrionales se hace distinción exagerada á favor del sexo masculino. Nunca el guerrero por hábito se ha distinguido gran cosa como galante, en lo más delicado que significa esta palabra. Esto es, se trata de derechos y deberes que son inmanentes en la persona. Lo que ha sido llamado beatitud laica por escritor fecundo. La incapacidad de la mujer está desterrada de las bibliotecas que tienen los sabios eminentes, y desde ellas des-

ciende como lluvia benéfica á lo prosaico de la vida, para persuadir al hombre de que trate de igual á igual á la compañera, que á veces le supera en aciertos, como en otras la reflexión del compañero traza la marcha que es más segura. No puede hoy llamarse veto absoluto el que se impone por religiosidad doméstica, por intereses materiales ni por flaquezas humanas. Realmente, el matrimonio católico impone al esposo: «Compañera te doy, no sierva.»

La influencia del principio democrático sobre el derecho privado en general, se infiltra pausadamente más que se desliza, ni menos corre veloz, como río caudaloso que le esperan por ambas riberas presas que se abren sus compuertas para tomarle caudal de agua con que fertilizar la campiña. Por lo mismo, no pueden los demás derechos desarrollarse tanto como fuese de desear para la soberanía de la persona. Y como se ve bien la imperfección, es relacionando la vida de familia con la vida mercantil, con la vida del crédito (por cuanto influye éste moral y financieramente), con la vida de asociación y con la de solemnidades públicas. Ya no se comprenden éstas sin tomar parte en ellas la mujer. Personalidad y propiedad son significados sinónimos, como derechos y deberes en el orden jurídico. Por más que en la práctica son las deficiencias muchas, los ultrajes frecuentes, las influencias ilegítimas tantas y la mofa despiadada.

Hay castillos inexpugnables para la moralidad.

Dentro de ellos campea la influencia á lo Borgia. Y es que la democracia tampoco está exenta de la *bestia humana* que señala el Apocalipsis. Visiblemente, desde los tiempos de Aristóteles, se filosofa por la democracia. Pí y Margall fué tanto por su triunfo, hasta verle exagerado muchos demócratas. Sin embargo, es lo cierto que las diferencias afrentosas de condición jurídica entre los dos sexos, entre nacionales y extranjeros (al estilo romano), entre nobles y plebeyos, entre ortodoxos y heterodoxos. Para nada de eso hay ya ni emparedamientos, ni hogueras, ni tenazas en los países reconocidos civiliza-

dos. Prohibida está la trata de negros y condenada la trata de blancas. El principio democrático pone á salvo los fueros de la personalidad. Son un hecho la desvinculación, la desamortización civil y eclesiástica, la legislación (aunque un tanto embrollada), amparo del menor, del desvalido y de muchos seres desgraciados, antes desamparados.

Así, pues, puede decirse que la purificación de las costumbres mejora, no obstante, la desviación á que lleva el modernismo temerario.

Reformas beneficiosas son algunas en el derecho penal, en el procesal, en el administrativo. A veces las dominan los abusos inveterados; en el político, la inmoralidad desencadena pasiones, en algunos casos violentísimas. La personalidad tiene derechos definidos en el Código; pero la corruptela lo desfigura hasta poner en jaque su propiedad, á veces jaque-mate.

Recuérdase á Moreno Nieto en sus enamoramientos filosóficos, ocupándose de la revolución actora el año 1789; sólo que Moreno Nieto era filósofo religioso, modelo jefe de familia. No pudo nunca apoderarse de su privilegiada inteligencia el escepticismo enciclopédico. Aquellos sectarios odiando el Cristianismo, que es lo mismo que odiar la justicia y desterrar la ventura de los pueblos.

Ahora sí: es preciso reconocer que en el principio democrático es muy fácil injertar la desvirtuación del principio de autoridad, del que ha de disponer libremente el derecho, mucho más el privado, que ha de servir con fidelidad discrecional, sin que sea en la práctica, como sucedió en los tiempos del *pater familias*. Por ser hoy la familia germen más que nada social, desarrollado, fuerte, amplio, cosmopolita, insubordinado ante los obstáculos, cualesquiera que sean ellos. No puede desconocerse la influencia que tienen el matrimonio civil y el divorcio; la independendencia que ofrecen la patria potestad y la autoridad marital: las sublevaciones que se levantan airadas sobre el derecho de propiedad, que muchas veces se pone en tela de juicio. Y para todos, si ha de ser el respeto mutuo

eficaz, es preciso que exista muy vivo el espíritu religioso. Amarás á Dios sobre todas las cosas, etc.

No es misticismo lo que pide el derecho privado de los cristianos: basta atenerse á la ley natural, y cuanto más se ensalce ésta, mayor solemnidad tendrá el matrimonio religioso, cuya finalidad ha de ser mantener en toda su pureza la vida de una persona en relación íntima con otra persona de distinto sexo. Si nos atenemos á la historia, se sabe que han abundado las vicisitudes de los cónyuges en el proceso de cohabitación y deberes para con los hijos. Tuvo que ser así, según los períodos históricos. Los hay, á saber: La familia fué principalmente una sociedad religiosa, formando un Estado. La familia llegó á quedar supeditada á religiones nacionales, pero siempre reconociéndolas origen divino. Aun en el caso del raptó ó la compra de la mujer. La familia entre los hebreos y entre los romanos, ellos no consideraron la personalidad de la mujer con el concepto en que se tiene hoy á este sexo. En la familia, el matrimonio ha sido para el Catolicismo sacramento indisoluble; por más y por cierto, entre los reyes hubo algunos que lo profanaron por razón de *Estado*, como pretextopara encubrir liviandades á los ojos de los vasallos, que estaban sometidos á la servidumbre.

El Fuero Juzgo, con su *nam ubi, dos nec data est*, quiere encaminar á favorecer el sentimiento religioso, dejando á salvo el fuero civil. Porque la tendencia, en rebeldía, de éste, existió siempre. Al propio tiempo trabajó siempre la Iglesia por lo que consideró derecho preeminente suyo, como se atestigua por disposiciones con fuerza legal ejecutiva de León el Filósofo y Carlo Magno. El Concilio de Trento afirma sobre el sacramento del matrimonio. *Cur Parochi seduló deteant invigilare ut populus cristianus Matrimonii naturam et sanctitatem cognitam habeat.*

La personalidad se afirma; y como ha dicho un gran poeta español, para el corazón no hay distinción de sexos.

Abstracción hecha de convencionalismos, de debilidades

concupiscentes, de relajaciones interesadas, de desconocimientos característicos, de distancias en años. En una palabra, de verdaderas incompatibilidades que pueden y deben evitarse. Aun viéndose representado el amor ciego, ya podemos evitar la influencia ciega de Cupido. ¿Para qué está la reflexión? ¿Para qué está puesta á disposición de la razón la prudencia? Afirmándose filosófica y rectamente por el *derecho privado*, que éste ha de ser de persona á persona, que buscan en el matrimonio aumentar la práctica de las virtudes y disminuir el número de los vicios. Que en la familia los hijos obligan á la santidad de costumbres, para verse en ellos los padres en el orden moral como pueden ver su cuerpo ante un espejo. La conciencia immaculada, el sacrificio voluntario, el amor vigoroso y la voluntad soberana practicando el bien.

El bien que excluye el predominio exclusivista de la propiedad individual, de que hablan algunos catedráticos en universidades y seminarios. Tal vez sin abarcar todo el alcance que tiene la palabra, cuyo sentido literal es negarse á dar una participación ó inclusión en aquello que pertenece en pleno y absoluto dominio á la vida individual. Convivir dos cuerpos para fin determinado, dos almas para idéntica aspiración. Sentimiento y sensación conviven en goce, imaginación y razón; conviven cuando identifican ideales y proyectos; conviven dos espíritus y dos gustos cuando no pueden existir el uno sin el otro. Julieta y Romeo, por ejemplo. Porque el predominio exclusivista de una sola persona, y para sí sola no puede ser, en cuanto la propiedad individual se pretenda considerarla aislada. Y en cuanto sea esa propiedad humana. Exenta de todo misticismo y arrobamiento.

Seguramente es incomprensible el progreso humano sin que la propiedad individual deje de ser ó estar asociada.

Sin que el colectivismo sea aceptable más que como conculcador que es del derecho privado, lo mismo puede decirse del socialismo, que pretende negar las categorías personales; del anarquismo, que viene á perturbar el orden social negando la

superioridad legítima; de la utopía, que forja castillos en el aire; como cuando el holgazán quiere hacerse rico, esperándolo todo con ensueños de ojos abiertos y mirada puesta en el bien ajeno.

Nada de eso puede ser aceptable en buena lógica de sana razón. Nunca el espejismo es realidad. Ni puede ser el mismo estudio el que se haga al interior de la vida en el fuero interno con el estudio que se refiera á adquisiciones inconscientes; sin el estudio de persona á persona en sus derechos y deberes.

La propiedad en derecho privado puede ser anterior ó posterior al derecho positivo; mas éste nunca anulará el derecho natural.

No es que ha de ser el derecho de propiedad invención humana, aun cuando los legisladores se llamen Moisés, Justiniano, Alfonso el Sabio, Inocencio III, Napoleón, etc., etc.

Colectivizar como se ha dicho, es no ver que hubo siempre la induavilidad de relieve, con la tiara ó con el alfange, con el breviario ó con la tizona. Como no ha dejado de haber en cortes y cortijos bandidos disfrazados con hopalandas ó cubiertos con capuchones de distintas formas. Canta el trovador al pie del castillo ó medita el capitán en el interior del torreón. La barquilla llega silenciosamente á la orilla, ó naves de gran tonelaje atracan al amparo de murallones. Cuando parece que la jornada es apacible, sorprende la tormenta, y como el terremoto destruye muchas edificaciones, así el sacudimiento social reduce á polvo poblaciones tan gigantescas como Nínive, Tebas. Que por ruinas señalan vestigios de opulentos palacios y grandes industrias.

Es decir, que la individualización que se anatematiza, lamentándose la *escasa* colectividad por esto, tropezándose el humano progreso con terrible obstáculo para desenvolverse. Y se añade, si se consigue el desenvolvimiento en parte, es acumulando la propiedad en pocas manos. ¡Ah, la historia de siempre! Si Esparta tuvo reparto de tierras, ¿qué ventajas reportó á los espartanos? ¿Qué obstáculos han opuesto á la civi-

lización en los Estados Unidos sus archimillonarios? ¿No se dan diariamente casos de jornaleros que saben aprovechar la sonrisa de la fortuna y apoderarse de ella?

En la pendiente del error se llega hasta sus últimas consecuencias. Y al anatematizar el individualismo alcanza el anatema hasta la libre concurrencia. Con lo cual, á quien carece de capital se le encadena al capitalista. Éste al consumidor le impone duramente precios y abusivamente calidades. No sucede así con la competencia que hace florecer riqueza que agostan los monopolios.

Por éstos el derecho privado queda agostado en flor. Nada es tan inhumano como encarecer los precios del pan, la carne, el vino y el agua. En esta campaña, desgraciadamente, coinciden los titulados liberales y los que rechazan este título, religiosos y librepensadores. ¡Oh ceguera del egoísmo! Ahora sí, por algo está el refrán: *El pez grande se come el pequeño*. El condor hace presa de la paloma, la ballena del delfín, el leopardo de la gacela. Así la naturaleza nos enseña que el hombre laborioso con inteligencia, ahorrador discreto; la mujer sencilla por honestidad, diligente por previsora, Dios bendice sus días. Y los de este siglo, tan múltiples en iniciativas y actividades, en esta lucha, cuando se dice: todas las ventajas están de parte de la mayor riqueza. Si fuese así, había que convenir en que la democracia maltrata, aherroja al derecho privado, cuando corresponde á esta civilización elevarlo al *quinto* cielo, en aspiración bíblica.

Montesquieu fué pensador con su siglo, en el que no se había profundizado lo bastante para saber que la vida moral y las instituciones por que se regía en aquellas sociedades, aparentemente los hechos parecían casos fortuitos, por estar juzgados sólo en su exterior. Cuando Montesquieu da una parte importante al genio del hombre y fía mucho á su prudencia, omite dar participación á las leyes eternas que están siempre vigorosas en manos de la Providencia, la que tiene puesta su predilección en la persona, y la tiene dictada le-

yes, para asociarse personas con personas, con libre albedrío.

Entonces se corre el peligro que está señalado aforísticamente: «Cayó en malas manos.» Los horrores del genio destacan mucho más que los vulgares. Contrastan las ideas de Mostenquieu con las de Filangieri. Así está revelado en el bosquejo de esta *Ciencia de la legislación*. En medio de todo, está señalado bien en el siglo XVIII cómo había de hacer la ciencia grandes progresos en el siglo XIX.

ANSELMO FUENTES

LA EMBAJADA DE ESPAÑA EN PARÍS

EN LOS COMIENZOS DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

III

Cuando, en Mayo de 1788, estaba para decretarse la convocatoria en los Estados generales, Fernán-Núñez lo notificaba á Floridablanca en su despacho el día 2: — «En la próxima semana, decía, se verificará la novedad esperada de los Parlamientos. Han marchado á sus destinos todas las autoridades, pues el objeto es que las reformas se establezcan en un día en todas partes, y que no haya alborotos en ninguna.» Pero el primer Parlamento que saltó contra la voluntad del rey fué el de Tolosa. Respecto al de París, Fernán-Núñez decía el día 5: — «Ya estamos en la decantada semana destinada al establecimiento de las novedades parlamentarias, que tanto inquietan el reino. Parece que el miércoles será el día en que, convocado el de esta Corte á Versalles, las publicará el rey en su solio de justicia (*son lit de justice*). Entretanto se ha juntado el sábado el Parlamento, convocando á este fin á los Príncipes y á los Pares; pero los primeros no han asistido, y de los segundos sólo acudieron nueve ó diez. Aquella misma noche se publicó un extracto, que al día siguiente se vió impreso en todo París, y ayer fué la diputación del Parlamento á Versalles á presentar á S. M. las representaciones últimas sobre el vigésimo, y S. M. dió la respuesta. A media noche pasaron á casa de Mr. D'Espremeuil y de Mr. de Guilard, ambos consejeros del Parlamento, de los que tienen más parte y trabajan en sus

edictos, con orden al parecer de arrestarlos; pero ambos pudieron evadirse retirándose al palacio del Parlamento, donde no pueden ser arrestados, y esta mañana se han presentado en el mismo traje en que efectuaron su fuga, y han asistido á la Asamblea de hoy, que ha comenzado á las siete de la mañana y dura aún ahora, que son las once de la noche. Esta mañana se ha quemado públicamente en dicho palacio del Parlamento el papel que publicó diciendo ser apócrifo y que se había alterado la resolución que el sábado se tomó. Han preso al sujeto que lo hizo imprimir para su ganancia particular, y le han condenado á ser azotado y marcado. Lo cierto es que el mismo sábado por la noche vi yo escrito de mano de uno de los que asistieron á la asamblea los artículos principales que trae [el impreso, con alguna variedad en el estilo y colocación, pero que era lo que se había resuelto. Esta noche, á las siete, ha marchado á Versalles el primer presidente del Parlamento y otro de los miembros á representar sobre el arresto de los dos consejeros refugiados al sagrado del palacio. El Parlamento quedó reunido hasta que regresasen con la resolución de S. M.» Después, en postdata, añadía que el rey no había querido recibirlos, y que habían tenido que regresar á las dos de la mañana. A estas noticias agregaba un papel de un confidente de la Embajada, que se le había dado á las siete de la mañana, y que, por no tener ya tiempo, ni aun de copiarle, le incluyó original en los despachos, y que decía:—«El rey no ha querido recibir á los dos diputados que fueron á Versalles, y tuvieron que volverse á París á las dos de la mañana. Se asegura que el guardasellos se les rió en las narices.

»Inmediatamente el palacio quedó guarnecido por la Guardia Real á caballo y á pie y por la Guardia francesa y suiza, que fueron aún reforzadas con cuatro compañías de granaderos, ocupando todos el interior, de donde hicieron retirar la tropa de la Casa Real.

»No se ha permitido absolutamente entrar á nadie, sea quien sea, ni salir; de modo que el palacio del Parlamento

quedó lleno de la gente que ayer llevó allí la curiosidad, y que no se había retirado. Al duque de Montemart, que se presentó á las seis para entrar al Parlamento, se le interceptó el paso y se le hizo retroceder.

»Se piden al Parlamento los dos sujetos que ayer se refugiaron en él; pero el Parlamento resiste entregarlos.

»Se dice que todos los Parlamentos del reino han sido guarnecidos á la misma hora.

»A las siete.»

En otro despacho del día 11 Fernán-Núñez hablaba de las medidas de rigor que se habían tomado contra el Parlamento, á causa de la publicación no autorizada de sus acuerdos, del refugio dado á los consejeros que se tenían por autores de aquel abuso, y de no haberlos querido entregar. El palacio del Parlamento había sido ocupado por cuatro compañías de guardias francesas y suizas, mandadas por el capitán de la primera, Monsieur D'Ayem, el cual hizo retirar la guardia particular de dicho palacio, dejando apostados centinelas en las avenidas de las calles inmediatas, cerradas sus puertas, y no permitiendo entrar ni salir á nadie, como al embajador español se le había comunicado por su confidente. «Dentro, escribía Fernán-Núñez, había más de seiscientas personas de curiosos, entre ellos damas y caballeros de la primera distinción.» Habiendo preguntado el capitán á un dependiente inferior de palacio si conocía á Mr. D'Espremeuil, contestóle volviéndose de espaldas y poniéndose la mano delante de la cara con una acción lo menos afectada que pudo, y dijo que, aunque le conocía, no le veía. Entonces, el mismo D'Espremeuil salió de su puesto, y se presentó al oficial, que le condujo á la casa del intendente de policía, donde después llegó Mr. Guillard. La prisión se constituyó á las doce de la mañana, y al atravesar los detenidos por medio del gentío que se había reunido, no hubo el menor alboroto ni protesta. D'Espremeuil fué enviado á la isla de Santa Margarita, junto á la Autiche, y Guillard al castillo de San Pièr. Después fué cuando se celebró el *solio de Justicia*

por el rey. Hubo las arengas de rúbrica, primero por el rey, luego por el primer presidente, y por último, por el procurador general, y aun por algunos Pares; todo como pudiera hacerse en los Parlamentos de los siglos medios; mas como después se mandara retirarse á los Pares que quedaban en ejercicio, quedándose sólo en Versalles los de la Gran Cámara, con arreglo á lo que S. M. les previno en su discurso final ó de clausura, aquella misma tarde los despedidos pasaron al ministro guardasellos una carta para S. M., que el rey rehusó admitir «por haber prohibido expresamente por su declaración de las vacaciones que el Parlamento se juntara ni deliberara sobre ningun negocio particular ó público, so pena de nulidad del acto y de desobediencia. La Gran Cámara, que quedó en Versalles, era la única que debía tener entrada en la nueva Corte plena (*Court plenaire*), que se estableció en los decretos de la reforma, y su objeto era juntarla con los Príncipes, Pares y Prelados señalados de antemano. Después se circularon las invitaciones para que éstos asistieran el día 9, á las doce de la mañana, al palacio de Versalles, sin expresarles en la invitación si lo que se iba á celebrar era *seance royale*, *lit de justice* ó *court plenaire*. En vista de esto, los invitados acordaron reunirse en el cuarto del mariscal duque de Ducas, para concertar la conducta que habían de seguir en oposición cerrada en cuanto tuviera intento de innovación. En esta forma, llegado el día 9, á las doce de la mañana, se abrió *La Grand Chambre*.

Fernán-Núñez, en su despacho del día 10, así reseñaba el solemne ceremonial del acto: «S. M., toda la familia real y los príncipes, decía, en grandes trajes de ceremonia, se presentaron en la sala con ostentoso acompañamiento. El rey dijo á los concurrentes que los había llamado para participarles lo mismo que los había intimado el día anterior y la firmísima resolución en que se hallaba de mantenerlo, no dudando del celo y lealtad de su *Corte plenaria*, que coadyuvaría al mismo intento. Ofreció nombrar cuanto antes los demás individuos

que debían formarla, y que después la juntaría cuando los asuntos lo exigiesen.» Acabado este discurso, que, según Fernán-Núñez, duró un minuto escaso, se levantó el rey de su solio, «y sin dar lugar á otra cosa dió por terminado el acto, y se retiró». Los que inmediatamente se pusieron en marcha para regresar á París, dejando redactada y suscrita una protesta concebida en términos muy duros, al fin de la cual pusieron sus nombres los duques de Uzez, Luxembourg, de Rochefoucauld, Fitz-James, D'Aumont y Pralin. El arzobispo de París, el obispo de Chalons, los duques de Sevres, de Charcel y Montemart, que también firmaron, retractáronse después y borraron sus nombres; pero no tardaron el rey, el guardasellos y Monsieur en recibir las protestas del Parlamento de París, de sus procuradores, consejeros, magistrados y el Cuerpo entero de la Nobleza, y todos los Parlamentos de las provincias, excepto el de Rohan, guiándose por el de la capital, se negaron á registrar los edictos que el rey publicara, representando con rara unanimidad, «que las reformas introducidas y las que se proyectaran sería el fin de la Monarquía en Francia».

Algunos de estos Parlamentos, el de Tolosa primero y después el de Grenoble, fueron desterrados, y en el Delfinado se dió principio á los alborotos populares. Respecto al de Bretaña, y á la actitud de su nobleza, de que fué durante treinta años presidente el duque de Rohan, tío carnal del conde de Fernán-Núñez, éste nos proporciona su despacho del 6 de Junio, que es sumamente interesante. He aquí su texto:

«EXCMO. SR.—Muy Sr. mío: Continúan en el mismo estado de inacción y resistencia pasiva los asuntos importantes del día, y por todas partes son continuas las protestas de los cuerpos de magistratura y otros dependientes y aun de la nobleza en algunas provincias.

»La de Bretaña hizo, por medio de su Comisión intermedia ó Diputación de ella, unida siempre para representarla, una representación á S. M. reclamando la conservación de sus privilegios. La remitió á mi tío, el duque de Rohan, que como

su presidente, había estado á la cabeza de ella por espacio de treinta años, y éste la envió á S. M. acompañada con una carta en que le decía:— «que no obstante que su edad y el estado de su salud le tenía privado, muchos años hace, del honor de hacerle corte á S. M. y que tampoco había asistido, por esta razón, á ninguna de las sesiones del Parlamento, puesto que aún existía, y que la nobleza de Bretaña, á la cual había pertenecido durante treinta y á cuya cabeza había marchado voluntariamente al puerto del Oriente, rechazando de él á los ingleses, no dudando que en la conservación de los privilegios la provincia habían hallado y hallarían siempre sus compatriotas nuevos motivos de acreditar su amor y respeto á S. M., le parecía no poder excusar debidamente de pasar á su manos la representación que á este fin le remitían, y para la cual reclamaba su real justificación y clemencia, lisonjeándose de que este paso no sería de su desagrado y lo recibiría como una nueva prueba de su respeto y de su ley».

»El rey le respondió con un billete escrito todo de su mano, en que le decía: «*Primo*, vuestra representación no me ha sido desagradable. Siempre recibí benignamente las que se me hiciesen, y ya había asegurado de antemano á los diputados de Bretaña mi invariable deseo de conservar sus privilegios. Yo quisiera que la nobleza procediese en todas sus representaciones con la misma moderación que le inspirasteis siempre mientras estuvisteis á su cabeza. Estoy seguro de que, celoso de tomar parte en sus desvíos, procuraréis por vuestros consejos y ejemplo y por todos los medios posibles, atraerlos á su deber. Nunca debéis dudar de mi confianza y afecto, con el que ruego á Dios, primo mío, os conserve en su santa y digna gracia.—*Luis.*»

«A más de esta representación moderada y legal, como hecha por un cuerpo unido legítimamente, otra parte de la nobleza se unió, sin estar autorizada á ello, cuando no hay convocación de Estados, que entretanto representa la comisión intermedia, é hizo otra representación atrevida é insolente, de-

clarando *infames* á cuantos tomasen parte en las actuales innovaciones del gobierno, cuya representación entregaron al comandante general conde Thiar, poniéndole en la precisión de remitirla, como lo hizo, á la corte.

«En vista de ella, mandó el rey marchar varios regimientos de infantería y caballería, en número de más de 6.000 hombres, para hacerse respetar y obedecer; pero les han negado el alojamiento y los víveres: de modo que el general se ha visto precisado á alojarlos en los conventos y parajes públicos, y es muy de temer que no basten todos los medios de moderación y prudencia para impedir los de la fuerza, si no mudan de modo de pensar, lo que en la obstinación de aquellos provincianos no es muy probable, y no deja, y con razón, de inquietar el ánimo del rey y sus ministros, que nada omiten por acreditar su deseo del bien y de la conservación de la paz.

»La resistencia pasiva y de inacción es aún más difícil de vencer, continuando los abogados y procuradores en negarse á dar curso á sus expedientes.

»El martes obligaron á doscientos cuarenta de los últimos á ir al Tribunal de Chatelet y exponer sus causas, y lo ejecutaron, pasando por entre el pueblo que esperaba, y que, ignorando si obedecían ó no, les decía al paso se negasen á hacerlo. En efecto; salió llamado el procurador más antiguo, que dijo que su parte no quería que su proceso lo defendiese ni requiriese nadie, sino su abogado, y que así era forzoso ver si se hallaba allí, y no estando, no podría procederse á nada.

»Se le llamó: no pareció, y se defirió á otro día ilimitado. Otro procurador dijo que su parte había retirado los papeles. Otro que esperaba nuevos documentos, sin los que no podía entrar en materia, y así todas las causas y procesos quedaron diferidos sin término definido, y se concluyó la sesión sin adelantar nada en la causa de la justicia, que cada día se hace más necesaria y más incomprensible, no obstante la tranquilidad que se manifiesta en el ministerio, al modo en que se cree salvar estos inconvenientes con el decoro del rey, la ve-

rificación de sus presidencias y la quietud pública. París, 6 de Junio de 1788. — EXCMO. SR.: B. I. m. á V. E., su seguro servidor. — EL CONDE DE FERNÁN-NÚÑEZ. — *Excmo. Sr. Conde de Floridablanca.*»

En postdata, luego, decía el embajador al ministro que su tío el duque de Rohan le había comunicado en secreto los documentos que insertaba en su despacho, también reservado. Mas á pesar de la corrección de estos documentos secretos, la actitud del bailiaje de Rohan y de Villafranca produjo otra orden de destierro para el Parlamento de Bretaña, igual á la de los de Tolosa y Grenoble. El de Bretaña empezó por resistirse á recibir las cartas de extrañamiento; formuló una protesta declarándolas nulas y llamó al ministro guardasellos traidor; luego se conformó con la pena que se le había impuesto y se dispuso á cumplirla. Después de esto, el bailiaje comenzó á ejercer sus funciones, y Fernán-Núñez, refiriendo á Floridablanca estas cosas en despacho de 9 de Junio, añadía por su cuenta:

«La corte espera que los Parlamentos de provincia, convencidos de su constancia, todos irán cediendo. Es de desear que no se engañe.» Y el primer síntoma de que se engañaba, en efecto, lo revelaron los tumultos que estallaron en el Delfinado el día 7, siendo lo particular del caso, que una mujer del pueblo fuera la que más excitara á soliviantar los ánimos y á acalorar la conmoción.

En Borgoña, estas conmociones no tuvieron tanta resonancia, gracias á la prudencia y el tino con que se portó el comandante general del distrito, Mr. de Gouvernet. No obstante, los parlamentarios fueron desterrados.

Acerca de la actitud del clero, según los despachos de Fernán-Núñez, el conde de Montmorín pensó dominarla por recursos de habilidad. El 17 de Junio, Fernán-Núñez escribía en su despacho oficial á Floridablanca: «He hablado con Montmorín, así sobre los asuntos exteriores como sobre los interiores. El obispo de Blois, que es el que en la Asamblea pro-

puso que el clero representase á S. M. sobre los asuntos del día, es tan amigo de Montmorín, que cuando éste estuvo en Madrid de embajador, fué á esa corte á visitarle bajo el nombre del abate Rigodier; así es, que en todo ha procedido de acuerdo con él, quien á su vez arrastró consigo al arzobispo de Narbona, presidente de la Asamblea, á quien el obispo de Blois presentó al rey. La declaración substancial de sus representaciones respectivas, es la de que el rey tiene en sí sólo el poder legislativo, siempre que, después de oír las representaciones de los Estados, é instruido por ellos de los inconvenientes, insiste en la publicación de sus decretos. Este principio, añade Fernán-Núñez, que es contrario al modo de pensar de los parlamentarios y enteramente conforme al de la corte, establecido por el cuerpo respetable del clero en estas circunstancias, no parece pueda establecerse sin un concierto oculto y premeditado. En lo que no cabe duda, es en la necesidad de las reformas, pues todos están contestes sobre este punto.» A continuación, aunque en otros despachos del mismo día, así vuelve á expresarse acerca de la representación del arzobispo de Narbona: «El arzobispo de Narbona, presidente de la Asamblea del clero, dice, se presentó en Versalles para representar al Rey sobre la necesidad de justicia y la de reunir inmediatamente los Estados generales para aquietar los espíritus de la Nación, que se halla en una agitación increíble, sobre todo en las primeras clases de ella. El pueblo no toma el interés que muchos de ellos quisieran, y esa es la fortuna que hay en las actuales circunstancias, en que no puede V. E. figurarse el exceso á que han llegado las conversaciones y los escritos que se hacen circular. Nada se respeta, nada se perdona, ni lo más sagrado y oculto, exagerando y aun inventando cuanto creen puede conducir á perturbar la tranquilidad, persuadidos de poder por este medio conseguir intimidar al gobierno y hacerle desistir de sus planes. Con todo, el rey y el Ministerio manifiestan una tranquilidad y firmeza increíbles.»

No dice Fernán-Núñez, si el hecho y los comentarios que

delató en su despacho del 3 de Agosto estaban relacionados con estas cosas que se inventaban ó se ponían en práctica para intimidar al Ministerio y aun al rey mismo. Pero el caso fué el siguiente: «Ayer domingo, decía, entró en la iglesia del palacio de Versalles, durante la misa, un hombre que, como un furioso, se dirigió al altar más inmediato, en el cual estaba la cruz de la parroquia, con la que empezó á dar golpes sin tino á cuantos alcanzaba, y con no poca dificultad pudieron quitársela y asegurarle, después de haber hecho mal á algunas personas. Se le llevó á la cárcel, y al registrarle parece se le halló una ó dos pistolas cargadas con bala. Me han asegurado que hace cerca de un mes que arrestaron á otro hombre en el patio de palacio á que caen las ventanas del rey, en el cual se estaba paseando, sin quererse retirar hasta que le obligaron por la fuerza, llevándole preso; y registrándole en el cuerpo de guardia, se le hallaron también pistolas cargadas con bala. Se ignora lo que han hecho de este hombre. El año pasado se halló igualmente en el jardín el Trianón, en que la reina actualmente está, un hombre en el bosque, que parecía estar dormido, pero que por su turbación le creyeron sospechoso. Registrándole, le hallaron iguales armas. Aunque no creo, concluye Fernán-Núñez, indique esto claramente un designio contra la vida de estos soberanos, me parece debo hacer saber á vuecencia, con la debida reserva, todas estas noticias que me han dado por positivas.»

De todos estos datos, indudablemente se deduce con claridad cuál era cada actitud; la actitud del rey, la de sus ministros, la de la nobleza, la del clero, la del pueblo, en aquellos momentos en que el monstruo de la revolución se cernía sobre la cabeza de todos; así como se ve, que fuese por inspiración de Luis XVI, fuese por inspiración propia, el arzobispo de Narbona, presidente de la Asamblea del clero, fué el primero en proponer la convocación de los Estados generales, cuando en una ú otra forma estaba funcionando la Asamblea de los notables, y cuando las clases á que este prelado perte-

necía, reconociendo la necesidad de las reformas, las quería, pero mediante una condición imposible: la de poner á salvo cada cual sus privilegios, cuya dura imposición social era la que exigía aquellas mismas reformas.

Acerca de los Estados generales, es curiosa la ilación de las noticias que se hallan en los despachos diplomáticos del conde de Fernán-Núñez, que son, en realidad, el trasunto de las impresiones dominantes cada día. En despacho de 3 de Junio decía: «El clamor de los Estados generales es unánime; pero aun así, no sé si los lograrán tan pronto como desean.» El 9 del mismo mes volvía á decir: «El decreto del Consejo de Estado sobre la convocatoria de los Estados generales, no fué bien recibido del público.» El 11 de Agosto escribía de nuevo: «Ha llegado, al fin, el caso de la declaración de los Estados generales, señalado para el primero de Mayo. Se ignora aún el paraje en que se tendrán, y si fuese fuera de la corte, como recelo, será preciso que los embajadores de familia sigamos, como siempre, á S. M. en este viaje.»

Después de la caída del arzobispo de Sans y su reemplazo por Necker, y de la caída del ministro guardasellos, La Maignon, por indicación de Necker, que creía que con su caída se restablecería la pacificación de los espíritus, por estar tan odiado en la opinión general aquel ministro, se anunció que volverían los Parlamentos hasta la reunión de los Estados generales. El nombramiento de Necker para Ministerio, en que venía á ser la suprema esperanza de la regeneración económica, que trayendo la prosperidad sobre el reino, acabaría con todas las perturbaciones que lo conmovían, dió lugar á aquella recepción que en Versalles se le hizo, y que Fernán-Núñez así detallaba en su despacho del 29 de Agosto: «El martes por la mañana se presentó Mr. Necker al rey y demás personas reales, que le recibieron con el mayor agrado y distinción. Como este ministro no merecía la aceptación de la reina, parece había dicho no volvería á la corte sin estar cierto de que S. M. había cambiado de sentimientos respecto á él. En efecto: el rey le es-

cribió un billete de su mano, que le fué entregado por el embajador del emperador, conde de Merci, y entonces vino. Tanto en Versalles como en París, han sido excesivas las demostraciones de regocijo, los vivas al rey y al ministro nuevo. Ha habido iluminación y fuegos, y desde el mismo día subieron considerablemente los fondos públicos; pero como aquí no hay fiesta completa, anoche hubo algún desorden en el Puente Real y dos ó tres desgracias y pedradas, con motivo de haber querido las patrullas hacer apagar las iluminaciones. Estos tumultos se reprodujeron contra el arzobispo dimitente, por haberle visto visitar dos veces á S. M. después de dada su dimisión. El público, que le detestaba, le acompañó la última, diciéndole mil injurias, en tanto que en París era quemado en estatua en la plaza del Delfín. Para la dimisión del guardasellos, Necker celebró una larga conferencia con el rey y la reina y el conde de Artois, persuadiéndoles de que era una medida indispensable, como se ha dicho, para restablecer la tranquilidad pública y la justicia antes de los Estados generales, y fluctuando el rey para reemplazarle entre M. de Fleury, presidente del Parlamento, y M. Barantein, presidente de la *Cour des Aides*, la preferencia de Necker, inclinó hacia el último la resolución. Su nombramiento fué recibido con la repetición de los desórdenes contra el recuerdo de su antecesor, y la plebe, en la noche del lunes al martes, 9 de Septiembre, reprodujo en París la escena del 23 de Agosto, quemándole en estatua, y hubo conatos de quemarle la casa, lo que impidió la tropa, no sin que se produjeran algunas desgracias más. Con todo, la multitud, apostada en el Puente Nuevo, obligaba á cuantos pasaban á bajar del coche, quitarse el sombrero delante de la estatua de Enrique IV, y á algunos hasta á arrodillarse ante ella y á gritar: ¡Viva Enrique IV y muera La Mignon! En este caso se halló el duque de Orleans, que tuvo que sujetarse á la imposición de la plebe.»

Todo se hacía pretexto de asonadas imprevistas, pero casi continuas. El 24 de Setiembre el Parlamento se juntó, aunque

sin particular ceremonia, para registrar el nombramiento del nuevo guardasellos; después se llamó á su seno á Mr. Crone, intendente de policía, para que diese explicaciones sobre los alborotos de los días 15 y 16 y de las desgracias ocurridas en la calle de Saint-Dominique, y al día siguiente se presentó una moción para que los ministros salientes fuesen procesados; y mientras el Chatelet y el Bailiage y la villa de París representaban al Parlamento para felicitarle, entre los aplausos que la multitud, según estilo, prodigaba á los dos primeros, así como á los individuos del Parlamento cuando entraban en él, y los silbidos que se dieron á la villa por el pecado de haberse mantenido tranquila durante los últimos acontecimientos, el pueblo que volvió á entregarse á sus alegrías tan inmoderadas como peligrosas, y tan infaustas como sus enojos, en la noche del 28 tomaba la calle de la Harpe por teatro de sus demasías, corriéndola con hachas encendidas y ramas de oliva, gritando: *¡Viva el Parlamento!*, bebiendo aguardiente *sin pagar*, rompiendo vidrios y echando cohetes dentro de las tiendas, á los pies de los transeuntes y en las faldas de las mujeres que encontraba al paso. También fueron frente de la casa de Necker, y se amontonaban delante de los cuarteles de guardias francesas, diciéndolas que el Parlamento les había declarado ser su único ministerio la defensa de la patria, é insultaban á las patrullas; de modo que la del Gaí se vió obligada á matar á uno en la calle de Saint-Martin, y las guardias francesas á otro en el Palais, y otra de sus patrullas, viéndose mofada por la turba, tuvo que hacer fuego y usar de la bayoneta, de modo que hirieron á una multitud. Entonces las verduleras rompieron, tirando botellas y cacharros á las cabezas de la policía, y si no se hubiese tomado una medida pronta y severa enviando tropas y cañones al palenque del motín, no hubiera sido fácil calcular en qué hubiera parado aquel desorden, sin que nadie supiera lo que querían los que le habían armado.

Entre estas escenas, repetidas á diario, el Parlamento de

París proponía á principios de Octubre, y formulaba su deseo en una representaeión formal, que antes de la congregación de los Estados generales volviese á reunirse la Asamblea de los Notables, á fin de que deliberase si la convocatoria debía hacerse con arreglo á las fórmulas de 1614, en que se reunieron por última vez. Después de muchas discusiones así se acordó, y Fernán-Núñez, en su despacho del 7 de Noviembre, refería el acto de esta manera:

«El embajador de Nápoles y yo asistimos de oculto en la misma tribuna que el príncipe Enrique de Prusia, el cual había comido con S. M. el día antes en el palacio que ocupan las tías del rey. La Asamblea se reunió en Versalles el día 6, donde continuarán diariamente las seis salas nombradas para el examen de los cuatro puntos sobre que había de resolver, á fin de asegurar, como Necker dijo en su discurso, el acierto de la convocación de los Estados generales, que era el objeto de la reunión. El primer presidente, á pesar de su espíritu de conciliación, se mostró intransigente en sus principios, reclamando como una ley inalterable la práctica de los Estados generales de 1614. Esto hizo ver que, no obstante el decreto de S. M. en que desaprobaba este sistema, persistía en él este Cuerpo, y que sus miras particulares podrían aún inquietar y alterar la tranquilidad pública en perjuicio del fruto que pudiera esperarse con razón de una pronta y tranquila asamblea de los referidos Estados. El duque de Orleans se excusó de asistir á la comisión á que pertenecía en la Asamblea de los Notables, diciendo «que el haber dicho una vez su opinión, le había costado demasiado caro para ponerse otra vez en el caso de que le sucediese lo mismo.» Con este motivo se suscitó una disputa entre el arzobispo de Burdeos y el mariscal de Broglie sobre la presidencia de la Sala, cuya decisión no se atrevió á tomar sobre sí, dejándola al arbitrio de S. M. También se produjo alguna variedad de dictámenes al tratar si se había ó no de seguir estrictamente el método establecido por Mr. Necker para los asuntos que proponía. Se consultaron los antecedentes de

los Estados generales que se celebraron en Tours en 1455, de los de Orleans de 1560, y de los tres de Blois de 1576, 1589 y 1614, y como muchos se mostraron imbuidos de un espíritu muy conciliador, el acuerdo sobre el método de 1614 se hizo fácil tomarlo, sobre todo cuando el duque de Orleans, volviendo sobre su resolución, se hizo presente en todas sus sesiones, y la disputa de la presidencia la resolvió el rey, otorgándola al mariscal duque de Broglie.»

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN

ESPAÑA FUERA DE ESPAÑA

UN PROBLEMA DE MORAL Y DE HISTORIA

LOS BORGIA

LOS COMIENZOS DE ALEJANDRO VI (1)

Una publicación reciente, el *Diario* de Juan Burchard, capellán y maestro de ceremonias en el Vaticano, de 1483 á 1506, ha hecho que muchas personas, curiosas de las singularidades dramáticas de la historia, se vuelvan hacia una familia cuyo solo nombre evoca toda una serie de siniestras leyendas. Gracias á las notas diarias de ese eclesiástico, puédese ahora seguir, al detalle sus vidas íntimas, al Papa Alejandro VI Borgia y á su hijo César. La correspondencia de Antonio Justiniano, embajador de Venecia cerca de la corte de Roma, permite comprobar página por página una parte de la narración de Burchard; pero Justiniano, que era un fino diplomático de la escuela veneciana, muy hábil en el arte de observar los gestos y de escrutar las palabras, nos ha dejado además los principales elementos de una psicología de Alejandro VI; sus despachos, completados por la *Legación* de Maquiavelo,

(1) I. *Johannis Burchardi Argentinensis Diarium*, 1483-1506, edición Thuasne, París, Leroux.—II. *Dispacci di Antonio Giustinian, ambasciatore veneto in Roma*, 1502-1505, edición Villari. Florencia, Le Monnier.—III. Edoardo Alvisi, *Il Duca Valentino*. Imola, 1878.—IV. Gregorovius, *Gerchichte der Stadt Rom im Mittelalter*, t. VII, y *Lucrecia Borgia*.—C. Iriarte, *Los Borgia*.

nos dejan también penetrar, todo lo hondamente posible, en la tenebrosa conciencia de César. Estos dos hombres, que fueron durante algunos años el terror de Italia, y cuya obra, interrumpida por la misteriosa muerte del padre, dió todos sus funestos frutos en los Pontificados de Julio II, de León X, de Clemente VII, aparecen, pues, con su verdadera fisonomía en la complejidad de sus pasiones, de sus vicios y de sus ambiciones. Los vemos obrar, y nos enteramos de los motivos de sus actos; les oímos hablar, y, si mienten, sabemos qué interés les hace mentir. Sus caracteres se hallan en perfecto equilibrio con las condiciones de su poder; necesitaban esa doblez y esos accesos de vicio implacable para mantenerse en las vertiginosas cumbres á las que la fortuna les había alzado. Pero, ¿fué suficiente expiación de su grandeza sangrienta, para el padre, el espanto que le infundía su hijo y la angustia con que, á fines de su reinado, sentía venir la ruina de la empresa común; y, para César, la impotencia desesperada en la que la voluntad tenaz, ya de Venecia, ya de Francia, le encadenara en los momentos en que por fin creía realizar sus sueños, la monarquía de Italia y el derrumbamiento de todas sus esperanzas, en unas cuantas horas, cuando Alejandro murió? ¿Fueron uno y otro igualmente culpables para con Italia, la Iglesia y la cristiandad? ¿Se halla irrevocablemente concluso el proceso que la opinión de los eruditos y de las personas honradas formó á esta familia, y no autorizan una revisión de esta lamentable causa histórica los documentos precisos que todo el mundo puede leer ahora?

Yo creo que se puede volver á abrir el proceso criminal de los Borgia, á condición de aportar á este nuevo estudio la tranquilidad de espíritu y los escrúpulos de un juez. Aquéllos, desde Guichardín hasta una época muy reciente, no han provocado otra cosa que requisitorias apasionadas ó alegatos de abogados solicitando la indulgencia de la posteridad, desnaturalizando los hechos, exagerando las buenas intenciones, atenuando las malas, hasta alterando, en caso de necesidad, el

estado civil de los hijos de Alejandro VI. Hay que desconfiar de las iras oratorias de Guichardín, y más aún de la apología novelesca del padre Olivier ó de las falsificaciones históricas del doctor Nemeke. Los ensayos de justificación fundados sobre un conocimiento exacto de la historia, la *Lucrecia Borgia* de Gregorovius, el *César Borgia* de M. Alvisi, abundan en excelentes miras; pero conviene tener en cuenta la deliberada sistematización del libro, en el que la manera de presentar los hechos es á menudo paradógica. A la verdad, un testigo, absolutamente desprovisto de ingenio, un sacristán mediocre, egoísta, refractario á todo sentimiento delicado, tal como Juan Burchard, es una de las más útiles fuentes de información. Nos ofrece, como un espejo y un eco, todo lo que vió, todo lo que oyó en el transcurso de los tres terribles Pontificados de Sixto IV, Inocencio VIII y Alejandro VI; no hay hecho grave en su *Diario* que no se encuentre también, ya en las crónicas contemporáneas, ya en los despachos de los embajadores. Lo que le hace precioso es una desoladora carencia de sentido moral. Los críticos que suscitaron dudas sobre la autenticidad del *Diario*, rechazado como libelo calumnioso, olvidaban dos cosas: una, que la Iglesia misma había salvado de la destrucción los numerosos manuscritos del *Diario*, en favor de las descripciones precisas que contiene referentes al ceremonial de la capilla pontificia; la otra, que no hay en Burchard ni el más ligero asomo de invectiva, de malicia ó de odio. Cuando anota una infamia, se encuentra á cien leguas de pensar que es una infamia. La serenidad de este capellán es maravillosa. Una sola vez, en su vasta crónica, se sintió sincera y profundamente conmovido, y el dolor realzó por un instante la vulgaridad corriente de su latín. La cosa ocurrió algunas días después de la entrada de Carlos VIII en Roma; mientras que Burchard asistía á la misa pontificia de la Epifanía, no sé quién se atrevió á mandarle á su casa unos alojados franceses con sus caballos. Pusieron á la puerta, bajo una lluvia torrencial, las mulas del maestro de ceremonias vaticanas, los caba-

llos y los asnos. Al volver á su domicilio, vió el atentado en todo su horror; los caballos ultramontanos «se comían mi hierba, dice, *fenum meum consumebant*». Fué á ver á Carlos VIII, y planteó un asunto de Estado. El rey ordenó que los huéspedes de Burchard desalojasen la casa. El capellán recobró entonces la calma de su conciencia. «Los coloqué, escribe ingenuamente, en casa de los vecinos.»

Ciertamente, este hombre es incapaz de engañarnos conscientemente. No cuenta nada de que no esté muy seguro. No comenta jamás los hechos que relata. En dos ó tres ocasiones, se niega á informarnos de los dichos del rumor público, y nos informa netamente de su discreta resolución. Fuera del ritual de sus ceremonias, nada le interesa. Su horizonte es el más limitado del mundo, pero lo que en él percibe es tanto más claro y digno de crédito. Nunca sospechó que la Iglesia vacilaba, que la cristiandad estaba angustiada, que la política de Roma inquietaba á Europa. Bastábale que los cirios estuviesen convenientemente encendidos en el altar papal, y que el Papa no se pusiera una capa roja en vez de una capa violada. Tengamos, pues, á este pobre señor, cerca de nosotros, como un testigo perpetuo; solamente á él hemos de interrogar, puesto que ha de hacernos más revelaciones que todos los grandes personajes, con excepción del embajador Justiniano. Desde bastidores ha contemplado el drama entero, del que los otros no han visto más que un acto ó una escena.

I



Antes de abordar la historia de los Borgia, es preciso desprenderse de un prejuicio y de un error que falsearían por completo el conocimiento de aquélla. El prejuicio consiste en imaginarse que Alejandro y César estuvieron fuera de las leyes comunes de la humanidad, que rebasaron por sus crímenes y sus vicios la medida de delincuencia permitida á fines del siglo xv y del siglo xv italiano. Las personas que buscan gus-

tosas los informes sobre el pasado en el teatro ó en la novela, no vacilan en atribuir de igual suerte á Lucrecia una especie de monstruosidad moral. Nos encontraríamos, pues, en presencia de un triple caso de teratología histórica. No tendríamos, ciertamente, que habérmolas con locos, sino con seres excepcionales, en quienes la maldad se desencadenara con un furor increíble, sin otra razón que la voluptuosidad perversa del mal, el enfermizo gozo que dan las extravagancias grandiosas. Este punto de vista se presta grandemente á la elocuencia y al folleto declamatorio; es adecuado para seducir á los poetas; se les descubrirá fácilmente en los capítulos coloristas que Michelet escribió sobre los Borgia, y en ese cuadro de la Roma papal, sombrío, con sus ruinas llenas de bandidos, y las orgías dignas de Heliogábalo en el Vaticano; «en medio, un banquero rodeado de moros y judíos; era el Papa con su Lucrecia, que tenía las llaves de la Iglesia». La visión es impresionante, pero es á un mismo tiempo para los Borgia un excesivo honor y una real injuria. No veamos en ellos figuras extraordinarias, desmedidas, tales como fueron ciertos emperadores romanos. Nerón nos desconcierta por lo incoherente de su naturaleza, lo absurdo del mal que hace; los cristianos de su tiempo vieron en él al Antecristo, la Bestia infernal salida del pozo del abismo; supo mezclar, de una manera tan inesperada, la ferocidad, la lujuria, el gusto por las pompas colosales, los refinamientos y la ironía de un comediante lúgubre que, presentado por Tácito y Suetonio, su historia nos parece un insolente desafío lanzado á la razón humana. La talla de los Borgia está lejos de ser tan alta; no hay desacuerdo entre su vida de tiranos italianos y la política de su tiranía; no hay una de sus violencias que no explique fácilmente las necesidades de esa política; necesidades de un día, contradichas por las del día siguiente, que manifestaran nuevas violencias; política pequeña, egoísta y empírica, pero seguida, con ayuda de medios atroces, con una lógica y una clarividencia perfectas. Calígula nombró cónsul á su caballo favorito. Hay que ha-

cer al Papa Alejandro la justicia de reconocer que, si hizo sentar á unas cortesanas en torno del altar mayor de San Pedro un día de función pontifical, nunca puso el sombrero de cardenal á su caballo de caza.

El gran marco de la antigua Roma, que convenía tan bien á Calígula y á Nerón ó á ciertos Papas de la Edad Media, como Inocencio III y Bonifacio VIII, conviene igualmente, cierto es, á la extraña familia; pero ésta no le llena ya á la manera de aquellos amos del mundo, sea temporal, sea espiritual. Los Borgia son, el uno el rey del estado eclesiástico, el otro el duque de Romanía. Su campo de acción es solamente Italia; representan allí una tragedia, en la que no están comprendidos los destinos de Occidente; un Sforza, un Malatesta, un Aragón, hubiesen dado un espectáculo tan emocionante si les hubiesen entregado la hegemonía de la Península. Los príncipes italianos del siglo xv son verdaderamente los iguales de los Borgia, y éstos, puestos al lado de aquéllos, recobran sus proporciones justas. Su inmoralidad no es un juego de la naturaleza, sino la ley misma de la tiranía italiana. Después de Alejandro VI, Pedro Luis Farnesio, hijo de Pablo III, aventajó á veces en perversidad al mismo César Borgia; más adelante también, Carlos Caraffa, sobrino de Pablo IV, trastornó la Península con una política disparatada que César no hubiese practicado. ¿Estaban, pues, abolidos el pudor, la lealtad, la bondad, la noción del bien y del mal en aquellas almas soberbias, que llevaban el corazón de una civilización de primer orden y realzaban la corrupción de sus cortes con todo el esplendor del Renacimiento? No vacilo en contestar afirmativamente. En todas esas conciencias se encuentra la misma laguna. Pero la explicación del doloroso fenómeno moral se encuentra en el *Príncipe*, de Maquiavelo. La tiranía del siglo xv llevaba en pos de sí la fatalidad de su origen; era ilegítimo por su mismo punto de partida, por el atentado del *príncipe nuevo* contra las libertades comunales ó los poderes feudales; el pontificado, aunque era poder secular, había sufrido el contagio

desde hacía más de cien años; se había visto condenado á luchar hasta el exterminio contra las grandes familias feudales de Roma, y á arrojar como pasto á los sobrinos pontificios las propiedades de los barones. A partir de Sixto IV, la misma Italia, de pariente en pariente, se convertía en presa del nepotismo. Ahora bien; como todos esos príncipes, cuya casa se fundó por la violencia y no subsiste sino por el crimen, los Papas del Renacimiento hubieron de recurrir, para asegurar sus ambiciones, á una política implacable, mezcla de doblez y de crueldad; como aquéllos, tuvieron que aplastar sin merced á sus enemigos interiores, á los condes y las villas, á los condottieros indóciles y á los cardenales demasiado poderosos, á los frailes que quieren traer á la tierra las libertades del reino de Dios, hasta á los humanistas, que hablan demasiado alto de la libre república de Tito Livio. En aquella época había que ser, á un mismo tiempo, zorro y león—dice Maquiavelo—en el interior, para esperar un día nuevo; fuera, en sus fronteras, entre sus aliados, entre sus rivales, los tiranos italianos, y el Papa, como todos ellos, tienen que defenderse contra la conspiración permanente, la intriga cerca de los soberanos de Occidente, la violación de los tratados, las tramas de los desterrados, de los *fuorusciti*, que preparan su vuelta por el regicidio á la revuelta popular. No hay príncipe que no tenga en contra suya á todos sus vecinos inmediatos, y, para apoyar secretamente la política de sus enemigos, á alguna de las potencias de Europa; si éstas, ocupadas en otros asuntos, permanecen neutrales, siempre queda Venecia, república patricia, que odia por igual á todos esos tiranos, y cuya mano se siente en todos los desastres que los abruma. Por esto, para durar, no tienen más que un recurso, el terror y el perjurio. Los Médicis, que por largo tiempo fueron más humanos que los otros, viéronse agredidos por unos sectarios en plena iglesia, y desposeídos; volvieron en 1512 á Florencia, después de haber aterrorizado la Toscana con la matanza de Prato. Los Borgia fueron de ese mundo que no conocía ni dulzura, ni escrúpu-

los, ni remordimiento; hicieron esa guerra salvaje que no conoció el derecho de gentes. Hoy asombran á la conciencia moderna. Pero en la Italia de aquella época, «la hospedería del dolor», que ya Dante había cantado, no constituyeron ni una decepción ni una sorpresa.

El prejuicio que acabo de señalar se complica todavía, por lo que respecta á los Borgia, con una idea histórica que hay que rectificar, para no considerar la figura y la obra de esos personajes con una especie de cristal de aumento. Alejandro VI, dicen, era Papa: luego lo que arrastró en la complicidad de su política fué la Iglesia romana, la Iglesia cristiana, cuyo honor comprometió con su vida; el cristianismo, del que era responsable, tanto frente á la historia como ante Dios, y del que él y los suyos renegaron impúdicamente.

Esta noción ha preocupado de diferente manera á un cierto número de historiadores. Los unos la han empleado para ensombrecer más el cuadro de ese pontificado, agravando así la culpabilidad de la familia con todo el peso de una verdadera apostasía. Otros, persuadidos de que la gracia divina no pudo ser impotente hasta tal punto, han protestado, han imaginado no sé qué conspiración de calumniadores; ligados contra los Borgia, ó más bien contra la Iglesia, han puesto en entredicho la leyenda introducida en el seno de la historia, declarando apócrifas y falsas las declaraciones de los testigos y las relaciones de los cronistas, en primera línea la del capellán Burchard, que no había sido cotejada con los informes ó los documentos diplomáticos de los contemporáneos. La opinión que, en Alejandro VI, pone en primer término al pontífice y al pastor de almas, ha servido, pues, á la vez para redoblar la severidad de algunos de sus juicios, para excitar el celo de sus abogados. Pero esta opinión está contradicha por la realidad histórica. Hacía mucho tiempo que la Iglesia, y por la Iglesia la religión de todo el mundo cristiano, había encarnado en el pontificado. En los peores siglos de la Edad Media, en los tiempos en que los papas se veían casi todos ellos expulsados

de Roma por el pueblo, los barones ó los emperadores, los pontífices aun desterrados, reemplazados por antipapas, mantuvieron con mano soberana la regla de la fe universal. Las herejías, las filosofías, las infracciones á la disciplina eclesiástica, las empresas de los príncipes, todos los intereses que de cerca ó de lejos afectaban al cristianismo, habían constantemente dado origen á un concilio de Letrán, á una decisión del Papa, á un acto solemne de la autoridad apostólica. Nada se hacía ó se decía en Occidente que no recibiese la aprobación ó la censura de Roma. Italia y Europa combatían de mil maneras la soberanía del patrimonio de San Pedro, pero siempre se inclinaban temblando cuando el obispo de Roma hablaba en nombre de Dios. Las frentes rebeldes que no se doblegaron, recibieron golpes terribles: el emperador Enrique IV, Arnolfo de Brescia, Federico II, el rey Manfredo. La función política del Papa, precaria y sin cesar, suspendida en Roma y en el dominio eclesiástico, indecisa y discutida en el resto de Italia, excepto en los momentos de las ligas comunales contra el Imperio, era, cuando obraba de lejos, de una grandeza incomparable. Cuando el Papa se volvía hacia el emperador, el rey de Francia ó Tierra Santa mostraba en su gesto y en su palabra todo el poder sobrehumano del sacerdocio. Estos fueron los tiempos heroicos del pontificado romano, que se detuvieron bruscamente después de Bonifacio VIII. Por el atentado de Felipe el Hermoso, los príncipes empezaron por anular el derecho de la Iglesia á intervenir en los asuntos religiosos de Europa. El destierro de Aviñón fué una decadencia, tanto para la Iglesia como para su jefe. El Papa perdió entonces el prestigio de ese episcopado ecuménico que solamente Roma podía contener; fuera de Roma, capital espiritual y política del mundo, no parece ya á los hombres de la Edad Media sino un arzobispo francés. La Iglesia, protegida y vigilada por el rey de Francia, no fué ya, como en otro tiempo, la suprema autoridad moral, más alta que todos los reyes, y que en la miseria misma de su sede de Roma daba á todos la ley. Sus

decisiones doctrinales, no promulgadas en Letrán, no fueron ya sino la obra impotente de una iglesia nacional. La cadena que, por el Papa, unía á la Iglesia con Dios, apareció rota en su anillo esencial. Este es el sentimiento de los grandes cristianos y de los políticos de Italia en el siglo xv: Dante, Petrarca, Santa Catalina de Sena. El Papa volvió á Roma; pero á causa del horrible cisma de Occidente, no fué ya capaz de recobrar toda su primacía apostólica. Europa se preguntó, durante más de medio siglo, en dónde estaban la Iglesia y el Papa verdaderos, y solamente los concilios de Constanza y Basilea pudieron impedir el fraccionamiento de la cristiandad en iglesias independientes. Pero estos mismos concilios aportaron un nuevo aminoramiento en el poder religioso de la Santa Sede. Atribuyeron al episcopado la supremacía doctrinal y el derecho de disciplina, que fueron anteriormente á esta perturbación la fuerza del pontífice romano; constituyeron teóricamente la Iglesia en monarquía parlamentaria. A cada elección, el Papa hubo de jurar en manos de sus cardenales las capitulaciones, por las que abdicaba en favor del sacro colegio las mayores prerrogativas del gobierno eclesiástico. Al día siguiente olvidaba sus juramentos, y se esforzaba en volver á la plenitud de sus antiguos poderes. Todos los Papas de la segunda mitad del siglo xv rompieron la carta pontificia. Este acto de mala fe no tuvo para ninguno de ellos graves consecuencias. Los cardenales italianos se cuidaban medianamente de los intereses de la Iglesia universal; cada uno de ellos, soñando con la tiara, veía sin desagrado una usurpación que tendía, no á realzar el poder espiritual de su soberano, sino á consolidar en su persona una realidad de la que los grandes Papas de otros tiempos no habían conocido nunca sino la sombra, el principado eclesiástico, el reino temporal de Roma.

Ahora bien: durante los ciento cincuenta años que van del cautiverio de Aviñón al pontificado de Pío II, el régimen político y social de Italia había cambiado de arriba abajo. La tiranía había reemplazado á las comunas. Las provincias, de

bueno ó mal grado, se habían constituido en principados. Milán pertenecía á los Visconti; después, á los Sforza; Florencia se había acomodado al régimen indeciso del primer Médicis; el reino de las Dos Sicilias era, con los Aragones, una monarquía cortada por el patrón de las monarquías europeas; había tiranos en Bolonia, en Ferrara, en Rímini, en Perusa, en cada una de las ciudades de la Romania, en cada torre feudal, por decirlo así; pero aquí, el barón ó el duque no esperaba ya nada de la fidelidad de sus súbditos de quienes era el déspota; no reconocía sobre él á ningún soberano. Para el pontífice romano fué de una inexorable necesidad adaptarse á ese medio, buscar condiciones de vida semejantes á las de los otros poderes italianos. Había pasado el tiempo de la política nacional de Inocente III y de Bonifacio VIII, la hegemonía de las ciudades güelfas; ya no había ni güelfas ni ciudades; la quimera de una Iglesia libre, pero privada de un dominio independiente, en el seno de una Italia principesca, era insostenible; el Papado hubiera sido confiscado por los Aragones ó los Médicis, como lo fué en el siglo x por los barones de Tusculum ó por los emperadores. El único partido que podían tomar los papas era el de ser tiranos con el mismo título que todos los demás; más grave era su decadencia religiosa; más apremiante era la obligación de hacer una importante figura en la Península, á fin de adquirir por la diplomacia una situación análoga á la que disfrutaron en el tiempo de su dominio místico sobre el mundo. En cuanto se sintieron libres del lado de la cristiandad por el final del cisma, la clausura de los concilios, la represión de las herejías de Huss y de Wicleff; los papas del siglo xv se dedicaron á edificar su grandeza temporal. Los últimos restos de la autonomía comunal de Roma desaparecen bajo Martín V, anteriormente á 1450. Nicolás V, Calixto III, primer Papa Borgia, Pío II, Pablo II, son reyes de Roma indiscutibles; pero su soberanía es aún vacilante en el Patrimonio, en donde las antiguas familias conservan en sus feudos toda la indisciplina feudal. De otra parte, estos pontí-

fices, ejerciendo el mecenado, protegiendo á los humanistas y á los artistas, toman parte en la civilización principesca del Renacimiento; mas para ellos, acoger el Renacimiento, es decir, el espíritu de crítica y las letras paganas, era dar testimonio una vez más de su abandono del papel teológico sostenido por el antiguo pontificado. El reinado de Pío II, que comprende de 1458 á 1464, marca el último término de esta crisis histórica de la Iglesia romana. Algunos años antes, Eugenio IV había tratado, no sin grandeza, de reconciliar la Iglesia de Oriente con la fe latina; su tentativa fracasó. Pero Nicolás V, cuatro años antes de la elección de Pío II, fué elegido árbitro por toda Italia, y presidió la firma de una tregua de veinticinco años entre Roma, Nápoles, Florencia, Milán y Venecia. Con este Papa, la Santa Sede fué durante algunos días y por primera vez el punto de equilibrio de la Península. Después Calixto III, volviendo, pero demasiado tarde, á la tradición puramente eclesiástica, se consagró con un ardor completamente español á la cruzada contra los turcos; murió, convencido de la impotencia política en materia religiosa. Pío II reanudó el proyecto de cruzada; quiso restablecer la primacía de Roma sobre las Iglesias nacionales. Luis XI le concedió la abolición de la *Pragmática* de Brujas; pero el Parlamento y la Universidad ayudaron al rey á observarla á despecho del Papa. En cuanto á la cruzada, este Papa amable gastó en prepararla las últimas fuerzas de su vida. En Ancona, á la hora de la muerte, suplicaba llorando á su amigo Bessarión que llevase á Roma sus restos mortales. Habíase engañado al ir solo á orillas de aquel mar, en el camino de Jerusalem, que los cristianos habían olvidado. A Roma enviaba su último pensamiento, á la capital temporal de la monarquía pontificia, al recuerdo de las letras antiguas, á la civilización secular, cuya dirección iba á compartir con Florencia el pontificado durante más de medio siglo, después de haber empezado por cerrar tranquilamente el Evangelio.

Ahora bien: al mismo tiempo en que una gran crisis social

obligaba al pontificado á retirarse del gobierno ecuménico del mundo para encerrarse en una monarquía italiana, el Occidente empezaba una evolución histórica análoga á la de Italia, y salía del marco vago de la antigua cristiandad para entrar en las formas definidas de las nacionalidades europeas. La acentuada decadencia del Imperio, el debilitamiento del poder espiritual de los papas, fueron á la vez efectos y causas en esta renovación de las condiciones políticas de Europa. Los pueblos adquirieron clara conciencia de su vida nacional cuando el sentido de la vida general bajó en los dos soberanos místicos de la humanidad; el Papa y el Emperador vieron cómo su poder universal perdía todo el terreno ganado por la autonomía individual de las naciones. La mayoría política de éstas hizo caduca la tutela social de sus antiguos patronos. Las naciones, á medida que se reconocían dueñas de sí mismas, se encerraban en fronteras más precisas; la familia cristiana se fraccionaba en familias particulares, prestas á combatirse unas á otras; la autoridad pontificia se detenía en cada una de estas fronteras y no las traspasaba sino á condición de atenerse al derecho público de la nación; el Pontífice parecía cada vez más un príncipe secular como los otros, y los reyes de Europa mostrábase dispuestos á tratarle como á un príncipe extranjero, y, la ocasión llegada, como á un enemigo.

Este período original de la historia de la Iglesia en que los papas no tuvieron nada de apostólico, se abrió en el reinado de Pío II, gran señor de espíritu ligero, completamente ocupado en asuntos de estatuas griegas y de fiestas carnavalescas. Terminó en 1527 con una catástrofe inaudita, el saqueo de Roma, el cautiverio de Clemente VII en el castillo del Santo Angel, la humillación del Pontífice á los pies de Carlos V. La tiranía eclesiástica perdió entonces su valor político en Italia, su importancia diplomática en Europa. Pero en ruina, como lo había sido en grandeza, fué arrastrada en el movimiento general de la Península. Con Milán y Nápoles, el emperador disponía de toda Italia; lo que quedaba de príncipes en Florencia, en

Ferrara, en Mantua, dependía estrechamente del extranjero. El pontificado romano, desposeído de su acción temporal, empezó entonces una evolución muy bella hacia las tradiciones de su pasado. Los papas comprendieron que la Iglesia, decaída políticamente, debía recobrar el ascendiente religioso que fué su fuerza en los tiempos en que tan débil era con su dominio terrestre. Pablo III Farnesio, que había crecido en la corrupción de Roma, bajo Alejandro VI reunió el concilio de Trento. La Iglesia ecuménica devolvió á su jefe la autoridad doctrinal que Constanza y Basilea mermaron; le entregó un derecho de disciplina tan riguroso como nunca lo tuvo la Santa Sede. Pero cuando, bajo Pablo IV, pretendieron los Caraffa restaurar el poder temporal, cuya caída vió Clemente VII; cuando el sobrino del Papa, el cardenal Carlo, quiso recomenzar la tragedia de los Borgia y hacer que Francia y España viniesen á las manos en Italia en beneficio de la Santa Sede, se observó hasta qué punto faltaba la escena á los actores; Roma y la Iglesia, que permitieron todo á los Borgia, se alzaron contra los insensatos cuya política tenía sesenta años de retraso; muerto Pablo IV, el pueblo arrojó al Tíber la estatua del Pontífice, y el Sacro Colegio hizo estrangular al cardenal sobrino. La Iglesia romana, tan sorda durante tanto tiempo á los gritos de la cristiandad, pedía al fin en alta voz la reforma, cuyo sólo nombre hiciera sonreír á León X. Pío IV volvió á convocar el concilio, y San Pío V, un fraile, un inquisidor, acabó de reconstituir el sacerdocio, persiguió la herejía con la inflexibilidad dogmática de un Inocente III, y fue lo suficiente fuerte, como obispo universal, para lanzar por última vez, en la cruzada de Lepanto, á la Europa cristiana contra el islamismo. El rebaño apostólico había vuelto á hallar á su pastor; la Iglesia, ayudada por la milicia de Jesús, recobró, bajo Sixto V, su papel religioso en la política general de Occidente. No era ya en Italia sino un principado débil, é Italia no era más que un gran feudo de España.

Acabo de esbozar las condiciones morales y políticas en

que la historia del siglo xv italiano puso á los Borgia. No juzgaremos á estos hombres, ni como un accidente ni como una excepción; ni su conciencia ni su política eran una novedad; estos *virtuosos* lanzaron notas violentas, pero ni una sola nota falsa en el concierto del Renacimiento. No se trata aquí de disminuir, con una benevolencia paradógica, su responsabilidad histórica, sino de medirla equitativamente. He tenido que empezar por colocarlos en el punto de vista justo, en la verdadera luz que les conviene, sacándolos del claro-oscuro poético en que sus figuras estaban como formidables fantasmas. Una vez apartado el prejuicio novelesco, podemos abordar mucho más de cerca la verdadera historia de los Borgia.

II

Italia, decía un Papa del siglo xvi, es una lira de cuatro cuerdas, que son Roma, Nápoles, Florencia y Milán. Las cuatro cuerdas entuvieron un día á tono; después de Nicolás V rompióse la armonía; la federación italiana parecía una quimera. Cada vez que una de las grandes fuerzas, Milán, Florencia ó Venecia, se ofrecía como el núcleo de un sistema de alianzas con los tiranos de segundo ó de tercer orden, Ferrara, Bolonia ó Siena, Rímimi, Imola, Urbino, Mantua ó Plombino, todo el resto de Italia se inquietaba; alzábese un clamor que denunciaba la traición urdida contra las libertades de la Península y el establecimiento proyectado de la «monarquía única». Esta pesadilla se había apoderado de todos los espíritus; es bien singular que la idea de una monarquía italiana perturbara de tal modo á sus tiranos, los condotieros, los humanistas, en un tiempo en que el sentimiento de la patria italiana era el más extraño á todas las conciencias. Cada uno de los grandes tiranos era sospechoso á su vez; los Sforza y los Aragones se lanzaban, á fines del siglo xv, la misma acusación. Cuando Ludovico el moro llamó á Carlos VIII, nadie dudó de que tuviera el designio de reinar en la Península. A

Venecia era á la que más comúnmente se temía, aunque no tuviese sino un punto territorial de apoyo muy débil; pero era rica, y, por su diplomacia, muy fuerte en los consejos de Europa. Grichardin afirma que Cosme de Médicis, al ayudar á Francisco Sforza á ser el tirano de Milán, «salvó la libertad de toda Italia, con la que Venecia hubiese concluído». El mismo historiador escribió esta máxima, que explica bien el prejuicio italiano contra Venecia: «La república no concede la libertad sino á sus ciudadanos limpios.» Con Venecia no se trataba de fraternidad política, sino de vasallaje. Un tratado concertado entre los tiranos y Venecia, dueña de la hegemonía italiana, hubiera sido la ruina del principado. Unicamente entre potencias semejantes, ligadas por la comunidad de régimen y de intereses, puede establecerse un concordato equitativo. Roma y Venecia, en donde el poder era electivo; la sociedad aristocrática, las tradiciones de gobierno muy fijas, tenían una con otra estrechas afinidades, y nada temía Italia tanto como el buen acuerdo de aquéllas. El sentido muy práctico, con la añadidura de egoísmo de Venecia, apartó frecuentemente este peligro, y cuando, en las postrimerías de Alejandro VI, la tiranía eclesiástica estuvo á punto de extinguirse en la mayor parte de la Península, Italia angustiada se volvió á Venecia, y esperó un instante de la república la salvación del principado.

Sixto IV, veinte años antes del segundo Papa Borgia, mostró lo que la Santa Sede pretendía ser en adelante, no solamente el árbitro, sino el patrono de todos los Estados italianos, y la nueva manera por la que se atrevería á buscar esta preponderancia. Este fraile franciscano, hijo de un batelero de Savona, hombre sabio, inauguró una política absolutamente desprovista de principios, arrebatada como en un torbellino, sin día siguiente, pero cuyas contradicciones y violencias deberán concurrir á un plan riguroso, tenazmente seguido para la exclusiva grandeza, no de la Iglesia romana, sino de la familia pontificia. El método insolente de los Bor-

gia, la caza á las alianzas italianas y el abandono cínico de los aliados de la víspera, fué inventado por los Rovero y el cardenal Rodrigo Borgia, que vendió su voto y su crédito en el cónclave, cuando la elección de Sixto IV, recibió de este Papa, en recompensa del servicio, una edificante educación política. Vióse entonces, en torno de Roma y contra Roma, formarse y deshacerse las ligas con vertiginosa rapidez: Milán, Florencia y Venecia, Nápoles, Ferrara, Urbino, Rímini, Bolonia, se constituían, á una señal del Pontífice, en grupos que la traición renovaba incesantemente. Sixto IV traicionaba á todo el mundo, y Venecia traicionaba del mejor grado á Sixto IV. Este, sorprendido en 1484 por una perfidia más inesperada de la república Serenísima, se encolerizó tanto, que, enfermo de fiebre, murió á los dos días.

Pero esta política incoherente servía á la pasión dominante de Sixto IV, el establecimiento de sus sobrinos, los Rovero y los Riario. El nepotismo no era una novedad en la historia de la Santa Sede; los papas, á medida que se engrandecían como príncipes temporales, se iban apoyando cada vez más en la familia; pero nunca hasta entonces habían pretendido fundar, para sus sobrinos, un poder territorial. Pío II llamó á Roma á todos los Piccolomini, sus parientes, y á todos sus amigos sieneses; prodigóles las dignidades eclesiásticas ó seculares, algunos feudos sin importancia, los cargos de la corte romana, y no olvidó ni á Santa Catalina, su compatriota, á la que canonizó. Este nepotismo era inocente. Con Sixto IV fué un bandidaje. A los cinco sobrinos cardenales: á Pietro Riario, que pasaba por hijo suyo; á Juliano Rovero, el futuro Julio II, entregó la Iglesia. Pietro, que todavía la víspera era hermano menor de San Francisco, fué hecho de un solo golpe patriarca de Constantinopla, arzobispo de Florencia, de Sevilla y de Menda, y lleno de ricos beneficios. En dos años, sus favoritos, sus caballos, sus comediantes y sus poetas devoraron todo, y Pietro, lleno de deudas, murió de agotamiento. Pocas semanas antes de su muerte, concibió un proyecto extraordinario, para el que

solicitó la complicidad de Galeas María Sforza; tratábase, con ayuda del tirano, convertido en rey de Lombardía, en arrancar al tío la abdicación y apoderarse de su tiara; esto era una locura, pero siempre quedó algo de ello en la tradición del nepotismo pontifical, y César Borgia juzgará tal vez que esta idea no era del todo mala. El Papa lloró al traidor y puso toda su ternura en su hermano Guirolamo Riario, exescribiente de la aduana de Savona. Compró para él Imola á Tadeo Manfredi, y le casó con una hija de Galeas Sforza, Catalina. Después pidió para Juan Rovero, hermano de Juliano, la mano de una hija de Federico de Urbino; dió á este sobrino Sinigaglia y Mondovi, tierras de la Iglesia. Pero Sixto IV tenía ambiciones más altas todavía, y puso sus ojos en la Toscana. En Florencia, los dos hermanos Médicis, Lorenzo y Juliano, gobernaban con dulzura, como lo había hecho Cosme, por la opinión más bien que por su poder bien definido. Tenían contra ellos un partido, los Pazzi; el Papa se puso en relaciones con los jefes de la facción, y en el mismo Vaticano se preparó el asesinato de los Médicis. El arzobispo de Pisa, Salviati, era el alma de la conspiración; y en torno suyo hay, entre otros conjurados, dos sacerdotes y un condotiero del Papa. Los asesinos debían obrar en la catedral, en el momento de la elevación. El cardenal sobrino, Rafael Riario, un niño de diez y siete años, estaba cerca del altar, con sotana roja. Juliano fué muerto en el acto. Lorenzo pudo huir y parapetarse en la sacristía. Florencia se levantó al grito de *¡Palle, Palle!* El pueblo colgó á Salviati, echándole la estola al cuello, de una ventana de la Señoría; Riario, temblando, pidió gracia. Le perdonaron por piedad hacia su juventud; conservó, dice un contemporáneo, el rostro lívido toda la vida. La conspiración había fallado. Sixto IV excomulgó á Lorenzo, y puso la ciudad en entredicho. El pueblo obligó á sus sacerdotes á celebrar la misa. El clero se reunió en sínodo y pidió el concilio. Apelar del Papa á la Iglesia era un nuevo delito. Sixto IV arrojó sobre la Toscana á sus aliados, Alfonso de Aragón y Federico de Urbino.

Cuando hizo la paz con la noble ciudad, los primeros ciudadanos de Florencia tuvieron que arrodillarse á los pies del Papa, ante la puerta cerrada de San Pedro, al canto del *Miserere*. Golpeó á cada uno de ellos con la varita simbólica de los confesores, y les perdonó como padre de misericordia.

Había que renunciar á la Toscana, cuya independencia se había convertido, al día siguiente del regicidio, en una causa nacional para Italia. Sixto IV pudo dar todavía Forti á Jirolamo; buscaba el medio de conquistar ó de comprar Faenza, Rávena, Rímini. La guerra contra Ferrara, en 1481, había de constituir un bello ducado de Italia Oriental. Pero los príncipes se agruparon también en torno de Ferrara, como lo habían hecho en torno de Florencia. La Península se mostraba decididamente rebelde al nepotismo de los roveros. Lo más sencillo, por lo tanto, era apoderarse de los feudos de los súbditos directos de la Iglesia. Sixto IV lanzó á los Orsini contra los Colonna y los Savelli. Comenzóse por la guerra civil en Roma; el barrio de los Colonna fué asaltado, incendiado; el palacio del Quirinal, no obstante la promesa del Papa á sus cardenales, fué saqueado bajo la dirección del sobrino Jirolamo; al prototario Lorenzo le sacaron ensangrentado de su casa y le encerraron en el Santo Angel. Después, los pontificales marcharon contra los Colonna del Lacio. El Papa, á quien interesaba mucho la invención de la artillería, bendijo los cañones en San Juan de Letrán. Jirolamo prendió fuego á la campaña de Roma. Fabricio Colonna, para salvar la cabeza de su hermano Lorenzo, negociaba entonces con Sixto IV; éste pidió la ciudadela de Marino, que le fué entregada el 25 de Junio. El 30, al amanecer, condujeron á Lorenzo al patio interior del Santo Ángel y le leyeron la sentencia de muerte. No pronunció ni un ruego ni una queja, y puso tranquilamente su cabeza en el tajo. Luego fué llevado el cuerpo á la iglesia de los Santos Apóstoles, la iglesia de los Colonna. La madre, vestida de luto, esperaba en el pórtico, rodeada de los patricios de su familia; hizo abrir el féretro, cogió por los cabellos la cabeza de su hijo, y,

alzándola, dijo: «Mirad, he aquí la cabeza de mi hijo y la buena fe del Papa Sixto.»

El 12 de Agosto de 1484 escribía el capellán Burchard: «Hoy, á las cinco de la mañana, ha muerto nuestro santísimo padre en Jesucristo y señor, Sixto IV, Papa por la Divina Providencia; que Dios se digne recibir su alma con piedad. Amén.» Hay que leer en el cronista del Vaticano la relación de estos asombrosos funerales. La habitación del Papa fué saqueada en un abrir y cerrar de ojos por los criados y los prelados. Tuvieron que llevar al muerto envuelto en su manta y en un tapiz arrancado á la puerta de su cuarto. Le pusieron desnudo sobre una mesa de la sala del *Papagallo* para lavarle. Burchard no encontró ni jofaina ni lebrillo; «por fin, el cocinero trajo la artesa que servía para lavar la vajilla con agua caliente, y el barbero Andrés envió una jofaina de su tienda; lavamos el cuerpo del Pontífice, y, como no teníamos toalla para secarle, desgarré la camisa con que había muerto y me serví de ella... Le vestimos sin camisa, con una sotana y un par de zapatillas dadas por el obispo de Cervia». Le revistieron con ornamentos que encontraron al azar, con una casulla vieja; pero no pudieron dar con roquete ni con cruz pectoral; necesitáronse cinco ó seis horas para obtener una veintena de cirios; solamente ocho cardenales siguieron la procesión fúnebre del palacio á San Pedro. Apresuráronse á regresar á sus moradas. La persona del Papa no era ya sagrada; la perversidad de la tiranía había borrado de su frente el signo del sacerdocio. El sentimiento popular, como el de la Iglesia misma, no reconocía ya en él al legado de Dios.

No había bajado aún Sixto IV á las tumbas del Vaticano, cuando el pueblo romano, sublevado contra los sobrinos, quemaba sus palacios, mientras que las facciones Orsini y Colonna se mataban en las calles, y los cardenales y los nobles parapetaban la entrada de sus casas. Roma atravesó días horribles hasta la elección de Inocente VIII. Este Papa, genovés también, fué elegido, como su predecesor, gracias á una escan-

dalosa simonía. Borgia había esperado la tiara para esta vez; contó los votos de sus partidarios, y, juzgándolos poco numerosos, los vendió, incluso el suyo, al cardenal Cibo. La elección fué dirigida por Juliano de la Rávena, que iba á ser durante dos pontificados el personaje más poderoso y más peligroso del sacro colegio. Inocente VIII se apresuró á reanudar, en la política italiana, el juego de las alianzas inaugurado por Sixto; con Génova y Venecia, sostuvo la sublevación de los barones napolitanos contra los Aragones aliados de Florencia y de Milán; amenazó á Fernando con la restauración de una dinastía francesa. Los Orsini pasaron al rey de las Dos Sicilias, los Colonna y los Savelli al Papa; la guerra civil volvió á encenderse en Roma y la campaña romana. El Papa, temiendo la entrada de Virginio Orsini, llamó, para armarlos, á los asesinos expulsados por Pablo II y Sixto IV, y lanzó sobre la ciudad á los peores bandidos de toda Italia. Venecia se apresuró á denunciar la alianza, y negó su contingente. Alfonso de Calabria se apoderó del Lacio. Cuando el hambre se enseñoreó de Roma y hubo ardido todo fuera de murallas hasta las montañas latinas, el Pontífice hizo la paz: abandonaba, sin remordimiento alguno, á los barones del Mediodía al furor de su señor, que los atrajo á un lazo y los hizo degollar en masa. La política guerrera le sabía mal á Inocente. Era un príncipe tímido; su hijo Franceschetto y sus sobrinos tenían un alma de usureros mediocre y codiciosa; no pensaban más que en enriquecerse pronto; y, como Roma seguía rebosando de espadachines y vagabundos, idearon una tarifa para los asesinatos y abonos que aseguraban la tranquilidad de los criminales. Franceschetto cobraba 150 ducados por asesinato. En 1490, el Padre Santo estuvo á punto de morir. Su hijo puso mano en el tesoro de la Iglesia, y solamente la intervención de los cardenales le impidió llevárselo á Toscana. Cuidábase muy poco de su principado en Italia. Su padre, á fin de establecerse en Romanía, hizo apuñalar bien inútilmente al sobrino de Sixto IV, Girolano Riario, tirano de Forti y de Imola. Ca-

talina Sforza, la viuda, hizo tirar por una ventana el cadáver desnudo de su marido; encerróse en la ciudadela de Forti y la defendió contra el populacho para su hijo Octavio, hasta la llegada de los socorros de Bentivoglio y de Juan Galeas. Franceschetto hubo de contentarse con una buena boda en la familia del primer banquero de Italia, Lorenzo el Magnífico.

Entre Sixto IV y Alejandro VI, este Pontificado, del que abortaron todas las empresas, parece miserable. Con Inocencio VIII ha desaparecido toda dignidad, todo pudor, no solamente en el Pontífice, sino también en el seno del Sacro Colegio y de la Iglesia. Lorenzo de Médicis, al enviar á Roma á su hijo, el cardenal Juan, de diez y siete años de edad, decía al futuro León X: «Vas á la sentina de todos los vicios, y te costará trabajo mantenerte decentemente.» Los contemporáneos vieron con estupor que el Papa reconocía abiertamente á sus hijos, como lo hubiese hecho un Esforza. Por lo menos, Sixto IV dejaba pasar á Girolano por sobrino suyo. Cuando el sultán Balgaceto hubo confiado á Inocente, mediante una pensión de 40.000 ducados, la custodia de su hermano Djam, asombró que el príncipe musulmán, hijo de Mahomet II, se albergase, con sus jenízaros y sus músicos, en el palacio apostólico. Pareció á las buenas gentes de Roma que sobre San Pedro se alzaba la media luna al lado de la cruz. Como el principado eclesiástico se había convertido en objeto de una insolente subasta, cada cardenal tenía perfecto derecho á esperar todo del próximo cónclave. Encerrados en sus palacios fortificados, provistos de torres, cuyos pórticos y logias interiores abrigaban á veces un pequeño ejército, con su artillería, rodeados de sus hombres de armas, de sus cientos de criados, de sus *bravi*, renovaban, á fines del siglo xv, los recuerdos dejados por el feudalismo romano en lo peor de la Edad Media. Salían á caballo, con la espada al cinto, cubiertos con una armadura, rodeados de sus sobrinos, de sus clientes, de sus espadachines. Extendían su influencia en Roma por los peores medios: sostenían, bajo los pórticos de sus palacios, multitu-

des de desarrapados dispuestos á todos los golpes de mano; protegían, por el derecho de asilo, á los bandidos que se refugiaban cerca de ellos; impedían en sus distritos la ejecución de la justicia pontificia. Los cardenales Sarelli y Colonna tenían que enviar de noche tropas contra las gentes del cardenal La Ballue, que libertaron á unos criminales y, ante los ojos de su amo, rompieron los pergaminos judiciales é hirieron al verdugo del Papa. En las fiestas del Carnaval, que empezaban en Navidad, veíanse pasar á través de Roma las cabalgatas, los carros alegóricos, llenos de músicos y de histriones, blasonados con las armas de los cardenales, quienes, con el esplendor de sus locuras, complacían la antigua pasión de los romanos por los espectáculos magníficos y gratuitos. Este lujo costaba muy caro, y los príncipes de la Iglesia, rebosantes de beneficios y hechos á la simonía, perdían también al juego recursos poco canónicos. Jugaban, pues, pero remediando con mano suave los malos golpes de la fortuna. Una noche, el cardenal Riario ganó 14.000 ducados de oro á Franceschetto; éste se quejó á su padre, quien condenó á restitución al harto feliz jugador, pero los ducados de oro estaban ya gastados.

EMILE GEBHART

(Continuará.)

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
ATENEU BARCELONES

EL SUPPLICIO DEL SILENCIO

NOVELA POR

FEDERICO SPIELHAGEN

Traducción del alemán de

EDUARDO OVEJERO

CAPÍTULO II

Eran las primeras horas de la tarde, en el campo, una semana después de la vuelta de Ulrico á su casa. Herta estaba sentada á la ventana, abierta, de su cuarto, cosiendo con ardor, dirigiendo sólo de vez en cuando una rápida ojeada á la plazoleta de delante de su casa siempre que sonaba algún ruido: ya el golpe de la bomba, movida por una cocinera, ya el crujir de un carro cargado de paja que doblaba la esquina, ó el malhumorado gruñir de Tiro, á cuya caseta se acercaba algún gato.

En aquel momento ladró Tiro. En la puerta principal, frente á la casa, había aparecido un cochecillo abierto, que avanzó al trote corto de sus robustas yeguas, por la alameda de viejos tilos, y cruzando la plazoleta, subía la rampa y se detuvo ante el portal. Herta había hecho una inclinación de cabeza al hombrecillo rechoncho que iba en el coche, cuando éste al pasar frente á la ventana la saludó, y corrió á su encuentro con una sonrisa dolorosa al verle entrar en la habitación.

—¿Usted, señor doctor, á hora tan desusada?

—Dice usted bien, señora—exclamó el doctor Baltasar.—

¡Y con este calor! ¡Veintidós grados á la sombra, Reaumur! Pero precisamente me han llamado para un caso de difteria, que luego resultó ser una angina simple: el pequeño Egberto; aquí, en Pustow. Y una vez en Pustow, no he querido dejar de venir á ver á nuestro enfermo. ¿Está en casa?

—Desgraciadamente, no. Hará media hora que salió á caballo al campo. ¿Quiere usted tomar un refresco, doctor?

—Acepto, señora: un vaso de soda con unas gotas de cognac. Es decir, si no le sirve á usted de molestia.

—¡Nada de eso!

El criado trajo el refresco. Herta y el doctor estaban sentados en el fondo de la habitación: ella en el sofá, y él frente á ella en una silla de paja. Tomó un confortante trago de la bebida, en tanto que sus ojillos azules y astutos la miraban investigadores. Dejó el vaso mediado en la mesa, y dijo:

—Ahora vamos á cuentas, señora. Su aspecto de usted no me gusta. ¿Qué sucede?

—Mi marido me tiene muy preocupada—contestó Herta con voz sorda.

—Pero, baronesa, si no tiene usted motivo para estarlo—dijo el doctor inclinando la cabeza.

—¿Que no tengo motivo?—exclamó Herta nerviosa.—Esa no puede ser su verdadera opinión. ¡Está tan variado! Es imposible reconocerle.

—Sí, sí, ha adelgazado un poco—dijo el doctor pensativo.

—¡Si fuera eso solo!—contestó Herta en el mismo tono conmovido;—nunca tuvo gran apetito, y en el viaje habrá estado mal cuidado. Pero usted dígame: si, como él mismo confiesa, no le ha ido bien en el viaje, ¿por qué le ha prolongado tanto tiempo? Después de Copenhague, estuvo en Marienlyst catorce días; ocho semanas de ausencia, mientras nosotros aquí rompiéndonos la cabeza á trabajar. Esto no lo ha hecho nunca. Y luego, ¿por qué me ocultaba su verdadero estado? ¿Y por qué no me ha dejado ir con él, á pesar de habérselo suplicado tantas veces? ¿Y qué es lo que ha hecho en tanto tiempo? Usted

le había recomendado encarecidamente que frecuentara la sociedad. ¿Cree usted que ha hecho caso? Ni siquiera ha adquirido un nuevo conocimiento; por lo menos, no me ha citado ningún nombre. Estoy persuadida que todo el tiempo ha estado solo. Y ahora, desde que ha vuelto, mira á todo el mundo como si tuviera un crimen sobre su alma; apenas habla con Pasedag lo preciso de cosas de la hacienda, y eso que está todo el día, desde la mañana á la noche, en el campo, pues nosotros apenas le vemos. Indudablemente, no existimos para él, ni yo ni los niños. En cuanto le voy á contar cualquier cosa de los niños, se pone de mal humor. Le aseguro á usted que hasta ellos lo han notado. ¡Antes que estaban siempre colgados de él! Ahora se vienen conmigo ó no se separan de mademoiselle Didier, que no los puede resistir; tanto, que estoy pensando en despedirla. Esto no es lo regular. ¿Y quiere usted que no me apure?

—¿Pero, al menos, duerme bien?—preguntó el doctor.

Los llorosos ojos de Herta se turbaron.

—Yo no sé—contestó con voz apagada.—Desde el primer día le tuve que poner una cama en el gabinete, al lado de su despacho. Dice que dormía mal; no quiere molestarme.

Sonrió al decir estas palabras; pero su sonrisa era tan amarga, que el buen doctor sintió el corazón traspasado.

—Señora...—balbució.

—No es esto todo—interrumpió Herta.—Hace ocho días que está aquí, y ya quiere marcharse; habla de un viaje á Italia ó Grecia... no sé... no sé dónde.

—¿En el cual le acompañará usted?

Herta, en vez de contestar, rompió en lágrimas. El doctor, que se había puesto en pie, asomóse á la ventana, y miró unos minutos pensativo á su *charrette*, que estaba á la sombra de un tilo, del cual el cochero había arrancado una rama, y quitaba con ella las moscas al caballo. Después volvió al lado de Herta, que con el pañuelo en las manos y apoyados los codos en las rodillas, miraba fijamente á sus pies; y sentándose otra vez, dijo tras de una breve tos:

—Señora baronesa, he de confesar á usted que no tenía nada que hacer en Pustow; que sólo he venido á ver al señor barón. La cosa, no puedo menos de confesar á usted que es seria; no crea usted que yo la miro con indiferencia; pero creo que usted no lo debe tomar tan á pecho. En primer lugar, yo la aseguro á usted, bajo mi palabra de honor, que su esposo no tiene ninguna lesión orgánica; de ello me he convencido recientemente, cuando le examiné, cediendo á sus ruegos. El corazón algo débil. Pero usted tiene razón; su alimentación debe haber sido durante su viaje insuficiente é irregular. Yo recuerdo que cuando estuve en Norderney comí horribilmente. Cuatro ó cinco semanas de nutrición deficiente pueden hacer mella aun en un hombre robusto como es su esposo de usted, sobre todo, si...

—Si, ¿qué?—preguntó Herta al doctor, que se había interrumpido para beber un pequeño sorbo.

—Señora—dijo,—me veo en un apuro; no sé cómo expresarme. Realmente, esto cae fuera de mi competencia; no se trata de nada que esté bajo el dominio de la sonda, ó del estetoscopio ú otro instrumento mecánico, sino de algo psicológico que está fuera de las reglas médicas. Pero esto no le hace; y usted, señora, suplirá con su talento las deficiencias de mi palabra. ¿Sabe usted, señora, lo que se llama en química punto de saturación? Aquel punto hasta el cual una determinada sustancia, el agua, por ejemplo, admite á otra: la sal; con el alma, con el espíritu del hombre sucede lo propio: alegría, dolor, sea lo que sea... sólo podemos soportar una determinada porción; todo lo que exceda de esta cantidad ya no nos afecta, no nos puede poner más tristes ó alegres de lo que estábamos. La Naturaleza se resiste, no admite dicho exceso. Así sucede en lo pequeño como en lo grande. Cuando durante cierto tiempo llevamos un determinado género de vida, deseamos el cambio. Y en determinados temperamentos más sensibles que otros, esta necesidad de cambio se manifiesta en forma más aguda, más apremiante. Su señor esposo (le conozco hace largo tiempo) es

uno de estos temperamentos. No se enoje usted conmigo, señora, si le digo esto. La monotonía de la vida del campo juega aquí el principal papel. Está saturado; ya no admite más. No olvide usted, señora, que su primera intención no fué la de hacerse labrador; que lo fué apremiado por las circunstancias, pues á la muerte de su padre no hubo nadie que se encargase de la hacienda. Sé también de cierto que sólo aceptó este género de vida de una manera provisional, y con el propósito de volver á sus estudios cuando todo lo hubiese puesto en orden. Él hablaba entonces de dos, tres años á lo sumo. Pues bien, han transcurrido trece ó catorce. Para hablarle á usted francamente, señora, yo me he admirado interiormente muy á menudo, y me he preguntado: ¿cuánto tardará en presentarse la reacción? Pues bien, señora, la reacción empieza.

El doctor bebió el resto del contenido del vaso, recostado en la silla. Durante el camino había preparado sólidamente su discurso, y creía poder estar satisfecho de su peroración. Así, pues, se desconcertó un tanto, cuando Herta, que ya había dado muestras de impaciencia mientras él hablaba, contestó vivamente:

—¡Ah! Nada de eso, doctor. No parece sino que yo le quito de que estudie todo lo que quiera. Lee bastante durante el invierno; por las noches lee hasta muy tarde, y duerme mal. No, no puede ser eso.

—Pero, en suma, señora—dijo el doctor,—á un estudioso no le basta con la lectura. Necesita ver, oír, exponer su opinión, discutir. Y, señora mía, dígame usted: ¿con quién podría discutir aquí su señor esposo? Aquí en el campo, con nadie; y entre nosotros, en nuestro miserable villorrio, allí, señora, se pueden contar con los dedos las personas capaces de sostener una conversación medianamente razonable.

—Hablando claro—exclamó Herta,—deberíamos hacer lo que hace mamá: ir á Berlín en otoño, y estar allí hasta la primavera; pagar un piso muy caro todo el año; tener dos casas, y gastar más de lo que podemos.

El doctor Baltasar conocía muy bien las exageraciones de Herta para dejarse impresionar por sus prontos. Así es que contestó muy tranquilo:

—No sé, señora, si podría encontrarse un *modus vivendi*... un arreglo que tuviera consecuencias menos funestas, y con el cual consiguiéramos el mismo objeto. Sobre todo, si yo pudiera permitirme daros un consejo... En su lugar de usted, le dejaría que viajara; no le pondría el menor obstáculo.

—¿No lo hago así?—exclamó Herta.

—Antes bien, le facilitaría todos los medios—prosiguió el doctor como si no hubiera notado su interrupción.—Debe salir del ambiente en que se encuentra. No veo otro medio.

—Y yo no sé de qué le serviría—contestó Herta con amargura.—¿Han servido de algo estas ocho semanas? ¿O es que deben ser ocho meses, ó quizá ocho años? Entonces sería mejor que se deshiciese de una vez para siempre de su mujer y de sus hijos.

—Pero, ¡querida señora, querida señora!—exclamó el doctor bajando la cabeza.

Herta sintió que había ido demasiado lejos.

—O si debe viajar—prosiguió en tono más tranquilo,—¿por qué ha de ser en seguida? ¿Por qué no esperar un par de años hasta que los niños estén en estado de ir á un colegio? No se han de quedar eternamente en casa. Entonces yo también tendría más libertad. Entonces yo no me opondría. ¡Cuánto he deseado ver París! Pero siempre he creído que eso de hacer todo lo que á uno se le meta en la cabeza es cosa de niños.

—¿Dónde están los pequeños?—dijo el doctor; gozoso de poder variar el tema de la conversación.

—No sé; creo que en el jardín con mademoiselle.

—¿Están buenos?

—Sí, muchas gracias.

Siguióse una pausa. El doctor se levantó.

—Tengo que marcharme, señora—dijo.—¿Verdad que puedo irme persuadido de que usted no se ha enfadado con un an-

tiguo amigo, tan fiel como puede serlo el que más, con usted y su esposo, por haber dicho su opinión, aunque no esté de acuerdo con la suya?

—Conozco su buen deseo. ¡Ah, Dios mío! El mío también es bueno. Yo haría todo por él.

—¿Y por qué pierde usted el valor, señora? Estas son nubes que aparecen en todos los hogares, y luego marchan y vuelve á lucir el sol.

La besó la mano. En la puerta quedóse de pie.

—Mañana voy á Seehausen, señora. ¿Quiere usted algo para la generala?

—Muchas gracias. Voy á ir yo hoy mismo.

—¿Sabe usted que ha traído una señora de compañía de Berlín?

—Me lo ha escrito.

—Entonces, *adieu*, señora.

—*Adieu*.

Herta permaneció sentada en el sofá mirando al vacío, mordiéndose los labios.

Todo lo que el doctor había dicho era una necesidad. ¡Punto de saturación!... ¡Ridículo! Ella también se había hartado á veces del eterno cuidado de la casa y de los niños. ¡Si hubiera puesto el grito en el cielo! Poco le faltó en las últimas ocho semanas. ¿Pero qué entiende el doctor de todo esto si nunca ha estado casado?

Levantóse gimiendo, y miró con la mano puesta en la frente y con ojos errabundos alrededor de sí. La habitación le parecía extraña, como si nunca la hubiera visto. Miróse en un espejo que había entre las dos ventanas. ¿Era ella la mujer de veintinueve años, descolorida, con círculos morados alrededor de los ojos enrojecidos y apagados, con la boca sumida y con la frente llena de arrugas? Cuando él vino, después de esperarle mucho, casi inesperadamente, y ella le abrazó, seguramente no estaba así. Quizá fué después, cuando no contestaba á sus besos y casi la rechazaba. Y desde entonces... ¡Ah! Las

noches sentada en su solitaria cama, llorando, escuchando en el silencio de la noche, á ver si por fin venía, si oía sus pasos. ¡No, no la amaba ya! ¡Era eso! ¡Quería viajar y deshacerse de su mujer y de sus hijos! ¡Nunca hubiera creído que sucediese aquello! Mas nunca se acaba de aprender.

Llamó, y dió orden de que engancharan el cabriolé; encargó que llamaran antes á mademoiselle y á los niños, que estaban en el jardín.

Al partir Ulrico á caballo una hora antes, le habló ella de la visita á su madre, que hacía dos días había vuelto de Berlín, y la llamaba con insistencia, proponiéndole que fuese con ella. Contestó que no tenía tiempo, porque tendría que ir probablemente al pueblo á hablar con el abogado de unos asuntos. ¡Una excusa! Quería estar lejos de ella, solo y libre. ¡Si pudiera!

Mademoiselle Didier y los niños venían ya del jardín, y llegaban á la galería de la fachada interior de la casa. Mademoiselle se quejaba, en su alemán chapurrado, de que Elli y Libi no habían sido *sages* ni *gentilles*.

—Pues se quedarán en casa, y únicamente Elena vendrá conmigo á ver á la abuela—dijo Herta con severidad;—y como los dos pequeños rompieran á llorar, díjoles vivamente: el hombre debe cumplir con su deber; el deber de los niños es ser juiciosos y obedientes. Cuando no lo son, se les castiga. Y ahora, mademoiselle, haga usted el favor de que Elena se vista pronto. Que se ponga el vestido encarnado. Dentro de diez minutos está aquí el coche.

—¡Mamaíta!—dijo Elena implorando con la mirada el perdón de sus hermanos.

—¡Silencio!—dijo Herta con dureza.

Mademoiselle y los niños salieron. Herta los miró con ojos sombríos.

—¡Oh! ¡Cuán amargada estoy! ¡Cuán amargada!—murmuró.

CAPITULO III

La situación de Seehausen sobrepujó las esperanzas de Eleonora. La finca justificaba su nombre (1). Situada en las inmediaciones de la orilla occidental de un extenso lago, su gran jardín llegaba hasta el agua. Sombreaban el extenso prado deliciosos grupos de añosos árboles, umbríos bosquecillos y praderas llenos de flores. Una magnífica terraza de piedra se alzaba sobre el lago. La parte trasera del edificio, consistente en dos pisos, rematada en su centro por una cúpula, daba al lago; desde las ventanas del cuarto de Eleonora dominábase una magnífica vista sobre gran parte del jardín y la orilla correspondiente, toda ella rodeada de bosque. La casa, construcción del abuelo de la generala, era en su exterior é interior de estilo de mediados del siglo pasado; la generala no había dejado de llamar la atención de Eleonora sobre el escudo labrado en piedra con las tres lilas que coronaban el portal de la casa. Pero no le pareció oportuno advertir que á pesar de todo, la casa, el patio y las tierras pertenecían á su primer marido, el burgués señor Niemand, y serían hoy de su hija Herta si no hubiese instituído á su mujer heredera universal. Esta lamentaba en tono elegíaco la dismución en una décima parte del antiguo mobiliario, cuyo valor su marido, así llamaba siempre al general, no había sabido apreciar, como lo demostraba el mezquino equipo de su casa de Berlín que procedía exclusivamente de allí. Había sido una lástima que vendiese aquellos preciosos objetos por una cantidad irrisoria ó que los cambiase por otros modernos y sin gusto. Clementina, que escuchaba estas lamentaciones, comentó riendo, con Eleonora, las palabras de su madre.

Las dos amigas habían acordado conservar en el mayor secreto su amistosa alianza, resolución que aconsejaba la pru-

(1) Seehausen, quiere decir en alemán, casa del lago.—N. T.

dencia. La madre no hubiera comprendido ni perdonado la preferencia por una hija que no era para ella sino motivo de lamentaciones. Así, pues, ante los demás se trataban con tranquila cortesía, indemnizándose con largas horas de conversación por la noche antes de meterse en la cama. Clementina había sabido arreglarlo de modo que la pusieran á Eleonora en un cuarto al lado del suyo en el segundo piso. Kitti dormía abajo con su madre.

La generala excedíase en amabilidades con Eleonora. La exhortaba una vez y otra á que dijese todo lo que deseaba; sería un placer para ella poder complacerla, en cambió de lo cual ella sólo exigía poder llamarla por su nombre. ¡El nombre de Eleonora era tan bonito! Y de sus labios no se caía el «querida Eleonora», «mi buena Eleonora». No había que hablar de subordinación; el más honorable y bienvenido huésped no hubiera podido ser tratado con más atenciones y deferencias. La enseñanza del inglés á Kitti, en que también tomaba parte la generala, era considerada como un favor de parte de Eleonora. Sin embargo, las lecciones no habían empezado todavía. Había mucho que enseñar y ver en la casa y en el jardín; y antes tenían, como era natural, que hablar mucho, pensaba la generala. Lo mismo pensaba Kitti, que era siempre de la misma opinión de su mamáita. Hasta que se enfadaban, como decía Clementina con la más amable sonrisa picaresca, que hacía reír á Eleonora.

Así parecía asegurada la única tranquilidad que el cielo podía ofrecerla. Realmente, en aquella morada señorial, en aquel aristocrático silencio, no interrumpido por ningún ruido del campo, por los paseos del jardín de brillante blancura, bajo los seculentos árboles, parecía volver á la paz del palacio ducal de los días de su niñez. Pero después, cuando se asomaba á la terraza del lago en cuyo extremo vivía él, según sabía ella, y pronto le volvería á ver, hubiera huído de aquel paraíso como huyera de Norderney. Sin embargo, era este un impulso al cual no debía ceder; interiormente se confesaba que su

primera fuga había sido un acto de cobardía y de locura. La herida causada por aquel dardo sólo podía curarla él mismo. La carta con que se había despedido de él no podía suplir á la palabra hablada. ¿De qué le había servido? En vez de volver á su casa, había vagado largas semanas alimentando su herida por el mundo. Podía ser esto. Aun debía darle gracias cuando en vano se retorció las manos ante el terrible pensamiento: ¡ahora besa su mujer los labios que yo he besado! Pero, por fin, se había vencido. Él había regresado, seguramente tras ruda lucha. Y esta lucha duraba todavía. Si pudiera ayudarle, decirle: debe ser así, no me enfado contigo, te lo agradezco. Al recobrarte tú, me has devuelto á mí misma.

Así trataba, conforme á su lema, de pensar rectamente, y sentía la disciplina que le imponía todo lo que le rodeaba como algo bienhechor. Sentía que llegaba á su alma una chispa de la serena alegría que aparentaba. Ella no había pretendido el papel que la tocaba desempeñar; ya que la suerte se le deparaba, quería representarlo dignamente. Sería digna de él si aquella misma tarde podía arrostrar sin turbarse las miradas de su esposa.

La generala esperaba á Herta después de comer, sin falta.

—Juraría que mamá pretende algo de ella—dijo Clementina á Eleonora en su cuarto, mientras se disponía para recibir á su hermanastra.—Las dos se suelen pasar muy bien la una sin la otra.

—¿No amas á tu hermana mayor?

—No tengo ningún motivo especial. Es decir, no me ha hecho nada, ni de bueno ni de malo.

—¿Es lista?

—Sí y no. En lo que se refiere á la vida, sabe arreglárselas bien, casi como un hombre. Juzga bien á las personas, sobre todo cuando son medianías. A tí no te comprendería.

—¡Naturalmente! ¿A mí quién me ha de comprender?

—Yo te lo diré: su marido. Ulrico. Ese te comprendería.

—Ya lo creo. ¿Qué no comprenderá tu ídolo?

—Pues te lo repito: él te comprendería. Y tú á él, mucho mejor que Herta. Tiene tantas cosas en la cabeza, ¡grandes, hermosas! Ella, Dios me libre de decir que carece de pensamiento; no, en verdad, pero sus pensamientos no son los de él. Así viven los dos juntos, y creo que hoy no están más cerca el uno del otro que al principio. Y después, figúrate, él sabe tanto: filosofía, literatura, historia, idiomas. Herta sabe bien poco, no por su culpa. Mamá no se preocupó nunca de proporcionarle maestros; y cuando se casó por segunda vez, no fué á Berlín con mamá: se quedó en un miserable colegio del pueblo, en donde no se aprende nada. El poco francés que aprendió en el colegio ya casi lo ha olvidado; no hablemos de inglés ni de italiano. ¡Ah, si supiera tanto como tú! Por cierto, tú y Ulrico parecéis hecho el uno para el otro. ¿Por qué te ríes?

La risa de Eleonora no provenía de su corazón; no tenía otro objeto que ocultar su turbación.

—¿No he de reirme? ¡El otro día te parecí el ideal del conde de Wendelin; hoy parece que estoy hecha para tu cuñado!

—¡No, por favor!—exclamó Clementina con vehemencia.—Yo no te dije que estuvieras hecha para el conde, sino que él se hubiera casado contigo de buena gana. Y lo afirmo otra vez. Voy más lejos, y digo que todo hombre que sea un verdadero hombre debe enamorarse de tí.

—¡Con lo que das á entender que eres una loca completa!

—Los niños y los locos dicen las verdades.

—Las subjetivas, no las objetivas.

—Eso es muy sublime para mí. ¿Qué significa?

—Ya te lo explicaré en otra ocasión. ¿Es hermosa tu hermana?

—Ya la verás hoy.

—No importa. Así sabré si tú tienes buen gusto.

—No sé por qué, pobre tonta de mí, he de haer todo lo que se te antoje.

—Si lo hicieras. Conque...

—No es bella, ni siquiera bonita, al menos para mi gusto. Pero tiene algo de picante, de atrayente, en la expresión que gusta á los hombres. No sólo á los hombres, también la quieren las mujeres mucho. Lo más bello en ella es su esbelta figura, en lo cual casi se acerca á tí; sólo que tu cuerpo es dulce y flexible como un tallo. El suyo no. Tiene algo que no quiero llamar rigidez, pero sí tiesura, carece de flexibilidad. Y yo creo que lo conoce, lo cual le hace á menudo aparecer como realmente es, reservada, casi fría, á pesar de que en su interior quiere á todos y hace en silencio todo el bien que puede.

—Entonces es una *muda divina*—dijo Eleonora pensativa.

—¿Qué quiere decir eso?

—Una frase de Juan Pablo. Llamaba así á las personas que sólo Dios sabe lo que sufren; que no encuentran para sus alegrías la expresión oportuna; en una palabra, que padecen el suplicio del silencio.

—Una frase muy hermosa.

—Divinamente hermosa. En mi sentir, tanto más hermosa cuanto que es infinitamente triste. Mira, querida mía, estas almas mudas son realmente poetas, para los cuales constituye una fatalidad, una maldición, lo que para otros es una dicha, porque son mudas para expresar sus eternos ensueños de un mundo eternamente increado. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Creo que sí—murmuró Clementina.

—Y ahora—prosiguió Eleonora hablando cada vez más excitada—hay que agregar á una desdicha otra mucho peor; no pudiendo gustar de la poesía más que el dolor y no los dulces placeres, abrázanse al amor como á una tabla de salvación, imaginándole más sublime que la misma poesía, porque explica la vida de una manera poética, porque condensa la poesía en realidad. ¡Pero también el amor es una apariencia, una engañosa y miserable apariencia! ¡Sólo que la vida se puede soportar á condición de aceptar estos pobres compromisos y esquivando con cobarde sagacidad las consecuencias que la

poesía exige libre y francamente, siendo justamente por esto y en esto poesía.

El rostro de Clementina se había puesto muy serio.

—¡El suplicio del silencio!—dijo en voz baja.—Yo creo que conozco este suplicio. Pero tú, ¿tú no le conoces!

Eleonora no contestó. Juan llamó á la puerta para decir que la señora llamaba á las señoritas. La señora baronesa estaba en la casa hacía ya media hora, en la terraza.

Desde las primeras horas de la tarde se había preparado Eleonora para este minuto; sin embargo, creyó que el corazón le saltaba del pecho. Iba á presentarse ante ella, ante la mujer á quien había hecho lo peor que puede una mujer hacer á otra: robarle el corazón de su marido. Se había esforzado en devolver lo robado, pero lo que estaba hecho no podía deshacerse. Nunca creía haberlo sentido tanto, como entonces.

Fué al espejo para arreglarse un poco el pelo, y se espantó de su palidez.

—La cara perfecta de la pecadora arrepentida—murmuró.

Clementina, que había entrado en su cuarto, volvió á salir y echó una rápida ojeada sobre ella.

—Yo quería hoy lucirme contigo, pero precisamente no es este tu *beau jour*.

—Es natural—dijo Eleonora con extraña sonrisa.

—¿Natural por qué?

Eleonora no contestó.

CAPITULO IV

La generala había alejado á Eleonora y á Clementina al interior de la casa, con el pretexto de que se pusieran muy elegantes para recibir á la visita que esperaban. Quiso estar sola con Herta una media hora. Felizmente, Herta había llevado consigo á Elena. Así pudo alejar á Kitti. A Elena le gustaban las flores. Kitti sería tan buena, que ayudaría á la niña á hacer un ramo.

Las dos señoras sentáronse en sillas volantes á la tupida sombra de los altos plátanos, bajo el toldo que cubría una parte de la terraza. La generala hizo las sacramentales preguntas sobre el estado de Ulrico que, seguramente, sería ahora excelente; sobre el estado de los niños, que sentía no hubieran venido, y sobre el estado de la hacienda, que, naturalmente, no dejaría nada que desear. Las respuestas de Herta fueron más reservadas que de costumbre, y su rostro, medio distraído, medio sombrío, no satisfizo nada á la generala. Con personas malhumoradas no se debe abordar ningún asunto, sobre todo cuando se necesita de ellas. Pero el tiempo apremiaba; Clementina y Eleonora podían llegar de un momento á otro; Kitti no iba á estar eternamente cogiendo flores con Elena, y Herta, á pesar de todas sus súplicas, no quería quitarse su chal porque pensaba marcharse pronto.

—¿Qué tal te va con tu nueva señora de compañía?—pregunto Herta, rompiendo el silencio de una corta pausa en la conversación.

La generala indicó con un movimiento de cabeza que iba á abordar ese tema.

—Querida mía—contestó,—vuelve á preguntármelo dentro de cuatro semanas. Hasta ahora sólo he visto un lado de la medalla, y aun ése muy por encima.

—¿Cómo se llama?

—Eleonora Ritter. Yo la llamo simplemente Eleonora. Hay que ser expresivos con las personas para captarse su voluntad; ya sabes que no puedo vivir de otro modo con la gente. Te diré francamente, que los mimos un poco exagerados que la hago, son algo egoístas, si se puede llamar así lo que una madre haga por su hija.

—¿Quiere decirse, que la has tomado principalmente por Clementina?

La generala se asombró interiormente de tan absurda pregunta, pero contestó sin vacilar:

—¡Sí! También por Clementina; para su inglés, que ya va

oliendo á puchero enfermo, y la señorita Ritter es una perfecta inglesa. ¡No tiene nada de extraño después de haber estado cuatro años *en suite* en casa de un lord! Y á Kitti también le ha entrado de repente pasión por el inglés. ¿Sabes por qué?

—Ni lo más mínimo.

—Ama al conde Guido.

—¿De veras?

—Apasionadamente. Pero esto no es ninguna novedad para tí.

—Hasta ahora sólo había sabido que tú querías casarla con él.

—Un antiguo deseo mío, no lo niego. Pero lo uno no tiene que ver con lo otro.

—Ciertamente que no. Lo que me parece á mí lo más importante, es saber cómo toma el conde Guido el proyecto.

—Es claro—dijo la generala, que estaba resuelta á no desconcertarse por el tono más que fino de Herta.—Pero ya le conoces; ¡es tan tímido, tan indeciso, tan inconsecuente! Mira tú: sabe que estamos en Berlín. Veinticuatro horas después llega él; como es natural, sólo por Kitti, para poder hablar con ella más á gusto que aquí en el campo, donde cada uno es un espía. Pues bien; deja pasar ocho días hasta que le da la humorada de hacer que nuestra excelentísima tía nos envíe una común invitación. Aquella tarde estuvo Kitti muy fría, naturalmente; él todo fuego. Al día siguiente por la mañana salíamos para volver aquí, en la firme persuasión de que nos seguiría sin perder un minuto. ¿Qué crees que ha hecho? Irse con su tío de Hannover, que otra vez quiere morirse. ¿Cómo encuentras esto?

Herta se encogió de hombros.

—Pero, mamá, por Dios, no se puede obligar á que se case á quien no tiene ganas de casarse.

La generala hubiera dado cualquier cosa en aquel momento porque su hija tuviera veinte años menos, en cuyo caso la habría administrado un par de azotes por su «sangre de horcha-

ta». Sin embargo, dijo sin el menor signo de preocupación:

—Hija mía, ¿qué es lo que dices? ¿Quién habla de obligar? ¡Alentar no es obligar! Si él, á la verdad, por consideraciones hacia su madre, á cuyas faldas ha estado atado hasta ahora, carece de valor, es preciso dárselo. No digo otra cosa.

—¿Está conforme la señorita Ritter con tu proyecto?—preguntó Herta.

La generala se asombró; nunca hubiera creído capaz á Herta de tanta perspicacia. Pero la pregunta iba bien dirigida.

—En cierto modo difiere—contestó riendo.—Figúrate; la tomé al medio día porque me pareció regular, pero principalmente para salir del embarazo de elegir. Por la tarde, en casa de la tía, lo referí y pronuncié su nombre. Noté que el conde, al oír su nombre, puso atención, y le preguntó si la conocía. Se puso encarnado, lo que no tiene nada de particular en él: sí; la había conocido cuatro semanas antes al ir de Hannover á Berlín. Confesó que la dama, por su porte, á la vez modesto y distinguido, por su ingenio y no sé qué de muy... yo creo que dijo... singular, le había gustado, y me felicitó por tan preciosa adquisición. Ya ves, si no la hubiera tomado, la tomaría ahora.

—Naturalmente—dijo Herta;—en todo caso, en tu casa, no perdiéndola de vista, es para Kitti menos peligrosa que en otra cualquier parte.

—¡Pero, niña, niña!—exclamó la generala.—No te enfades; pero realmente estás hoy incomprendible. ¡Casarse el conde con una institutriz!...

—¿Por qué no?—repuso Herta.—No es la primera vez. Más pobre que era yo no puede ser ella. Y yo no sé si Herta Niemann suena mejor que Elena Ritter. En todo caso, más instrucción que yo tiene.

Aquí pareció la generala gemir dolorosamente, y llevó su pañuelo á los ojos.

—No he querido decir nada que te moleste—prosiguió Her-

ta después de una pausa. — Hoy no me encuentro completamente bien. El calor del camino me ha puesto peor. Es mejor que me vuelva á casa.

— ¡Por Dios! — exclamó la generala, poniendo la mano en el hombro de Herta, que se levantaba. ¿Antes de que te haya hecho un ruego?

— ¿Qué es ello?

— ¿Cómo te lo he de decir, si te muestras tan poco cariñosa con tu vieja madre, que tanto se preocupa por vosotras? Vamos á Kitti. Su voluntad y la mía es que Guido se case con ella, y... tienes razón, la pelota está todavía en el tejado. Sería terrible que esto se desbaratase; la pobre Kitti quedaría con el corazón destrozado, y, Herta, tú conoces mejor que nadie la estrechez de mis circunstancias económicas. De Clementina, claro es que no hay que hablar. Kitti es mi única, mi postrer esperanza. Tiene que hacer un buen casamiento. Y mejor que éste no es posible que se presente, y en condiciones tan favorables. Y mira lo que he pensado en mis preocupaciones maternales. Tú y tu marido tenéis grande influencia sobre el conde; mil veces me lo ha dicho. ¿Si quisierais hacer algo en este asunto? Yo estoy persuadida de que se decidirá si vosotros se lo pintáis con buenos colores. Pero ha de ser pronto. Guido cumplirá en otoño veintiocho años. La época en que un hombre debe establecerse. Yo di gracias al cielo cuando le vi volver soltero de Inglaterra. Sabía que allí había tenido relaciones con una rica señorita. ¿Quién sabe lo que puede pasar? No estaré tranquila hasta que no se repartan las esquelas de los esponsales. ¿Verdad, Herta, que tú harás este último favor á tu madre y á tu hermana?

— Soy tan torpe para esas cosas... — dijo Herta.

— Pues habla por lo menos con tu marido.

— Ha vuelto tan disgustado de su viaje, tan indiferente por todo... Hay días en que no cambiamos una palabra.

La generala aguzó el oído. ¡Tenemos discordia! — dijo para sí. — En otra ocasión no hubiera hecho caso; en las revueltas aguas de un matrimonio mal avenido se pesca mejor que en

las claras de un hogar en armonía. Pero, por el momento, era un contratiempo.

—¡Bah!—dijo.—Los hombres son caprichosos: hoy así, mañana asá; no hay que hacer caso. Además, volver de un balneario de mal humor, eso es intolerable. Yo me he divertido siempre de lo lindo en Ostende y Scheveningen. Pero Norderney debe ser algo aburrido, eso dice también la señorita Ritter.

—¿Ha estado en Norderney?

—Este verano, al mismo tiempo que tu marido, según mi cuenta. Por lo demás, tú misma puedes preguntárselo. Yo no sé dónde están estas chicas. ¡Ah! Allí están.

Eleonora y Clementina habían salido, en efecto, de la casa y avanzaban por el jardín hacia la terraza, habiéndose detenido en el camino con Elena, que con Kitti paseaba por entre los macizos, y salió al encuentro de su tía Clementina. Hablaban con la niña, que las dió flores de su ramo, en pago de las cuales Clementina le dió un beso. Después, Eleonora se inclinó también y la besó.

—¿Qué te parece?—preguntó la generala mirando con los gemelos?

—Creí que sería más hermosa, contestó Herta.

—¿Te parece? No, pues no es fea—dijo la generala complacida.—Tampoco hubiera tomado una fea. Conque, señoritas, ya nos han hecho ustedes esperar bastante. Puedo presentarte á Eleonora Ritter, querida Herta.

Herta, á quien Clementina había tendido la mano, se inclinó ante Eleonora.

—Me alegro de conocer á usted, señorita—dijo;—á Elena ya la conoce usted. Tengo otros dos en casa. Quizá los vea usted pronto.

—Tan pronto como la señora generala lo permita—contestó Eleonora.

—¡Naturalmente!—exclamó la generala.—Iremos mañana todos juntos. Y ahora, Herta, tienes que quedarte aquí y tomar

una taza de té con nosotros, sin ceremonias, aquí en la terraza. Voy á dar órdenes.

—Si usted me permite, señora—dijo Eleonora.

—Gracias, querida Eleonora; ya irá Clementina. De todos modos, tengo que ir yo. ¡Cuánto te quiero!

Besó, al decir esto, á Herta, que se había quitado el sombrero, y salió.

—Mientras tanto, que nos enseñe la señorita Ritter sus acuarelas. Anda, anda, querida Eleonora.

Eleonora había empezado aquella tarde un esbozo del lago desde la terraza; tenía los pinceles y el álbum en un rincón de ésta para seguir al día siguiente. Entre los pocos bocetos del álbum había uno de Norderney, que no había dado á Ulrico.

—No sé si á la señora le interesará esto, creo que no...

—Tengo predilección por las acuarelas—dijo Herta,—si yo, que no he visto en mi vida nada de arte, puedo hablar de preferencia.

Kitti no esperó el permiso, y venía ya con el álbum, cuyas hojas extendió sobre la mesa. Al pie de cada una estaba escrito en un extremo, con tinta negra, el nombre del paisaje y la fecha. Parecía como si lo hubiera presentido.

—¿De modo que ésta es Norderney?—dijo Herta, con una de las hojas en la mano.

—La rada del Sur y una parte del pueblo—contestó Eleonora, que hubiera deseado estar á mil leguas de allí.

—Ya me ha dicho mamá que ha estado usted allí este verano; y según veo por la fecha, al mismo tiempo que mi marido. ¿Acaso se hayan conocido ustedes?

—Estuve tan poco tiempo allí, señora... Unos catorce días.

—¿Pero quizá le haya visto?

—Es posible, señora.

—¿Y podría usted reconocerle por este retrato? Está casi lo mismo, á pesar de que tiene doce años más.

Quitóse del pecho un medallón que llevaba colgado al cuello, de una cadena de oro, y se lo dió á Eleonora, la cual le abrió

para ver el retrato. Era un precioso busto. Los mismos ojos en que tan intensamente se había mirado y que con tan profunda expresión de amor había fijado en ella. El medallón que tenía en sus heladas y vacilantes manos, aún caliente del contacto con el corazón sobre el que descansaba, el corazón de su esposa. Le pareció que iba á desmayarse.

—No recuerdo, señora—dijo.

—Claro—exclamó Herta, volviendo á ponerse el medallón. Yo me imagino unos baños como una feria, en que la gente se apiña y se confunde, sin conocerse.

Tomó otra vez la hoja en sus manos.

—¡Qué desolado es esto! Yo no estaría aquí ni una hora—murmuró.—Mi marido ha estado cuatro semanas. Bastante mal le han sentado.

—¿Está malo Ulrico?—preguntó Clementina con timidez.

—Casi nada—respondió Herta.—Apenas se le conoce. Y yo le exhortaba á que estuviese más tiempo, cuando cada día era veneno para él.

—Papá no nos quiere ya—dijo la pequeña Elena á Eleonora, en cuyas rodillas estaba sentada.

—Os querrá si sois juiciosas—contestó Eleonora, separando el pelo de la frente á la pequeña.

—Yo te quiero á tí más que á mademoiselle—murmuró la niña, apretándose contra ella y mirándola con sus azules ojos con expresión soñadora.

Eleonora se estremeció; creyó contemplar los ojos de Ulrico.

—Cuando ustedes gusten—dijo la generala, acercándose.—En el campo, como en el campo; el que da lo que tiene no debe nada. Bajo el toldo hace mucho calor. He dicho que pongan la mesa al aire libre. ¿Están ustedes conformes?

—¡Estamos conformes con todo lo que hagas, mamáita!—exclamó Kitti, abrazando á su madre.

—Si todos pensaran como tú, querida mía—dijo la generala.

La tarde estaba hermosísima. Desde la mesa, colocada jun-

to á la balaustrada de la terraza, se veía toda la orilla del lago, cuya vegetación era bañada por los rojos resplandores del sol poniente. Bajo el cielo sin nubes, parecía la superficie del agua de plata. Desde el pueblo, situado en la extremidad Sur del lago, un espejo oculto á las miradas, se destacaba una flotilla de lanchas, de la cual, de vez en cuando, llegaban risas apagadas. Una de ellas se acercó lo bastante para poder oirse la conversación de los remeros. Un diminuto remolcador, con dos grandes botes cargados de trigo, iba de una finca situada al Norte en dirección al pueblo. Las ondas que agitaba á su paso chocaban dulcemente en los muros de la terraza. El sol, oculto ya tras del edificio, dejaba en sombra el paisaje, si bien aún jugueteaban algunos reflejos purpúreos en las cimas de los plátanos, en cuyas ramas los pájaros canturreaban su canto de la tarde.

La generala, que se encontraba en excelente disposición de ánimo, llevaba casi sola la conversación. Hacía una detallada descripción de las dos fiestas de la corte de aquel invierno, en las cuales fué presentada Kitti. Se dirigía principalmente á Herta, que sólo contestaba con monosílabos, y sólo habló con viveza cuando su madre llevó la conversación al círculo de las cosas del campo, en las cuales manifestó conocimientos tan hondos y detallados, que harían honor á un perfecto labrador. Eleonora no tenía el menor interés por todo aquello, pero fingió oír con tanta atención, que Herta se dirigía á ella como antes la generala á Herta.

Entretanto, veía y oía todo lo que á su alrededor pasaba como en un sueño angustioso y delirante, de que en vano pugnaba por despertar. Cuando cuatro días antes fué á pretender una colocación á casa de la generala, no pudo imaginarse que iba á suceder todo aquello, y ahora se encontraba allí como si deliberadamente hubiera buscado aquella situación. Si la señora que tan amable hablaba con ella supiera quién era y el daño que la había causado, ¡el mantel que las separaba se hubiera rasgado en dos pedazos! Si alguien le hubiera dicho á la niña que estaba á su lado: «Esta es la mujer que ha puesto en-

fermo á tu padre y que te ha robado su cariño...» hubiera retrocedido con horror.

Miraba furtivamente á Elena. Nunca había visto niña más hermosa, ni en Inglaterra, el país de los niños hermosos. Con la mujer aún hubiera podido luchar; pero la inocencia de aquella candorosa criatura la desarmaba.

El sol ya no iluminaba con sus rojizos rayos crepusculares la campiña; sólo una ventana de una alquería lejana fulguraba aún como una ascua de fuego; por fin, también se apagó. Un fresco vientecillo que venía del lago comenzó á mover las cimas de los plátanos.

—Ya es tarde para nosotros—dijo Herta, levantándose de la mesa; nos espera una hora de camino; se va á hacer de noche antes de llegar á casa.

Se levantaron todos, y hablaban unos con otros.

—¿Conque quedamos en que mañana iremos por allí?—dijo la generala.

—Cuento con que irá usted también—dijo Herta, volviéndose á Eleonora.

—¡Ay, sí, tía Eleonora!—exclamó Elena, alzando los brazos hacia ella y pidiéndole un beso.

Ella besó á la dulce niña; cuando se incorporó, sus ojos estaban húmedos y su voz temblaba al decir á Herta:

—Iré con mucho gusto, señora.

Se dirigieron por el jardín á la casa. En el portal esperaba el coche. Herta y la pequeña habían ya subido, cuando aquélla dijo:

—¿Quiere alguna de ustedes venir un poco con nosotras? Hay sitio.

—Estoy muy cansada, hija—dijo la generala.

—Muchas gracias—dijo Kitty.

Clementina y Eleonora se miraron.

—Ustedes dos tendrían gusto, ya lo veo—dijo Herta.—Clementina, que es más delgada, aquí, con Elena, en el asiento de delante; la señorita Eleonora á mi lado. No necesitan uste-

des sombreros ni velos. La tarde está muy calurosa, y no encontraremos á nadie. Así, perfectamente. ¡Adiós, mamá; adiós, Kitti! ¡Hasta la vista!

El coche, con sus cuatro viajeras, se puso en movimiento.

La generala y Kitti estaban aún en el portal.

—¿Sabes, hija mía—dijo, mirando en la dirección en que había desaparecido el coche,— que es persona peligrosa?

—No lo quería decir hasta que mi inteligente mamá lo notara—respondió Kitti.

CAPÍTULO V

Aproximadamente, en el mismo momento en que Herta volvía de Seehausen, apeábase Ulrico, de su caballo, ante la hostería de los «Tres Peces», al otro lado del lago. El Sr. Blandow, que con un par de conocidos del pueblo estaba sentado á una mesa á que daban sombra unos árboles, levantóse apresuradamente á saludarle.

—El señor barón ha hecho una larga jornada á caballo—dijo á Ulrico, señalando al potro que tenía un criado de la brida.

—No he ido más que á ver las obras—repuso Ulrico.—Lleve usted el caballo á la cuadra; he de quedarme aún en el pueblo.

—¿Puedo servirle en algo al señor barón?

—Una botella de Mosel, si tiene usted la bondad.

—¿Quiere el señor aquí ó en la terraza?

—Si no hace allí mucho calor...

—No, señor. Sopla una brisa muy agradable del lago. Ahora no hay nadie allí. Después vendrán algunos señores del pueblo. Como hace buena tarde...

—Entonces, en la terraza.

Ulrico atravesó el vestíbulo, en el cual hizole el hostelero una reverencia; después el jardín, y subió los escalones de la terraza, la cual se apoyaba sobre unas vigas sumergidas en el

lago, y estaba cubierta con un toldo. Atados al puentecillo veíanse una media docena de botes grandes y chicos, bastante limpios, que el hostelero alquilaba á sus huéspedes. En aquel lado, á pesar de ser la parte donde daba el sol, estaba más fresco que debajo de los árboles, y también se notaba la ausencia de moscas, que allí pululaban en nutridos enjambres.

El mismo Sr. Blandow trajo el vino conservado con hielo en la cubeta.

—Ya se acaba; el verano ha sido caliente; mas para el señor barón siempre queda algo. ¿Ha terminado ya el señor barón la cosecha de avena?

—Todavía no.

—No, lo que es ahora tenemos buen tiempo; es de suponer que dure hasta el quince. Sería lástima que se aguaran las fiestas este año como el pasado. ¿El señor barón y su señora esposa tomarán parte en ellas?

—Creo que no. Tengo que viajar.

—¡Después de haber estado tanto tiempo fuera el señor barón! ¡Cierto que la señora baronesa lo entiende mejor que nosotros! Y cuando se tiene á un inspector como Pasedag. Pero sería una lástima que el señor barón faltara. Ayer mismo estuvieron aquí el señor de Brandt y el señor de Griebanow para hablar conmigo de todo. Se va á hacer en grande: iluminaciones allí, en la arboleda, y aquí, en el lago, fuegos artificiales. En lo que no están de acuerdo, es á quién se han de hacer las invitaciones. Claro es que de los señores oficiales no puede prescindirse. El señor de Griebanow cree que, por su origen, es una fiesta sólo de nobles, y es verdad; pero el señor de Brandt era de opinión que se deben tener en cuenta los tiempos que corremos, como él dice, y que unos cuantos burgueses selectos harían que la fiesta fuese más concurrida y animada, en lo que no deja de tener razón. ¿Qué opina el señor barón?

—Estoy completamente de acuerdo con el señor de Brandt.

—Ya lo sabía yo; como que ayer se los dije á los señores:

«El señor barón está por los burgueses.» Perdóneme el señor barón, creo que me llaman.

Ulrico permaneció sumido en sus pensamientos. Se hubiera arrojado al lago, en donde más profundidad tuviese. ¡La noble fiesta del lago! En efecto: ya se acercaba el gran acontecimiento del año, del cual sus abuelos solían estar hablando largas semanas antes. ¡Cuántas veces oyó á su padre el origen de aquella fiesta! Se la aprendió de memoria como una fábula de Gelbert (1), y la recitaba de niño cuando no podía dormir. Y aún conserva su antiguo relieve, como evocado por la sofocante calma que en torno de él reinaba y la pesadez que sentía en la cabeza y en los miembros.

—En el año de 1785—acuérdate Ulrico, y también tú, Ottomar, aunque tú no llegarás á ser un sabio como tu hermano, —cuatro años antes de estallar la revolución francesa, que costó la vida al pobre rey Luis, y de la cual proceden todas las desdichas que hoy afligen á la humanidad. Entonces no había un pie de terreno en todos los alrededores del lago, que no fuese de los nobles, excepto el terreno que ocupa el pueblo y unos pocos campos del Oriente, en que los plebeyos cultivaban sus patatas y sus coles. Hasta el bosque, que ahora, en su mayor parte, ha pasado al Estado con el hotel, era de los Griebenows. Entre todos componían siete familias; al Oeste, los Brandt, los Wendelins, los Liliens y los Baldows; al Este, los Voigts y los Griebenows, y por último, nosotros, los Rاندows, aquí, en el Norte, enfrente del pueblo. Aquí soñó una noche vuestro abuelo, Ulrico Ottomar, cuyos nombres lleváis vosotros, exactamente el sueño de Faraón, de las siete vacas gordas y las siete flacas; sólo que las vacas no salían del Nilo, sino del lago. Y explicaba, como hombre pensador que era, el extraño sueño, así. Decía que aquel feliz estado de cosas alrededor del lago no subsistiría, sino que el pueblo se uniría con los reyes para arrebatár de manos de la nobleza la propiedad.

(1) Gelbert, fabulista y cuentista alemán. 1715-1739.—N. T.

Con este motivo las siete familias debían unirse, hasta tanto que Dios les devolviese su gracia, en estrecha alianza, mostrándose dignos de ella, y firmar un pacto de mutuo auxilio en la adversa fortuna. Y para demostrar su común acuerdo y fidelidad, todos los años después de la cosecha debían reunirse en una fiesta. Y para evitar que se encendieran envidias, discordias, odios, no se habían de reunir en los palacios, sino en el hotel del lago, que si bien está en el suelo de los Griebenows, lo tienen en enfiteusis los Blandows, por lo que podía considerarse como terreno neutral.

Todo ha sucedido como vuestro abuelo Ulrico Ottomar lo pensó y trazó. Y todos los años, con excepción de unos al principio del siglo, en que la guerra estaba en todo su furor, celebrase esta fiesta, llamada de la Nobleza del Lago. Por lo demás, sucedió lo que predijo: las siete vacas flacas salieron del lago, y no nos hemos podido defender de ellas á pesar de haber cumplido el pacto fiel y puntualmente. Primero fueron desposeídos los de Voigts, y sus bienes pasaron al municipio. Después tuvieron que vender los Griebenows su media heredad al Estado, y si hoy están afincados en el lago los Arnelfds en vez de los Lilien, sus bienes han pasado por manos plebeyas.

Esta, queridos hijos, es la historia de la fiesta de la Nobleza del Lago, y espero que permaneceréis fieles al pacto que vuestros padres juraron, ya que si Dios ha querido que sea una realidad el sueño de vuestro padre, como ya está cerca de serlo, no lo sea tan pronto.

Ulrico se rió. ¡La vieja letanía! Verdaderamente, no se le había olvidado ni una palabra después de tantos años.

Después cubrióse de nubes su frente y miró con expresión sombría su vaso. ¿No había sido el respeto á esta tradición de sus abuelos, aprendida en la infancia, lo que le impulsó, á la muerte de su padre y hermano, á unir á sus preocupaciones las de los Asfelds, salvando, con grave apuro suyo, para la viuda del general, la finca de Seehausen, cuando su marido realizó las otras dos de sus antepasados para pagar las deudas de jue-

go y de otras clases? Ya entonces no le quedó duda de que no podría evitar la ruina definitiva de la generala, acarreada por su desmedida vanidad y extravagantes pretensiones. Entonces sintió la más viva compasión por la pobre joven, modesta y aplicada, hija de aquel modesto y aplicado burgués, y á quien su madre tenía en desdeñoso abandono. Después, cuando creció, ¡Dios mío! ¿no la había amado? ¿No había transcurrido feliz el primer año y medio de su matrimonio? ¡Sí, sí! Y, sin embargo, no tuvo más que aparecer Lida, para saber que lo que tenía por felicidad sólo era un crepuscular reflejo de la luz que el verdadero amor irradia.

¡El verdadero amor! ¿Quién se atreverá á afirmar que lo siente? Él lo creyó cuando amaba á Lida. Y al ver á Eleonora sintió lo mismo que sintiera al conocer á Lida. ¿Era sólo un olvido de su primer sentimiento? Entonces tanto valía un amor como el otro. ¿O hay una escala en el amor, y nadie puede decir: este es el grado más alto? ¿O exige cada edad de la vida su propio amor? Si el jovenzuelo necesita otro ideal que el joven, y éste otro que el hombre maduro, podía esperar que dentro de diez años la imágen de Eleonora palideciese como la de Lida hoy.

Si esto era así, y durante aquellos últimos tiempos lo venía pensando, el matrimonio, en su organización actual, era un contrasentido, ó mejor, una tiranía, una tortura, un lecho de Procusto que despedaza al fuerte hasta reducirle á su medida natural.

Y, sin embargo, había quizá otra solución: la de que así como el hombre se desarrolla física y moralmente, la mujer, por su parte, debe sufrir una metamorfosis equivalente, y que la mujer madura diste de la joven inexperta tanto como ésta de la doncella, cuya vida es un semisueño.

Este era el punto en que había de apoyarse la palanca para hacer de la inmoralidad del matrimonio algo moral que no afrentase al hombre más libre. Y justamente esto era lo que, en su opinión, donde Herta le había dejado solo. Actualmente

era la misma que hacía doce años; la misma alma leal que pensaba siempre en los demás, amante, ansiosa de amor, un corazón de oro. Y su horizonte espiritual era el mismo que entonces, ni una línea más amplio. Y sentir ahora cómo se ha tratado de amoldarse, al principio, por galantería, á esta estrechez, haciéndose traición á sí mismo hasta que el genio no puede soportar por más tiempo, se rebela y acaba por destruir la bóveda del templo convertido en terrible prisión, y caen los pedazos sobre las frentes de la confiada mujer y de los inocentes niños.

Ulrico saltó aterrorizado, como si hubiera visto un monstruo salir del lago que fuera hacia él con sed de venganza. Unos minutos después montaba á caballo, saliendo al trote largo, seguido de las atónitas miradas del Sr. Blandow, que no pudo menos de decir á sus huéspedes del pueblo que el señor barón había vuelto muy cambiado de su viaje, como si no tuviera bien la cabeza.

CAPÍTULO VI

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
DEL
ATENEU BARCELONÉS

La carretera, siempre cerca del lago, el cual dejaba ver de tiempo en tiempo por entre los árboles, seguía casi constantemente por espeso bosque. El camino, habitualmente poco frecuentado, estaba aquella calurosa tarde de estío completamente solitario. Fuera de algunos jadeantes peatones, sólo encontró Ulrico al correo que enlazaba con el tren; un ramal terminado años antes, que unía el pueblo con la línea principal. Por otra parte, reinaba profundo silencio; el mismo ruido de los cascos del caballo era apagado por la espesa capa de polvo que cubría el camino. Arriba, agitaba de cuando en cuando las copas de los árboles una ligera ráfaga que venía del lago; abajo, dominaba sin interrupción un calor sofocante. Justamente igual que la tarde de Norderney cuando volvían de las blancas dunas. Justamente, lo mismo que ahora, había sentido aquella opresión en su alma que se traducía en dolor físico sobre el co-

razón. Pero después vino la tempestad, trayéndole aquella dulce y adorable criatura, y él imaginó que había despuntado la aurora que debía indemnizarle de su larga noche de sufrimientos. ¡Cuán pronto se disipó el ensueño!

¡No y mil veces no! ¡Aquello no podía ser un sueño. Su vida de ahora y la anterior, sí habían sido un sueño árido; lo otro era la vida exuberante, que sólo pudo desaparecer porque la primera sorpresa le había robado el sentido.

¡Aquello no podía volver, cielo santo! ¡La dicha no podía encontrarle otra vez tan infantilmente ciego y torpe! Reaparecería de nuevo en la misma dulce figura. Y entonces no la dejaría escapar, aunque tuviera que beber la muerte en sus labios.

¡Y con cuánta terrible precisión recordaba los felices instantes en que la tuvo en sus brazos aquella noche en el jardín y bebió sus besos. Tan fuerte fué la sensación de su recuerdo, que no pudo contener un grito. Y picó espuelas á Robín, galopando por el bosque como si corriera en pos de su perdida felicidad.

Su rápida carrera le llevó un cuarto de hora antes al pueblo, cuyo empedrado resonó bajo los cascos de su caballo. Llegó al paso hasta el pequeño mercado de delante del hotel de Hermaun Meink, «La Corte de Berlín». El caballo estaba bañado en sudor. Le había dicho á Herta que tenía que hacer en el pueblo. Una consulta á su abogado; una cuestión de linderos que un vecino querellante había promovido durante su ausencia, según le comunicó Pasedag. No estaba en lo más adecuada situación de ánimo para tratar este asunto, pero... ya estaba allí, y Robín necesitaba una hora de descanso. Así, pues, trató de ver al doctor Micaelis, cuya joven esposa estaba sentada con una amiga en el banco de delante de su puerta. El doctor no estaba en su casa. Había ido á despedir á un oficial que partía al día siguiente, y como teniente que era del regimiento. Ulrico dió las gracias á la señora por su amabilidad, y rehusó el ofrecimiento que ésta le hizo de mandar á buscar al doctor; el asunto no corría prisa; ya volvería mañana á hora más oportuna.

Siguió la calle adelante. Ésta desembocaba en una plaza

adornada de árboles y bancos, ante la cual se extendía el lago, y en donde estaba el sitio que en el pueblo llamaban «El Puerto». Unos puentes construídos en el agua, entre los cuales se movían el remolcador, dos yates del consejo de comerciantes y del club de oficiales, media docena de lanchas de carga y dos docenas de embarcaciones remeras grandes y chicas.

Ulrico sentóse en un banco y dejó vagar su mirada sobre el lago, sobre cuya superficie, tersa como un espejo, se reflejaba la última claridad de la tarde, cada vez más pálida. A mano derecha, en casi interrumpida serie, el bosque por donde había venido; á la izquierda, la orilla, con sus lomas y praderas, de la cual sólo se destacaba á lo lejos la oscura masa de árboles de Seehausen. El lado opuesto, en donde estaba situado Wüstenei, estaba ya cubierto por un velo de niebla ligeramente azulada; se hubiera podido creer que detrás de aquel velo se extendía la infinita superficie del mar.

El mar, que se extendía ante ellos cuando estaban sentados en las dunas, él un poco más bajo que ella, para poder mirar sus ojos. Hablaban de países lejanos, de filosofía, de arte y de poesía. Después tuvo ella una atrevida ocurrencia, y rió con risa dulce, suave y melódica, como nunca había oído de labios de mujer. Y después, de pronto dió un salto y se puso en pie, y él se quedó aún sentado un momento para recrearse en su esbelta y flexible figura, que se recortaba deliciosamente en el cielo de la tarde. Y ella le llamó riendo: «Si no se levanta usted pronto, se lo digo mañana á Ottendorf para que le ponga á usted en la mesa de la cocina y no le dé pasteles.»

¡Oh dulces, dulces horas! ¡Y no había un dios compasivo que le devolviese un solo minuto de aquella felicidad! Aunque estuviera en el fin del mundo, iría á buscarla, y se creería recompensado con sólo poder tocar el borde de su vestido.

Despertó de su meditación, miró alrededor con ojos extrañados, y debió preguntarse cómo había llegado hasta allí. En el banco vecino había tomado asiento una pareja enamorada. El joven hablaba con vehemencia, la muchacha clavaba en él

los ojos y luego los bajaba. Por lo demás, el bosque estaba desierto. Sólo en el puente situado ante él había un señor que miraba al lago. Estaba de espaldas á Ulrico. Éste pareció reconocer la figura. ¿No era el conde Guido Wendelin? En su misantropía levantóse, tratando de evitar el encuentro; pero en aquel instante Guido volvióse, le vió, le reconoció y fué hacia él apresuradamente. No podía pensarse en escapar.

—Querido Randow, ¡qué placer encontrarle tan inesperadamente!

Guido cogió las manos de Ulrico; en sus ojos brillaba una alegría tan sincera, que Ulrico no pudo resistirse.

—Lo mismo que yo—contestó;—pero ¿cómo usted aquí? Le creía á usted en Hannover.

—He llegado hace dos días. He estado cerca de una semana en Berlín. Si no, ya hubiera estado en Wüstenei, naturalmente. Supe en Berlín, por su suegra, que había usted vuelto, ó debía usted volver uno de estos días.

—Entonces, ¿tras de la antigua pista?

—¿Cómo piensa usted eso? Yo... yo... pero ya hablaremos detalladamente en otra ocasión. Ante todo, querido, ¿cómo le va á usted? Me parece que...

—No tengo buen aspecto. Todos dicen lo mismo. Lo comprendo, porque no estoy bien.

—De veras lo siento. Francamente, yo tampoco me encuentro muy bien. Proyecto un largo viaje. Ya hubiera partido, pero mi mamá me inspira cuidado.

—Yo lo siento á mi vez. Sé cuánto quiere usted á su madre.

—No tengo nadie más en el mundo. Y usted, naturalmente, ¿es usted amigo mío?

—Creo no haberle dado á usted motivo para dudarlo, Guido.

—¡No por Dios, nada de eso! Ha sido una pregunta estúpida que he hecho impensadamente. Es que estoy en una situación de ánimo que me hace dar á su amistad de usted más valor que antes.

—Por lo visto, la pequeña maga de Kitti le ha puesto en ese estado.

—Por Dios, Randow, le juro á usted que se equivoca, que se equivoca completamente.

—Entonces, permítame usted que le dé la enhorabuena.

—¿Por qué?

—Por eso, por haberme equivocado.

Los ojos de Guido parecían saltar angustiosamente de sus órbitas.

—¡Ah, sí!—dijo marcando la frase sí, naturalmente.— Pero sabe usted, Randow, ya le he suplicado que no sea usted irónico conmigo, sino siempre claro, de modo que yo le entienda.

—¡Si alguien le oyese á usted hablar así!

—Es mi carácter; no soy de una inteligencia clara. Es mi desgracia. Nunca lo he comprendido como hoy.

El joven gimió y miró con triste gesto ante sí. Por muy preocupado que estuviese con sus melancolías, Ulrico sintió compasión por el pobre hombre, del cual había sido siempre consejero.

—Sufre usted, Guido—dijo.— Dígame qué tiene. Quizá pueda yo ayudarle; por lo menos, aconsejarle.

—Si usted lo supiera, me aconsejaría que me tirase al lago.

Ulrico sonrió; no le parecía natural; y, sin embargo, un par de horas antes había querido él hacer lo propio.

—Eso siempre queda tiempo para hacerlo. Por el momento debemos pensar en volver á casa. ¿O piensa usted quedarse en el pueblo?

—¡Dios me libre! Voy á Salchow. Sólo he venido aquí por hacer algo.

—Se comprende. He venido á caballo. Volveremos juntos. Bastante calor he cogido hoy en el bosque. ¿Va usted á casa Meink?

—Naturalmente. Es decir, no he hecho más que detenerme; ni siquiera he desensillado.

—Tanto mejor. Mi Robín habrá descansado entretanto. Los dos amigos echaron á andar por la calle del puerto. Ya empezaba á oscurecer. Cada casa tenía á la puerta su banco, y en cada banco charlaban la madre, la tía y las hijas mayores, mientras que los niños jugaban en las calles. También la señora del doctor Micaelis estaba en el mismo sitio. Ante ella había un señor, que cuando Ulrico pasó saludando, volvióse: era su compañero de Universidad, Odebrecht. El señor Odebrecht hizo en aquel instante un movimiento como para ir hacia él; pero al ver á Guido, contentóse con hacer un cortés saludo, y volvió de nuevo á hablar con la dama. Guido dijo algo que Ulrico no oyó. Pensaba en la tarde en que creyó reconocer á Odebrecht estando con Eleonora. Entonces confiaba, y confiaba aún, en haberse equivocado. Conocía la mala lengua de aquel hombre y la habilidad con que quitaba el pellejo á sus conocidos. Y hubiera dado cualquier cosa por evitar la maledicencia en esta ocasión, al menos por ese lado.

—¿Está usted aún en malas relaciones con Odebrecht?—dijo Guido.

—Tratamos de vernos lo menos posible. Aquí es menos fácil hacerlo que en Norderney, donde creo que no nos hemos visto cuatro veces, á pesar de haber estado el mismo tiempo.

—¿Lo pasó usted bien en Norderney?

—Tan bien, que daría diez años de mi vida por volver á estar una hora en las mismas condiciones.

Guido le miró con expresión interrogadora, pero no contestó.

El criado de Guido llegaba lentamente á la puerta de «La Corte de Berlín» con los dos caballos. Mientras ensillaban á Robín, pidió Guido una botella del Rhin, y se la hizo servir en una mesa delante de la casa. Siempre había tiempo para beber un vaso cuando dos amigos se encontraban después de muchos meses de ausencia. ¡Era raro! Él no acostumbraba á beber; pero de algún tiempo acá, sentía un indomable deseo. Su mamá decía que eran los nervios. ¿Si Ulrico se encontraría también en el mismo estado de neurosis?

Ulrico dijo que ya le había pasado varias veces en su vida, sólo que no había podido conseguir que sus nervios mejoraran por ese régimen.

—Sin embargo, por el momento—dijo Guido sirviéndose un vaso y bebiéndolo de un trago.—La vida se compone de momentos.

—Se vuelve usted filósofo, Wendelin—dijo Ulrico.—Y luego pensó: Es Kitty. ¡Pobre muchacho!

—¡Quisiera serlo!—dijo Guido.—Se hace otro papel ante las damas.

—Según qué damas sean, querido amigo. Conozco varias que hacen la cruz ante los filósofos y ante la filosofía.

—No será la que yo digo. Hablo de una naturaleza escogida... naturalmente.

—Las excepciones no hacen regla.

—Pero existen.

—No nos preocupemos de las excepciones. Que vivan—dijo Guido con entusiasmo.—Y dejó el vaso vacío con tanta fuerza en la mesa, que se hizo pedazos.

—Buen augurio—dijo Ulrico.—Y ahora, si usted quiere, vámonos.

—¿Quiere usted otro vaso?

—Por nada del mundo. Sabe usted que tengo que hacer larga jornada.

Montaron, y cabalgaron por la estrecha calle, seguidos del criado. Cada vez se hacía más oscuro. Sin embargo, no había luces en las casas; sólo en el casino, por donde pasaron, estaban iluminadas las ventanas del piso principal. En las afueras, entre los pensiles, estaba más claro; y al salir al campo, una rojiza claridad del poniente, que se extendía en tonos cada vez más pálidos casi hasta el cenit, les hizo olvidar que el día había acabado una hora antes.

(Continuará.)

CRÓNICA LITERARIA

Varios novelistas.—*La dama errante*, por Pío Baroja.—*Los vencedores*, de Ciges Aparicio.—*La sangre de Cristo*, por J. López Pinillos.—Las últimas novelas de Trigo.—*La historia de un escéptico* (*Tierra de Santos* y *La hora trágica*), de Alberto Insúa.—*Fuente Ovejuna*, por Alfonso Jara.—*El pantano de Elisa*, por Luis Maldonado.

La elección de asunto es una de las dificultades de estas Crónicas. Los asuntos se amontonan de Crónica á Crónica. Hay demasiada producción literaria, aun dejando á un lado género tan extenso é importante como el dramático, para que puedan dar abasto á la reseña unas cuantas páginas mensuales. De ahí que se hable de los libros con tan considerable retraso, y hasta que no se hable de los que van quedando más rezagados y distantes.

Para completar la reseña de novelas recientes á que he consagrado las anteriores Crónicas, voy á tratar en ésta de varios libros de dicho género, escritos los más de ellos por novelistas nuevos, por los que alguna vez he llamado novelistas menores. Y claro está que, tratando de meter en este artículo á media docena larga de novelistas, ha de ser muy sucinta la noticia que se dé de sus obras.

No necesito decir que no incluyo entre esos novelistas menores á Pío Baroja. Es un novelista hecho, de los más fuertes y originales que tenemos, de los que poseen una manera más personal. Su labor novelesca es copiosa. Baroja ha publicado una docena de novelas, tantas como Blasco Ibáñez, aunque son más breves los libros de aquél. Para ahorrar trabajo á los clasificadores, él mismo las divide en varios grupos: *La vida fan-*

tástica, que comprende *Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox, Paradox, Rey y Camino de perfección; El pasado* (tres novelas: *La feria de los discretos, Los últimos románticos y Las tragedias grotescas*); *La lucha por la vida* (*La Busca, Mala hierba y Aurora roja*); esta trilogía es, á mi parecer, lo mejor de Baroja; *Tierra vasca* (*La casa de Aigorri y El mayorazgo de Labraz*). La última de sus novelas publicadas, *La dama errante*, inaugura un nuevo grupo, que se llama *La raza*. He hecho esta enumeración, porque generalmente no se tiene idea de lo vasta que es ya la biblioteca novelesca de Baroja. Á mí, que soy lector asiduo de sus libros, me ha sorprendido hacer la cuenta y ver que había publicado ya una docena de novelas.

La dama roja se asemeja en el estilo y en la manera de desarrollar la acción al grupo de novelas que llevan el título general de *El pasado*, y no son las mejores de Pío Baroja; novelas de aventuras, que tienen una marcha demasiado rápida, y no nos ofrecen la aguda é intensa visión realista de *La busca*, que es, con su segunda y tercera parte (*Mala hierba y Aurora roja*), la novela moderna picaresca por excelencia, tan espontánea, de tan aguda observación psicológica y tan castiza en todo, menos en el lenguaje, como en las antiguas. Sin embargo, *La dama roja* me parece superior á aquellas novelas de *El pasado*.

En ella mezcla Baroja lo histórico con lo imaginado. Ha tomado por punto de partida del argumento un suceso reciente que todavía chorrea sangre, puede decirse: el atentado de la calle Mayor el día de las bodas regias, atrevimiento que no apruebo, porque estos acontecimientos dolorosos necesitan que el tiempo los sumerja en un baño de olvido para pasar á la región del arte, donde una exhibición prematura puede herir sentimientos y despertar protestas. Baroja examina aquel acontecimiento de un modo puramente intelectual, con una curiosidad fría de observador que choca con el común sentir. Parece que ha puesto entre su libro y el suceso una barrera de

años; pero es seguro que á la mayoría del público no le sucede lo propio, y esa frialdad de visión, ese objetivismo indiferente, parecerá á muchos inhumano. Hay que achacarlo al temperamento artístico del autor, mucho más intelectual que emotivo.

La parte de *La dama roja* que trata de aquel trágico acontecimiento, no se ajusta á la realidad histórica. El novelista conserva la imagen real y verídica de algunos personajes (Brull es una reconstrucción psicológica de Morral), pero á otros los altera y muda ya el carácter, ya las vicisitudes por que pasan. El doctor Aracil es un Nakens que no es Nakens. La fuga de este sujeto, acompañado y alentado en ella por su hija María (la dama erante), llena la segunda parte de la novela, que adquiere espíritu castizo y ambiente picaresco en las peregrinaciones de los fugitivos por caminos y pueblos extraviados hasta llegar á Portugal. El aspecto de *nomadismo*, de vida vagabunda que descubre esta segunda parte del libro, es muy interesante. El lenguaje, descuidado, desnudo de toda preocupación retórica, pero expresivo, claro y enérgico, es el corriente en las obras de Baroja. La novela, aparte de la frialdad y la falta de sentimiento de solidaridad social que en ella se observa, ofrece muchas observaciones psicológicas hondas y ciertas. María es un verdadero carácter que contrasta con su padre el doctor Aracil, un anarquista de la clase de aficionados, charlatán y badulaque.

*
* *

El Sr. Ciges Aparicio llama novela á su libro *Los vencedores*; pero es una novela sin novela, sin argumento ni acción, compuesta de una serie de escenas en formación lineal. Es un libro del mismo género que *Del cautiverio*, *Del hospital*, *Del cuartel y de la guerra*, *Del periódico y de la política*, que tienen algo de autobiográficos, de relato de aventuras y exposición de observaciones é impresiones del autor. Creo que estos libros que acabo de citar no llevaban el nombre de novelas, pero podían pretenderlo con el mismo título que *Los*

vencedores; es decir, con un título tan remoto é incompleto como es el de estar escritos en estilo novelesco, dramatizando los sucesos, pintándolos, poniéndolos en acción, en vez de contentarse con una forma pura y escuetamente narrativa. Esto no basta para que un libro sea considerado como novela, por muy lato que sea el sentido que demos á esta denominación.

El Sr. Ciges Aparicio ha elegido por lugar y objeto de su obra una zona minera de Asturias. Su propósito ha sido pintar la tiranía capitalista y la tiranía religiosa asociadas para mejor oprimir cuerpos y espíritus. Excusado es decir que, siendo el Sr. Ciges Aparicio un revolucionario, un combatiente, y no un observador neutral, la pintura que hace del régimen industrial de aquella comarca tiene todos los caracteres de una diatriba, y es sumamente sospechosa de parcialidad. Además, el autor de *Los vencedores* introduce en su relación personajes en quienes muchos pueden ver retratos de personas de carne y hueso; retratos trazados por la pluma de un retratista sañudo, que de todo ha tratado menos de lisonjearlos, y alude también al parecer á intimidades de la vida privada, penetrando en un terreno personal que debe estar vedado, por punto general, al Arte.

Blasco Ibáñez, que también es parcial, pero que es novelista, ha tratado este punto de la opresión capitalista y de la opresión religiosa en sus novelas *El Intruso* y *La Bodega*; pero ha hecho verdaderas novelas, y no se ha contentado con referir lo que se contaba en Bilbao ó en Jerez del fanatismo de tal ó cual rico industrial y de las luchas entre proletarios y capitalistas. El Sr. Ciges Aparicio ha recogido materiales de información semejantes, se ha documentado á su manera respecto de un determinado medio social, pero no ha llegado á hacer la novela. Su libro nos deja la impresión de que el autor ha ido al distrito minero de que se trata llevando ciertos prejuicios é ideas; allí ha observado algunos hechos, ha hablado con algunos individuos, ha oído historias ó cuentos referentes á sucesos y personas, ha formado con todo eso un juicio, y

nos refiere sus averiguaciones en forma animada y dramática. El Sr. Ciges es un buen escritor; su prosa es limpia y correcta; sabe dar colorido á las descripciones y emocionar al lector. Hay en sus escritos cierta poesía difusa y cierto sentimentalismo humanitario, que ponen á veces una nota suave entre las crudezas de la sátira. Estas cualidades hacen que *Los vencedores* se lean con interés y no cansen.

* * *

Entre los novelistas nuevos, el Sr. López Pinillos es uno de los que han manifestado mayor originalidad. Se distingue profundamente de los noveladores que tiran á un psicológico complicado y enfermizo, gustan de pintar costumbres urbanas y medios literarios y artísticos y usan un estilo repintado y compuesto como una cocota. La novela de López Pinillos, *La sangre de Cristo*, no se parece á ninguna otra de las publicadas recientemente. Tiene una riqueza extraordinaria de léxico, cualidad que ofrece la ventaja de remover el terruño del idioma y sacar á la superficie vocablos olvidados ó poco usuales en el habla urbana y letrada, mucho más pobre que el habla popular. En cambio, el uso de muchas voces desusadas tiene el inconveniente de fatigar al lector. No es grato tener que echar mano al diccionario á cada paso para entender á un autor. El estilo del Sr. López Pinillos es un estilo craso, orondo, alegre, bullicioso, que no pára de hacer cabriolás y dar zapatetas y no se está quieto un momento. Tiene algo de pantagruélico, evoca la imagen del cura de Meudon ó la de nuestro arcipreste de Hita, tal como se le figuran hoy muchos á través de los siglos y del modernismo.

En *La sangre de Cristo* apenas hay asunto, pero hay plétoras de movimiento y de colorido. Es una especie de poema báquico, la descripción de una inmensa borrachera colectiva, el mito moderno de la introducción del vino en un pueblo que antes no bebía más que agua, novedad que, como es de pre-

sumir, altera profundamense las costumbres y produce un sinnúmero de excesos. Tiene este libro gran fuerza cómica en algunos pasajes, un humorismo meridional, tal vez un poco tarasconense, que mezcla lo serio y la baladí en sus zumbas. Es una obra que debe leerse, que esparce y refresca el ánimo y que puede servir de triaca ó de descanso de los libros tristes y grises á que propenden nuestros psicólogos, empapados, cuando se sientan á escribir, de la melancolía contemporánea, que en muchos casos no es más que una postura teatral.

*
* *

D. Felipe Trigo es un novelista conocidísimo. Ha producido ya bastantes libros, y, sobre todo, ha creado un tipo especial de novela erótica en que todo es personal, desde el estilo á la psicología. El Sr. Trigo cree que el mundo anda perdido por lo mal ordenadas que se hallan las relaciones entre los sexos. Unas veces nos parece misógino y otras feminista, lo cual puede conciliarse proponiendo como fórmula de transacción que es misógino respecto de la mujer actual y feminista respecto de la del porvenir, ó sea del tipo de enamorada que él espera que llegará á formarse con el progreso de los tiempos y la evolución de las costumbres. Ha pintado con delectación en sus novelas una serie de Tenorios irresistibles, que se parecen bastante unos á otros, y una copiosa colección de mujeres enamoradas y generosas de sus personas. Tiene un estilo muy incorrecto y desordenado; pero ardiente, impetuoso y espontáneo, estilo que no carece de atractivo á pesar de sus descuidos y barbarismos. Es un estilo tan erótico como los asuntos de sus novelas, en las cuales hay muchos rasgos de sagaz interpretación de las almas y felices pormenores de observación al lado de no pocas extravagancias y de muchos pasajes escabrosos, en que el novelista actúa de psicólogo del libertinaje.

Las dos últimas obras del Sr. Trigo son una extensa novela titulada *La Bruta* y dos novelitas cortas: *La de los ojos de color de uva* y *Reveladoras*, reunidas en un volumen, que según

la costumbre francesa, ya establecida entre nosotros, lleva el título de la primera. *La Bruta* me parece inferior á *La Altísima*. Es una novela compuesta de un estudio psicológico de mujer, bastante confuso y embrollado, y una descripción de tipos y costumbres del hampa de pluma. A esto responde seguramente el subtítulo *Héroes de ahora*, que tiene un sentido irónico, pues los héroes que el Sr. Trigo nos presenta son unos bohemios sin vergüenza, matones y chantagistas, en quienes apenas queda algún sentimiento noble. Es una de las más tristes y repulsivas pinturas que han podido hacerse de ese bajo personal de la literatura, la que hallamos en *La Bruta*, y algunas señales hay de que el Sr. Trigo, en mayor ó menor medida, se ha inspirado en modelos de la realidad. Dícese que en toda familia hay un ahorcado. No es extraño que en la literatura, que como profesión está abierta á todo el mundo, haya gentes de tan ruin ralea como las que vemos en esta novela.

Y á todo esto, ¿quién es *La Bruta*?—se preguntará el lector que no conozca la novela. *La Bruta* es una mujer inteligentísima, hermosa, llena de perfecciones, que tiene la desgracia de casarse con un poeta que es un mal hombre, un perdido, sin pizca de sentido moral, que la explota aprovechando hasta los artículos que ella escribe y él firma y cobra; en resumen, una especie de rufián cuya conducta disculpa el adulterio de la heroína. La llaman *La Bruta*, porque ha desdeñado á un millonario, que por añadidura es un caballero, para casarse con el infausto poeta.

Hay en esta novela muchas construcciones viciosas. Desde el punto de vista de la forma literaria, el diálogo es lo más defectuoso. Como ocurre frecuentemente en los libros de Trigo, contrastan con estos pasajes descuidados, otros en que el estilo adquiere fluidez y belleza. Los tipos de esta obra tienen mucha vida, especialmente los literatos perdularios, á quienes antes se alude. Esta parte descriptiva de malas costumbres y malos sujetos literarios, es la más entretenida de la novela y lo más acabado y sólido que hay en ella.

La de los ojos de color de uva es una novelita en que el autor nos presenta, con bastante exageración, unos tipos de *demi-vierges* ó semidoncellas, que no se privan de nada, ni aun de fumar pitillos de cuarenta y cinco, á pesar de ser señoritas de buena casa. El autor parece haber querido representar en una de ellas la frivolidad y la inconsecuencia de una mujer vanidosa y casquivana, que se enamora y se desenamora á contrapelo de la lógica. A esto podrá objetar el Sr. Trigo, y tendrá razón, que el amor no está sujeto á lógica, ó tiene su lógica particular; pero aun admitida la premisa, su heroína resulta artificial y falsa. *La de los ojos de color de uva* no es de las mejores producciones del Sr. Trigo. Más acertada me parece *Reveladoras*, escrita con mayor corrección que la generalidad de las obras del Sr. Trigo, y que pinta con más recato del que podía esperarse, dada la índole del asunto y la extremada libertad que se nota en las otras novelas del mismo autor, la iniciación de un adolescente en la vida sexual, ó si se quiere decirlo más clara y crudamente, la corrupción de un menor. Tiene esta novelita alguna bella descripción y algún tierno episodio, cuyo aroma idílico orea un poco el ambiente general del cuadro.

*
**

D. Alberto Insúa se dió á conocer primeramente como cronista de periódicos. Ha publicado, además de un libro que se titula *Don Quijote en los Alpes*, y contiene un estudio interesante acerca de Amiel, y otros trabajos de menor importancia; dos novelas (*Tierra de Santos* y *La hora trágica*) que forman parte de una serie, aun no terminada, que se llama *Historia de un escéptico*. El estilo de este escritor es terso, correcto y suficientemente expresivo: la acción de sus novelas se desenvuelve con facilidad. Tienen animación y movimiento; el diálogo es suelto y natural. Todo, ó casi todo, lo que pertenece á la parte formal del arte de novelar, merece aplauso en estos libros. Donde flaquean es en la concepción del protagonista,

que acusa cierta puerilidad. Es uno de esos tipos de descontentos de la vida, sin razón, faltos de voluntad y de nervio, que pululan en la literatura moderna y que en la vida real nos parecen unos majaderos ó unos farsantes, pero en la novela pretenden á lo mejor pasar por personajes extraordinarios. La afectación de desdén y de indiferencia, característica en estos tipos literarios, se extrema demasiado en el D. Alfredo Sangil de la *Historia de un escéptico*. El novelista no logra convencernos (hablo por mí) de que su héroe sea más que un pobre hombre, lleno de presunción, que tiene el orgullo—un inmenso orgullo—vuelto hacia dentro, y aparenta no interesarse por lo que los demás hombres apetecen, aunque en realidad hace lo mismo que ellos. *La hora trágica*, que es la más reciente de estas novelas, emprende también la pintura de las malas costumbres de literatos y artistas, pero lo hace con menos intensidad que el Sr. Trigo en *La Bruta*, aunque casi con la misma crudeza. Creo que ambos autores padecen cierto engañoso espejismo, al dar tanta importancia á este rincón de las costumbres, á esta zona de la mala vida madrileña, que al público le interesa poquísimo, y por lo general sólo entretiene á los que, estando enterados de los chismes que corren entre la bohemia literaria, buscan en estos episodios novelescos las huellas de las alusiones personales. El asunto, en general, tiene poco valor artístico y no muy grande trascendencia social, por tratarse de un círculo muy limitado, de una reducida esfera del hampa de levita. La primera novela del Sr. Insúa tenía un marco más castizo, más austero y elevado: Avila, la tierra de Santa Teresa, y esto permitió al novelista intercalar algunas descripciones acertadas. *La hora trágica* acusa progreso en la técnica novelística, en el procedimiento y factura, pero algo decae en cuanto al interés psicológico.

D. Alfonso Jara ha hecho sus primeras armas como novelista en una novela de costumbres aristocráticas titulada *Fuenteovejuna*. Se muestra en ella escritor de buena ley, de estilo suelto y elegante, de fácil y discreta vena satírica. Esta

obra, escrita en forma epistolar, tiene poco desarrollo episódico; pero por su ingenio, por el feliz desarrollo de su acción, la acertada pintura de los personajes y el pensamiento moral que la anima, deja una impresión muy favorable. Acusa más observación que inventiva. Probablemente está basada en un lance de la vida real, y algunos de sus personajes tienen visible parecido con individuos vivientes. Advertirá el lector que los novelistas nuevos muestran una decidida propensión al retrato. El asunto de la novela del Sr. Jara es la lamentable historia de un joven de la clase media, que en vez de contentarse con la dorada medianía que le ha deparado la fortuna, ó de emplear su actividad en cosas útiles, se empeña en salirse de su esfera, y cifra todos sus afanes en alternar con los elegantes de la corte y llegar á ser uno de los individuos de la crema. Esta manía le cuesta muchas humillaciones y sinsabores, le hace malgastar su caudal, y, por último, le conduce al suicidio. La moraleja de la novela expresada en su título *Fuenteovejuna* (la castiza Fuenteovejuna que mató al comendador), es que al desdichado suicida no le mató nadie en particular, ni mujer ingrata, ni amigo desleal, sino la sociedad entera, esa sociedad elegante que admite fácilmente en sus filas á cualquier intruso triunfante, y se ensaña despiadadamente con los vencidos.

D. Luis Maldonado ha llevado al teatro y al libro excelentes escenas de costumbres charras. De este reducido marco regional ha sacado páginas primorosas. Su novela *El pantano de Elisa* no tiene gran profundidad psicológica ni mucho desarrollo episódico, pero está escrita en muy puro y elegante castellano, y contiene algunas descripciones de subido valor estético. La del paso de los rebaños que van de cañada es una página bucólica de intensa y serena belleza clásica, en que parece revivir la antigua vida pastoril de lejanas edades. Sólo por este pasaje merecería citarse entre las novelas recientes la del Sr. Maldonado, que es además un libro sano, de despejado ambiente moral.

Por las breves noticias que anteceden y que no agotan ni mucho menos la producción novelesca reciente, puede juzgarse de la variedad de estilos y tendencias que se observa entre los nuevos novelistas españoles que ya han conseguido cierto renombre. No es suficiente el número de las citadas obras ni el brevísimo período que representan en la historia de la novela, para sacar inducciones. Si alguna pretendiese formular, sería que entre esa nueva generación de novelistas (exceptuando á Baroja, cuya personalidad hay que poner aparte) la observación supera en mucho á la inventiva.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—LITERATURA: Los «visionarios» y «aristócratas». = PSICOLOGÍA INFANTIL: La conciencia del niño. = HISTORIA: El martirio de Polonia. = BIOGRAFÍA: Talleyrand en el retiro. = CRÍTICA: La deformación americana del castellano. = CUESTIONES SOCIALES: La defensa del rico. = IMPRESIONES Y NOTAS: La «Marcha fúnebre» de Chopin.—¿Ha contribuido la difusión del saber á la felicidad de los hombres?—El rayo y el agua subterránea.—La educación de los sentidos.

LITERATURA

LOS «VISIONARIOS» Y «ARISTÓCRATAS».—Así se titula la nueva escuela poética á cuya presentación dedica un artículo en *La Revue Lacaze-Duthiers*. En un *Llamamiento á la juventud*, lanzado al público, y que demuestra el propósito de romper el sistema de aislamiento en que últimamente habían vivido, los cultivadores de la poesía se dirigen «á todos los que quieran descubrir la vida»: «creamos un movimiento de acción de arte para hacer penetrar más belleza, más claridad y más cariño en todas las formas de la actividad humana; somos una mutualidad de ilusionados, un sindicato de idealistas; queremos obrar por el cariño y el entusiasmo».

Junto á este *Llamamiento* aparecía el primer número de la *Feria de las Quimeras* con el manifiesto *Nosotros* del nuevo grupo de «artistas y literatos unidos en una comunidad de tendencias con el nombre de *visionarios*, expresión del ideal humano, de los que quieren descubrir la belleza en la vida» y «afirman que tienen la insensata ilusión de creer en la belleza de su visión del mundo», incurriendo en la enorme paradoja de amar la vida y de decirlo. «Tienen conciencia» de la fuerza

creadora de la visión artística», y tener visión es «expresar originalmente la armonía mundial con la armonía individual; es más que ver, es ver como se siente, con la educación entera de los sentidos y del pensamiento». «Los verdaderos artistas son visionarios; los visionarios creen en la belleza de su visión, y quieren hacer penetrar sus visiones propias en la conciencia de los demás.» «Los visionarios, por otra parte, son *aristócratas*, son creadores, son conscientes, son sintéticos, son racionalistas.» El manifiesto termina afirmando con arrogancia: «Nosotros somos los verdaderos artistas, los creadores de armonías latentes; creemos en el valor de nuestras propias visiones, pues sabemos que no han podido brotar sino del contacto fecundo de nuestros sentidos amorosos y de la materia vibrante; nosotros vemos, vemos; pero los demás verán también, porque nosotros haremos brotar sobre sus ojos cerrados iluminaciones de vida tan súbitas y tan ardientes, que abrirán los ojos de par en par ante un mundo transformado.»

Jorge Héctor Malé, uno de los poetas del grupo, ha precisado en una conferencia algunas de estas ideas: «El visionario, dice, no es el iluminado místico de ojos convulsos, de cráneo hundido para que en él penetren iluminaciones hiperestésicas; el visionario no es un mago, ni un profeta, ni un hieródulo de capillitas, ni un descubridor del ágora. Es sencillamente un hombre moderno que sabe ser hombre y moderno, que tiene su visión de la vida y que cree su visión tan verdadera, más verdadera que la vida, cuando la expresión artística ha estado á la altura de la visión. El visionario es el pintor, el poeta, el escultor, el dramaturgo, que considera el arte como la más noble función del hombre. El visionario es el que quiere hacer de la belleza un *hecho práctico* de la vida diaria. Es moderno; su cielo es el walhalla del trabajo, rojo de fábricas, erizado de hornos y chimeneas, estridente de rieles, gruñidor de mecanismos y vibrante del esfuerzo humano. Los visionarios son los artistas que interpretan la vida y la ciudad tales como han sido transformadas por la ciencia; en el arte de los

actuales tiempos representan una tendencia, preparada por valientes antecesores, y reflejan, en su arte, las preocupaciones de una época en que el hambre, el dolor y la rebelión rugen todavía en las ciudades de innumerables talleres.»

Entre los poetas de la nueva escuela, algunos se han creado ya un nombre ilustre. Banville d'Hostel, sin tener nada de académico, es sobrio y correcto; es el más clásico de los aristócratas; ha viajado mucho y ha formado su espíritu iniciándole en todas las formas de la belleza; es el poeta de la acción interior, y canta las esperanzas y las miserias estoicamente soportadas, el para qué de la vida, donde va y donde nos lleva. *El elegido*, *Epitafio frío*, *La balada del pobre*, *El santo* y *La Carmelita* son los más típicos de sus poemas filosóficos.

Gabriel Tristán Franconi es el contraste de Banville d'Hostel: es un visionario tumultuoso que se expresa como siente, con absoluta independencia y libertad. Jamás ha salido de París, y la vida se ha encargado de educarle. Le encantan todas las suntuosidades literarias, y su poesía salvaje está llena de imágenes originales y sutiles. Ha cantado la vida de los andrajosos, sus rebeliones y sus sueños, pero magnificándolos; sus poesías están llenas de sonidos, perfumes y colores, y tienen cierto encanto exótico, como si estuvieran escritas por un oriental. *Mnais*, *El vino claro*, *La Quimera*, *El carpintero*, nos dan la impresión de un poeta casi bíblico, aunque fiel al paisaje parisino.

Jorge Héctor Mai es otro visionario muy original: ve, ama y canta la vida presente, el esfuerzo humano, los cielos de taller, los mecanismos prodigiosos de la industria moderna, mezclando sin cesar el sueño y la vida, y tratando de entrever el mundo de mañana. Los *Cuentos de los tiempos futuros* son de inspiración proletaria; *La banda de los pies negros y de las bocas torcidas* es un doloroso relato de zahurda; *Las innúmeras calles* describen el tormento y la miseria de las ciudades; *La velada de las armas*, *Los lobos*, *La alegría*, *El llamamiento de los héroes*, son gritos de rebelión y de protesta contra el

martirio de los sacrificados. Jorge Héctor Mai es de los más resueltos á «descubrir la vida».

Bernardo Marcotte es altivo y voluntarioso. Espíritu pesimista, preocupado con la idea de la muerte, canta sus nobles símbolos en versos límpidos, y ocupa en el grupo un puesto aparte, siendo sus poemas más estimados *Las tumbas*, *La estatua* y *Los comediantes*. Andrés Colomer ve la vida en sus choques y en sus barullos, en su evolución incesante; y quiere, al describir la miseria de los harapientos, hacerles comprender lo que hay de bello en sus rebeliones; para el apostolado que se ha impuesto, le ha sido preciso romper el molde ordinario del verso, y sus poemas *En lo alto de la torre* y *En lo bajo de la torre* están en versos libres; en las *Pordioserías heroicas* ó en la *Charlatana de las cloacas* emplea el lenguaje popular de los golfos, que no deja de ser pintoresco; sus teorías de arte están expuestas en *¡Abajo los muertos!*, donde flagela sin compasión á los estetas, que vuelven la espalda á la naturaleza y á la vida.

No se crea por lo dicho que la nueva escuela se limite á la poesía; se extiende á toda la literatura, la filosofía, la estética, la crítica, la sociología, el periodismo. Aspira á ejercer su acción sobre el gran público, y tiene al efecto un periódico, órgano del grupo, *La boca de hierro*. Y aun no contentos con este campo de acción, abarcan también el de todas las demás artes, y cuentan con entusiastas visionarios en pintura, en escultura, en arquitectura y en música, invadiendo de este modo todos los dominios del arte y de la acción humana.

Se trata, pues, de una literatura de voluntad, de energía, de acción francamente social; *La Feria de las Quimeras*, órgano literario del visionismo, no tiene director, ni redactor-jefe, ni secretario de redacción; sus fundadores la dirigen en colaboración, y todos ejercen allí funciones de redactores y de críticos. Y lo más original del caso ha sido el lanzamiento de la revista; los fundadores se proveyeron en la Prefectura de las licencias necesarias, y salieron gritando su periódico por las

calles, siendo inútil decir que se agotó en seguida la tirada.

Estos poetas visionarios, á pesar de su nombre, son gente práctica; lejos de vivir en el aislamiento en sus torres de marfil, como los simbolistas, se reúnen varias veces por semana, y su círculo está siempre abierto á todos los que tienen algo que decir. Para reclutar adhesiones, practican el reclutamiento por décadas, de modo que cada miembro del grupo se encarga de reclutar diez adhesiones, cada una de las cuales supone en principio otras diez. De este modo, su acción se ensancha extraordinariamente, y no sólo se extiende á las provincias de Francia, sino al extranjero. Además de los periódicos, órganos del grupo, se valen para su propaganda y para la difusión de sus ideas, de conferencias y conversaciones, espectáculos populares, conciertos, exposiciones y festivales. Su acción moral práctica se ejerce además por medio de «visitas de bondad á los interiores sin alegría», nueva fórmula del ejercicio de la beneficencia domiciliaria.

Para que nada falte al nuevo grupo, tiene hasta el apoyo de Anatolio France, quien ha prestado su aprobación al movimiento, declarando que le parece muy bien la constitución del grupo; pero que todavía le agrada más el propósito que tiene de interesar al pueblo por las cosas del arte; «hace mucho tiempo que los jóvenes se encaminan hacia el pueblo para hablarle, y han tenido que pararse en el camino; el pueblo no los ha visto». ¿Los verá ahora? De temer es que no, pero no por eso es menos laudable el intento de los visionarios.

PSICOLOGÍA INFANTIL

LA CONCIENCIA DEL NIÑO.—Dice Neera, en la *Nuova Antologia*, que estando un dia á orillas de uno de los hermosos lagos italianos, oyó la voz de un niño oculto entre las yerbas, que gritaba sin que nadie le respondiese: «¡Mamá! ¡Mamá!» Al fin, una voz, saliendo del piso alto de una casa, contestó al niño;

pero ¿qué respuesta dió á sus gritos? La misma que se atribuye á Cambronne cuando le intimaron que se rindiese... Neera sintió agudísimo dolor: algo había sido ultrajado en ella misma, á través de la inocencia del niño, algo que es lo más sagrado que tenemos cada uno: la dignidad humana.

No son ciertamente las caricias las que faltan á nuestros niños. En el concepto materialista que se tiene de la felicidad, todo lo que puede contribuir á la mejora de lo externo, trajes, comidas, instrucción precoz y pasatiempos deleitables, todo se prodiga á los niños; y es que en general se los quiere, pero no se los respeta. La palabra grosera de Cambronne se escapa de los labios de padres que suelen estar bien educados, á poco que pierdan el dominio de sí mismos. Y no basta querer á un niño, si se olvida un solo instante que en las tinieblas de su conciencia ignara, nosotros representamos el faro.

En las familias de hogaño, el niño no oye hablar más que de dinero. «Fulano es ó no es rico; se necesita mucho dinero para vivir bien; el que gana mucho dinero es un buen partido; las chicas se casan si tienen buen dote. ¡Oh, qué hermoso es ser rico! ¡Si nos cayese el premio gordo!» Ese monstruo del dinero se apodera con sus mil tentáculos del alma de nuestros niños, y les hace formar un concepto de la vida que rara vez les permite orientarse hacia idealidades superiores.

Lo segundo que aprende el niño es la maledicencia: la amistad es una mentira; la virtud una hipocresía; el idealismo una extravagancia; todos los maestros son ignorantes, los ministros bribones, las señoras zorras, los hombres imbéciles. Así la ironía precede á la experiencia, y eso es un mal, porque hay que respetar en el alma del niño las ilusiones, que sólo el viento y las tempestades de la vida tienen el derecho de herir y de abatir.

La pornografía es otra mácula que hasta en el seno de las familias más honestas se introduce sin sentir, con el cuento, con la anécdota, con las alusiones: es difícil renunciar al placer de hacer reír á los comensales con un chiste verde. A veces,

ni aun necesita revestir esa forma; es un suceso del día, una gacetilla, el relato de una crónica vulgar, un hurto, una venganza, la descripción minuciosa de una operación quirúrgica, sombras negras todas que en la delicada película de la conciencia infantil dejan siempre su mancha.

Se dice que el niño no comprende, y es un error: el niño comprende siempre, lo comprende todo, aunque á veces comprenda al revés, y es peor. Si no comprende claramente el hecho, le queda la impresión de que papá y mamá han hablado de cosas feas, que se han reído de cosas que quieren ocultar, y la confianza del niño en el papá y en la mamá se va irremediablemente. El faro, en vez de dar luz, da humo.

El niño es un juez terrible: su conciencia pura va derecha al bien y al mal, sin atenuaciones ni términos medios. Hay muchos padres que precian que el niño sólo tiene deberes. No: el niño tiene también derechos: los derechos sacrosantos de su inocencia, de su credulidad, de su debilidad. Procrear es cosa de todos los animales; educar es propio del hombre, y no se educa ni se dirige á nadie si no sabe uno educarse y dirigirse á sí mismo. El desastroso concepto de la igualdad nos induce al error de creer que debemos hablar y obrar en presencia de nuestros hijos como hablamos y obramos ante nuestros amigos y compañeros, cuando es necesario hablar y obrar de modo que su inocencia no sea mancillada. Y esto no es hipocresía, es respeto, es deber.

La hereditariad y la imitación son dos temas que los padres deben estudiar constantemente, y por ende corregirse á sí mismos para educar á los demás; presentarse en forma de ejemplo lo más perfecto posible, en vista de las copias que quieran obtener. Hace ya diez y siete siglos que un gran conocedor de los hombres dejó escrito: «En aquella edad (era niño) me divertía en jugar, y los que hacían lo mismo que yo me castigaban por ello; pero las ligerezas de los hombres se llaman negocios, y las de los niños son por los mismos hombres castigadas.» En diez y siete siglos no hemos cambiado mucho.

Y si de la familia pasamos á la escuela, las observaciones no son más consoladoras: el nivel moral está muy bajo, faltando en casi todas ellas el soplo ideal, el fuego que transforma la pasta indigesta del saber en el pan maravilloso que nutre el alma. Empezando por los libros de lectura que andan entre manos de nuestros niños, y aparte de contadísimas excepciones, ¡qué miseria de contenido educativo! Para conmover, no saben más que mostrar al pobrecito de costumbre vestido con harapos, y para hacer reír, no encuentran sino trivialidades de Bertoldino y Cacaseno.

¿Los maestros? ¿Y qué se quiere de los maestros? ¿Quién se ha cuidado jamás de pedir á un maestro la prueba de su educación, de su moralidad, de su elevación de miras? El maestro es un pobre diablo, que hace de maestro como habría hecho de capataz ó de empleado, para ocupar un puesto que le asegure el pan para la vejez. Suprimida la perspectiva de la pensión, la mitad de los concurrentes desertarían de sus clases. Aparte de esto, ¿no viene el maestro de una familia? Y si no ha tenido en su casa ejemplos de nobleza, si no ha crecido en una atmósfera sana, ¿qué puede esperarse de él? ¿Cómo podrá educar si no fué educado?

Observemos el hecho de que nuestros hijos, criados en un ambiente puro, cuando se han acostumbrado á la escuela, se transforman ante nuestros ojos maravillados é inquietos, brotando de sus labios inocentes palabras desagradables, y ejecutando actos ó haciendo gestos ó exponiendo ideas que nunca hubiéramos querido hallar en ellos. Entonces sentimos que multitud de invisibles enemigos está asediando á nuestras criaturas, y estrechándolas contra nuestro pecho, temblamos por ellas. Sólo cuando de las familias más ilustradas y más resueltas á cumplir todos sus deberes salgan hombres puros, tendremos la escuela educadora; entonces y sólo entonces.

HISTORIA

EL MARTIRIO DE POLONIA.—Enrique Welschinger, del Instituto de Francia, expone en la *Revue Hebdomadaire* los procedimientos á que apelan los alemanes en Polonia para extirpar la lengua del país y para llegar á su asimilación, sin lograrlo. Notas auténticas é indiscutibles prueban que las violencias empleadas con tal objeto son más atroces todavía de lo que podía creerse. Á las injurias, á los insultos, á los ultrajes de todo género, á las amenazas, á la pérdida de puestos y de clases, á las expulsiones, á los encierros y á las multas, á la privación de alimentos, á los internados en casas de corrección, como si se tratara de criminales precoces; á los golpes de junco aplicados en los pies desnudos, agregan los maestros alemanes, para vencer la resistencia heroica de miles de niños resueltos á sufrir todos los tormentos antes que hablar la lengua de sus verdugos, los puñetazos y los puntapiés en pleno rostro, el arranque á puñados de los cabellos, y hasta las quemaduras hechas con ganchos de hierro ó con badilas enrojecidas al fuego.

Los documentos que tiene á la vista Welschinger demuestran que los maestros, furiosos por las respuestas que los niños les dan en polaco, se entregan á todas las sevicias, atormentando tan cruelmente á los alumnos, que éstos, literalmente cubiertos de golpes ó pateados, pierden conocimiento, y quedan luego atacados de temblores nerviosos que les quitan toda posibilidad de trabajar. Los procesos verbales de esas violencias hacen estremecer; aquí son magulladuras en las manos, de tal modo fuertes, que las víctimas no pueden cerrarlas; allá son bastonazos, silletazos, puntapiés en la cabeza, en los hombros, en los brazos, en el pecho, en el vientre y en las piernas; aquí son orejas arrancadas de cuajo por aquellos bárbaros, que levantan del suelo á las pobres criaturas por las orejas y se quedan con ellas en las manos, ó desviaciones del rostro cuando les tiran por las narices; allá ojos acardenalados, barbas hundidas, labios desgarrados.

Entre los niños maltratados de tal modo, unos sufren escalofríos, y lanzan gritos horrorosos en cuanto se les nombra á sus verdugos; otros se ocultan bajo las mesas ó saltan por las ventanas, dejando huellas de su paso por la sangre que mana de sus heridas; éstos se ven obligados á hacer cama sin poder dormir, por su espanto ó sus dolores; aquéllos se ocultan en cualquier escondite para que no les hagan ir á la escuela; otros, y son la mayoría, resisten heroicamente y sufren los golpes como verdaderos mártires; pero algunos son atacados de afecciones graves, vomitando sangre ó muriendo de inflamación cerebral.

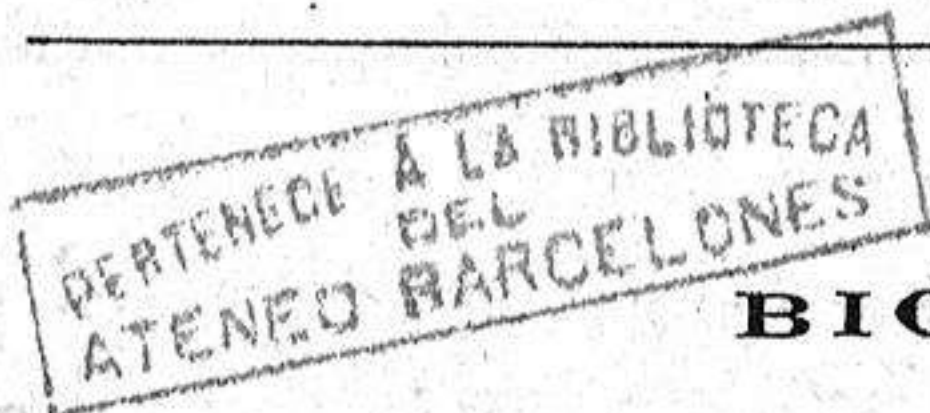
Los niños oyen á cada instante gritar á sus verdugos: *Eure Eltern sind dumm!* (vuestrós padres son estúpidos) «¡Aquí moriréis!» «¡Iréis al cielo si habláis alemán, si no os convertiréis en demonios!» El maestro Piechota, de Mickowo, que había desgarrado las espaldas y los hombros á una niña de diez años y la había arrastrado por la trenza dándole puntapiés, decía á los niños espantados: «¡Ay de vosotros como lo contéis en vuestras casas!» El maestro de Rakow decía á los niños que le daban los buenos días en polaco, diciendo «¡Alabado sea Jesucristo!», «Así podéis saludar á los marranos, pero no á mí.» Otro en Malo-Wyroka, disparaba en plena clase su revólver para espantar á los chicos, hasta el punto de que una niña cayó enferma de terror.

Si los padres se quejan á los gendarmes, éstos responden que «no está tan mal eso». Los que quieren defender por sí mismos á sus hijos ó vengarse de los miserables que se atreven á maltratarlos, son condenados á multa y á cárcel. Si los hijos persisten en hablar polaco, los agobian á multas, y si son funcionarios, quedan cesantes. Y como á pesar de toda esta persecución, Prusia no obtiene los resultados que apetece, se amenaza ahora con la expropiación forzosa á los polacos que se resistan. Tras la supresión de la lengua polaca, se quiere ahora conquistar por la fuerza el suelo de Polonia.

El gobierno prusiano había tenido desde el principio la

idea de ahogar la población eslava por la germánica; impulsado por los hakatistas, los enemigos más feroces de los polacos, había creado una comisión de colonización para comprar tierras en Polonia y crear así núcleos alemanes; así había llegado á comprar más de 200.000 hectáreas en Posnania y Prusia occidental, tendiendo á cortar la comunicación de los polacos prusianos con los rusos. Los polacos organizaron la resistencia, y á sus compras contestaron con recompras, á su Banco de Estado con Bancos particulares, á su Liga con Sociedades de parcelamiento, á su avidez con tentaciones hábiles, de tal modo, que terrenos germanizados fueron revendidos á polacos por los alemanes mismos. Los hakatistas, furiosos por esta hábil resistencia, lograron prohibir á los polacos que se establecieran en ciertos distritos; pero á pesar de la prohibición, los polacos seguían comprando terrenos. De ahí la idea de la expropiación forzosa, como último recurso para llegar á la germanización del país.

El general Liebert ha repetido el 27 de Septiembre de 1907, la frase atribuída al príncipe de Bismarck: «La Fuerza vence al Derecho.» Pero Welschinger intenta probar que, á despecho de todas las amenazas y de todas las violencias, el Derecho vencerá á la Fuerza. ¿Qué es, en efecto, el Derecho? El fundamento mismo de la Justicia. ¿Y qué es la Fuerza, que en lugar de ponerse al servicio del Derecho, pretende dominarlo? La iniquidad brutal. ¿Qué es la preponderancia de la Fuerza sobre el Derecho? El signo de la barbarie. ¿Qué puede la fuerza sobre la materia, sobre el cuerpo? Todo. ¿Qué puede sobre el espíritu, sobre la conciencia? Nada. ¿Qué es la causa del Derecho? La causa de la Humanidad. «Niego, pues—concluye diciendo,—la supremacía de la fuerza sobre el alma, sobre la inteligencia, sobre la razón, sobre lo justo y lo verdadero; y estoy en eso de acuerdo con el hombre que más ha abusado de su omnipotencia, con Napoleón, que, repasando los actos de la vida, ha dicho: «Lo que más me choca en el mundo, es la impotencia de la fuerza.»



BIOGRAFÍA

TALLEYRAND EN EL RETIRO.—Se conoce á Talleyrand, obispo; á Talleyrand, diputado de la Constituyente; á Talleyrand, diplomático, gran chambelán, ministro, jefe del Gobierno provisional; á Talleyrand, en fin, hombre de corte y hombre de Estado; pero Talleyrand, hombre privado, es poco conocido. Y este curioso aspecto, es el que Bernardo de Lacombe, con ayuda especialmente de los documentos que sobre su ilustre penitente reunió el obispo de Orleans, monseñor Dupanloup, y que éste legó al padre de Lacombe, intenta presentar á los lectores de la *Revue Hebdomadaire*.

Jamás, salvo acaso en la época del Congreso de Viena, fué más firme ni más elevada la situación de Talleyrand que en el otoño de 1834 cuando decidió abandonar la vida pública. Embajador en Londres de Luis Felipe, había obtenido para la monarquía de Julio derecho de ciudadanía en Europa; su sueño de joven, cuando en 1786 era simple cura de Perigord, se veía realizado con la aproximación política de Francia é Inglaterra; gracias á él, había sido reconocida la independencia de Bélgica, salvaguardia de la frontera del Norte; y acababa de firmarse, merced á su intervención, la cuádruple alianza entre Francia, Inglaterra, España y Portugal para oponer la unión del Occidente á la del Norte en favor de la causa constitucional en el continente. En pleno éxito, pues, es cuando presentó su petición de retiro, diciendo para apoyarla: «Mi mucha edad, las enfermedades, que son su natural consecuencia, el descanso que aconseja, los pensamientos que sugiere, hacen mi deseo bien sencillo, lo justifican demasiado y hasta hacen de él un deber.»

En París, para quien goza de la gloria, no pueden existir retiros ni silencios. Así es que en el famoso entresuelo de la calle de San Florentín, Talleyrand, sin buscarla, tenía su corte. Sentado en un gran sillón imponente, que parecía un trono,

con la cabeza inclinada, los labios apretados en una mueca y los párpados medio cerrados sobre sus ojos grises, el príncipe recibía varias veces por semana. No había un político, ni un diplomático, ni un extranjero que pasara por París que no tuviera empeño en franquear la puerta del célebre salón. Su sobrina, aquella atractiva duquesa de Dino, tan llena de encanto, de talento y de alma, hacía los honores. El, de ordinario, hablaba poco; pero cuando entraba alguna visita de su gusto, hallaba para acogerla todas las gracias que medio siglo atrás habían conquistado su reputación al cura de Perigord. Otras veces, á las cinco, daba una de aquellas comidas que habían hecho famoso el nombre de su cocinero. Otras veces, cuando su salud se lo permitía, se olvidaba de que se había retirado del mundo, y se despertaba su actividad para derribar al duque de Broglie ó para encumbrar á Thiers.

En las Tullerías, visitando al rey Luis Felipe ó á su hermana Adelaida, su paso era seguido por todas las miradas: derecho, con la cabeza alta, la nariz remangada insolentemente, el rostro medio ahogado entre la enorme cabellera y la gigantesca corbata del tiempo, el cuerpo flotando en el amplio traje, con el gran cordón, un escupido en el revés de la casaca, la mano izquierda sosteniendo el molesto sombrero de copa, y la derecha apoyada como en un cetro sobre el grueso bastón de pico, avanzaba por el salón, y el rey le salía al encuentro afectuosamente.

A veces sentía la necesidad del silencio, y entonces mandaba enganchar, y se iba con su sobrina Paulina á los barrios antiguos, como si buscara la sombra del pasado. Y en el arrabal de Santiago mostraba á su compañera la casa en que había estado hasta los cuatro años con su nodriza, y donde había tenido aquella desgraciada caída desde lo alto de una cómoda que le había dejado cojo, y que tanto había pesado sobre su vida; ó se detenía ante el liceo de San Luis, el antiguo colegio de Harcourt, donde había estudiado; ó se dirigía á Nuestra Señora, y ante las ruinas del arzobispado, contaba anécdotas

sobre su tío el cardenal Tayllerand-Perigord; ó bien se sentía atraído, y era lo más frecuente, hacia San Sulpicio, y rondaba sin hablar por aquellas callejuelas: la calle Garancièrre, donde había nacido; la calle Ferou, á la que daba la ventana de su celda de seminarista. Una tarde entró con Paulina en la iglesia; permaneció mudo y pensativo, y luego dijo: «Aquí me bautizaron», y siguió callado.

La mayor parte del tiempo la pasaba, sin embargo, entre Rochecotte y Valençay. El primero era una hermosa quinta de Turena, propiedad de la duquesa de Dino; el segundo era su castillo señorial, con fosos y torres, arcadas y galerías, serio y grandioso, medio fortaleza, medio convento. Allí era donde Napoleón había internado, tras el *guet apens* (dejo la palabra misma empleada por Lacombe) de Bayona, á los príncipes de España; gracias á Tayllerand, el viejo castillo berri-chon no había sido una cárcel; como por arte de magia, la severa residencia se había trocado en un retiro amable y sonriente, en el que los reales huéspedes se complacían (1) contemplando la bandera roja y gualda, enarbolada en la torre del homenaje para hacerles creer que estaban allí en un pedazo de tierra española.

Talleyrand llevaba en Valençay la vida de un ricacho le-rrichou. El régimen que le convenía era el de levantarse tarde, dar largos paseos por las alamedas del parque, en el fondo de un sillón empujado por su criado, ó en coche á través del bosque; tomar á la vuelta un bizcocho en una copita de Madera, sentarse con los vecinos á una mesa de whist, pasar unas horas sumido en sus recuerdos en el silencio de su cuarto,

(1) Y tanto que se complacían. Como que Fernando VII escribía desde allí aquella carta famosa que obra en los archivos de la casa de Fernán-Núñez, y que decía así: «Estoy aquí muy divertido; he aprendido á tocar el flageolet, que es una especie de gaita, y lo paso muy bien.» ¡Y entretanto los españoles vertían su sangre por aquel hombre en aquella serie de campañas que formaron la gloriosa epopeya de nuestra guerra de la Independencia, para rescatarle el trono perdido!

redactando sus memorias ó leyendo. «Leer, decía, es mucho más dulce, más perezoso, que escribir.»

Talleyrand leía especialmente los clásicos del siglo xvii, y su flaco era Bossuet. Cuando asistía los domingos á la misa del castillo, siempre llevaba las *Oraciones fúnebres* ó el *Discurso sobre la Historia Universal*, apreciando por igual la majestad del pensamiento y la magnificencia del estilo. En una carta al abate Dupanloup, la duquesa de Dino relata con este motivo un rasgo muy curioso: «Un día—dice,—en el verano de 1835, mi tío me hizo llamar; le encontré en su habitación leyendo.—Ven—me dijo,—quiero enseñarte de qué modo hay que hablar de los misterios; lee, lee en voz alta, y lee lentamente.—Y yo leí lo siguiente: «el año cuatro mil del mundo, Jesucristo, hijo de Abraham en el tiempo, hijo de Dios en la eternidad, nació de una Virgen».—Aprende ese pasaje de memoria—me dijo mi tío,—y observa con qué autoridad, con qué sencillez, se encierran todos los misterios en tan breves líneas; así, y sólo así, conviene hablar de las cosas santas. Se imponen, pero no se explican, y eso solo las hace aceptar; cualquiera otra forma no vale nada, porque la duda surge donde la autoridad falta; y la autoridad, la tradición, el maestro, no se revelan suficientemente sino en la Iglesia católica.»

De cuando en cuando algunas visitas llevaban á Valençay algo de aire de fuera. Pero más que las visitas, rompían la monotonía de aquellos días menudos sucesos, entre los que sobresalían las fiestas de San Mauricio y de San Carlos, que recordaban á Talleyrand sus impresiones de infancia. San Carlos sobre todo era celebrado con toda solemnidad: Misa en la capilla del castillo, ramos y cumplimientos de los chicos de la escuela, y gran banquete para los pobres. Paulinap residía, el príncipe aparecía á los postres, y todos los pobres llevaban un vestido nuevo para el invierno.

Talleyrand había entrado de lleno en su papel de castellano; los curas del Berry se asombraban de que tan gran personaje diera por sí mismo órdenes á sus jardineros, vigilase á sus

albañiles ó discutiese con sus colonos sobre sus arrendamientos. Su solicitud se extendía hasta los asuntos del pueblo; compraba una casa para convertirla en Ayuntamiento; llamaba á las Hermanas de San Andrés para fundar una escuela de niñas; organizaba para los pobres distribuciones de pan, leña, ropa blanca y dinero; y en 1836 hizo levantar el campanario de la iglesia, derruido por los bárbaros durante el Terror. De tal modo le preocupaban sus deberes de castellano, que, en 1837, estando en Fontainebleau para el matrimonio del duque de Orleans, colmado de atenciones por la corte, alojado en las magníficas habitaciones de la señora de Maintenon y gozando de todos los homenajes, supo que el arzobispo de Bourges, Villele, iba á pasar por Valençay en visita pastoral de confirmación. Sin hacer caso de las invitaciones del rey á las grandes fiestas de la inauguración del Museo de Versailles, mandó preparar su coche, y salió disparado para su castillo con su inseparable Paulina, á fin de llegar á tiempo de recibir dignamente al arzobispo.

Paulina de Perigord, la futura marquesa de Castellane, nacida en 1820, era la mimada de Talleyrand, que la llamaba el ángel de la casa. Y lo era realmente, por su alma límpida y radiante, su incomparable gracia, su talento y la elevación de su espíritu. Ella lo llenaba todo, y cuando faltaba, su tío encontraba la casa inmensa y como vacía; para distraerse la escribía, y sus cartas, llenas de ternura, reflejan perfectamente el estado de su ánimo, y en ellas se encuentran, mezcladas con asuntos personales, recuerdos y anécdotas curiosas. Así, en una de Aquisgram dice: «Creo que estas aguas me están bien. He vuelto á la catedral y me han recordado que Napoleón estuvo en ella en 1805; la tumba está en medio de la iglesia, y no tiene más inscripción que el nombre *Carlomagno*. Las personas que iban delante del emperador pisaban la lápida sin fijarse; pero el emperador gritó en alta voz: «¡Dad la vuelta!»—Y él mismo la dió, para no pisar el sepulcro de aquel gran hombre; aquella señal de respeto hizo gran impresión en todos los presentes.»

Una noche de verano, Jorge Sand, que había ido á Valençay á meditar á la claridad de la luna, se preguntaba, mirando al castillo, qué pasaría detrás de aquella sombría fachada; y como su imaginación era fecunda, imaginó cuanto quiso, cosas horribles. Si Jorge Sand hubiera tenido la facultad de ver á través de los muros, se hubiera quedado sorprendido al encontrarse con que el Príncipe, en sus noches de insomnio, y á falta de compañeros para jugar al whist, se entretenía sencillamente en escribir. Escribía cartas, fragmentos de memorias, su testamento político, y, sobre todo, al correr de la pluma, pensamientos, no indignos de figurar al lado de las máximas de La Rochefoucauld. He aquí algunos de todas clases:

«La opinión, que es una intervención inútil, es guía peligroso para los gobiernos.»

«Cuanto más móvil es el espíritu de un pueblo, más deben observarse sus formas de gobierno.»

«La envidia, principio de la Revolución francesa, ha tomado la máscara de una igualdad irrisoria, paseando su insultante nivel por todas las cabezas para destruir esas inocentes superioridades establecidas por las distinciones sociales.»

«El tiempo tiene, para modificarlo todo, secretos que ni el mismo genio encuentra.»

«Un ministerio que se sostiene es un ministerio que cae.»

«Toda medida que no es necesaria, es imprudente.»

«Los financieros sólo hacen bien sus negocios cuando los Estados los hacen mal.»

«Perdono á las gentes que no sean de mi opinión; pero no puedo perdonarles que no sean de la suya.»

«Frecuentemente veo escrito *la pasión de las flores*; eso es un contrasentido. Debería decirse el gusto de las flores, porque ¿cómo llamar pasión á un gusto inocente, propio sólo de un alma tranquila?»

«La salud es como la conciencia, que lleva una cuenta severa de todo.»

«Cuando se tiene demasiada severidad ó demasiada indul-

gencia, se expone uno á tratar las debilidades como crímenes y los crímenes como debilidades.»

«Admirar siempre con moderación es señal de espíritu mediano» (1).

El aniversario de su nacimiento en 1837 le inspiró esta especie de autobiografía ó examen de conciencia: «2 de Febrero de 1837. ¡He ahí ochenta y tres años pasados! No sé si estoy satisfecho cuando recapitulo cómo han transcurrido tantos años y cómo los he llevado. ¡Qué de agitaciones inútiles! ¡Qué de tentativas infructuosas, de complicaciones enojosas, de emociones exageradas, de fuerzas gastadas, de dones derrochados, de malevolencias inspiradas, de equilibrio perdido, de ilusiones destruídas, de gustos agotados! ¿Qué resultado al fin? El de la fatiga moral y física, desaliento completo respecto al porvenir y profundo disgusto del pasado. Hay muchas personas que tienen el dón ó la insuficiencia de no enterarse nunca de sí mismas. Yo tengo demasiado la desgracia ó la superioridad contraria, y aumenta con la seriedad que dan los años.»

Su consuelo eran los libros: «Tengo muchos libros—escribía,—y eso me da medios bastantes para pasar agradablemente el tiempo.»

CRÍTICA

LA DEFORMACIÓN AMERICANA DEL CASTELLANO.—Sin comentarios apenas, pues requeriría un largo estudio fuera de las proporciones corrientes en este linaje de trabajos, damos á continuación una escena de la obra *Moneda falsa*, de Florencio Sánchez, que ha sido representada con éxito en Buenos Aires, según los *Archivos de Psiquiatría*. La obra es del género gol-fesco y tabernario, y en ella figuran un italiano, Gamberoni; otro, Pedrín, que finge serlo para darle el timo, y varios tipos

(1) Este pensamiento no es de Talleyrand, pues antes que él lo escribió, casi en idéntica forma, Vauvenargues.

de la golfería bonaerense, que se ingenian para birlar los cuartos al italiano. Carmen es la encargada del despacho en la taberna, que está enredada con el protagonista, Moneda falsa, un desdichado que casi sin comerlo ni beberlo, se halla siempre metido en líos de robos, y que no tiene fuerza de voluntad ni para meterse á ladrón de veras, ni para decidirse á ser hombre honrado.

Lo notable de la obra es el lenguaje, tomado de la realidad, y que constituye un verdadero documento filológico, en el que se ve perfectamente el trabajo de evolución á que nuestra lengua se halla sometida en la Argentina, ya por el desgaste natural y normal que la imponen las influencias étnicas, ya por la introducción de elementos exóticos, unos procedentes del habla indígena, otros del contacto con el extranjero y otros del argot propio de la gente maleante que representa los principales papeles del drama.

He aquí un par de escenas, la VI y VII, del primer acto de *Moneda falsa*:

ESCENA VI

Vasquito.—Buenas tardes.

Carmen.—Buenas.

Vasquito.—¿No compra nada hoy?

Carmen.—¡Andá! ¡Tenés una «yeta»!

Vasquito.—También usted quiere sacar en todas. Vea qué decena tengo en esta jugada. (*Saca unos billetes de lotería y se los enseña, diciéndole en voz baja:*) Piabe está en cana.

Carmen.—(*Con sorpresa.*) ¡Qué!... ¿cómo sabés?...

Moneda.—(*Idem.*) ¿Ande lo encanaron?

Vasquito.—En la casa.

Moneda.—¡Pucha digo, que son!...

Lungo.—(*Que estaba observando la escena, acercándose.*)
¿Novedad?

Vasquito.—¡Yo pianto! Piabe en cana.

Lungo.—¡Y bueno; ese no bate!...

Vasquito.—¡No sabés!... Y hay mayorengo en puerta. Yo pianto, te digo.

Lungo.—¿Y lo vamos á dejar al gil así no más? Vos no piantás ¿sabés?

Vasquito.—Mirá que tengo pase. ¡Y si me lo quitan!...

Moneda.—¡Chá que son!... ¡Déjalo que se vaya! ¡Piantemos todos, hombre!... ¡Pucha!...

Batifondo.—¡Ché, Vasquito!... Atendé un momento. Tenés el extracto de la pasada. Sos muy yetudo. Si no saqué no te compro más.

Lungo.—(Al Vasquito obligándolo.) Andá, sacá el cartel. ¡No seas otario!...

Vasquito.—¡Ahí lo tiene; revise con tranquilidad!...

Batifondo.—Avisá si estás escabio. (Saca un billete de lotería y revisa prolijamente el extracto.)

Gamberoni.—(A Pedrín.) E bene. Questo de la lotteria mi pare una immoralità; una vera immoralità. ¿Parlo bene ó parlo male?

Pedrín.—Parlate bene. Ma di cuando in cuando si puó giocare cinque pessi. Ma ahora mi ricordo que tengo in tasca un biglietto da cinquanta mila e non lo ho visto ancora, per mancanza di tempo.

Gamberoni.—¡Oh! c'e tempo. ¡Hay tre mesi!...

Batifondo.—No dije: ni medio. (Al Vasquito.) Avisá si sos presidente. (A Pedrín.) ¿Usted quiere ver el extracto, dice?.. Tiene número. Diga que número. Traiga.

Pedrín.—Scusi. Ma...

Batifondo.—¡Ché, que sos desconfiao! ¡Velo vos si querés!

Pedrín.—Io non posso. Non so leggere. Ma scusi, il mio paisano...

Batifondo.—¡Salí de ahí! ¡Desconfiao!... Ché, Gamberoni... mirale el billete á tu paisano.

Gamberoni.—¡Come no! Vediamo. (Revisando.) Cinque mila trecento trentuno... Cinque mila... Cinque mila cento... Cinque mila trecento... (Sorprendido.) ¡Guarda!... ¡guarda!...

¡Eh, paisano, Evviva Italia!... Padrona... Un'altra voerta, qui paga il mio paisano...

Pedrin.—¡Cosa avete! ¡cosa avete!...

Gamberoni.—Siete un cane... ¡Cinquecento pessi!... Madonna... ¡Pezzo d'un asino!... Cinquecento...

Lungo.—¿Y qué vas á hacer con tanta plata, gringo? ¡Te vas á Italia!

Pedrin.—¿Ma cosa dite?

Batifondo.—Que te has sacao quinientos pesos. (*Acentuando lo dicho.*) Cinquecento pessi en la lotería.

Pedrin.—¡Oh, cristo!... ¿Davvero?...

Gamberoni.—¡Ma si! ¡Ma si!... ¡Madronna, che siete un asino!... Vedi... (*Mostrándole el extracto.*)

Pedrin.—Ma io non so leggere...

Gamberoni.—Te lo dico io, Gamberoni, ¡e basta!

Pedrin.—Ma cosa faccio io pon questo número.

Batifondo.—Lo cobrás. En cualquier agencia. ¿Vos tenés con qué pagarle, Vasquito?

Vasquito.—¡Avisá!

Pedrin.—Ma io non conosco la città é debbo andare via adesso.

Lungo.—(*Para que oiga Gamberoni.*) Pucha, italiano ota-rio... ¡Si yo tuviera!... ¡A ver, á ver!...

A mí no me alcanza, no tengo más que catorce pesos... (*A Gamberoni.*) Ché, Napoleón...

Gamberoni.—¡Chichilo!...

Lungo.—Es lo mismo. ¿Tenés plata vos?

Gamberoni.—¿Per pagare questo?...

Lungo.—(*Llamándole aparte.*) Permitime una parola.

Gamberoni.—(*A los del grupo.*) Un momento. (*Apartándose.*) Cosa volete.

Lungo.—Mirá. ¿Cuánto tenés?...

Gamberoni.—Eh... cento cinquanta pessi.

Lungo.—Bueno, ¿sabés lo que hacés?... Este gringo es muy zonzo. Se conformará con lo que le den. ¿Me comprendés?...

Gamberoni. — (*Regocijándose.*) ¡Guarda, guarda!... ¡come sono furbi i creolli! Madonna...

Lungo. — (*Guiñándole el ojo.*) Vos le mandás el resto después... á Gálvez...

Gamberoni. — E una bella idea...

Lungo. — Claro que sí. Es un servicio que le hacés á tu paisano...

Gamberoni. — (*Resuelto.*) E bene (*A Pedrín.*) ¡O paisano! Tu siete da Gálvez. ¿L'amico del mio amico D'Andrea?...

Pedrín. — Certo.

Gamberoni. — Ti faró il servizio. Tu me dai lo número, e perché tu non pierda lo tiempo, io ti daró... ti daró... cento venti pesi.

Pedrín. — Bene. Grazie. Ma... ¿il resto?

Gamberoni. — Yo lo spedisco all'amico D'Andrea... á Gálvez...

Pedrín. — ¡Bravo! E'fatta.

Batifondo. — Mirá, Chichillo Gamberoni: ¿Por qué no le das el reloj en garantía?...

Gamberoni. — ¿Il mio orologio?...

Lungo. — (*A Batifondo.*) ¡Sos un angurriento!...

Gamberoni. — E bene. Prendete anque il mio orologio.

Pedrín. — Bravo. ¿Tu mi mandi il danaro á Gálvez é io ti spedisco subito l'orologio?

Gamberoni. — ¡Evviva l'armonía!

Pedrín. — ¡Viva!... Padrona, po pago tutto. Ho fatto il mio negozio...

Gamberoni. — ¡Bravo! ¡Un'alta bottiglia!

Pedrín. — ¡Oh, no! Bisogna che io prenda il treno. ¿Cuánto si deve?

Carmen. — Cinco pesos.

Pedrín. — (*Con gran generosidad.*) ¡Eccoli! (*Bajo.*) Me debés tres y medio, ¿eh?

Carmen. — ¡Andá, pelandrún!...

Gamberoni. — ¡E bene! andiamo tutti al Retiro col paisano.

Batifondo.—Eso es. Todos juntos.

Gamberoni.—Evviva l'armonía. (*Cantando.*) A casa, á casa, amici... Anche questo é di Gavallería... ¡La fatto udo italiano!... (*Salen; se oyen cantos y voces que se alejan.*)

ESCENA VII

Moneda.—(*Viéndolos salir.*) ¡Pucha digo como son!... (*Se sienta junto á una mesa. Pausa. Carmen lava las copas.*)

Carmen.—¿Tomás algo?

Moneda.—Dame un amaro.

Carmen.—(*Sirviéndole.*) ¿Se puede saber qué tenés?

Moneda.—¡Te he dicho que estoy muy aburrido!...

Carmen.—Andate al teatro.

Moneda.—Y muy estrilado...

Carmen.—Eso es otra cosa. ¿Qué te han hecho?

Moneda.—Nada.

Carmen.—¿Y entonces?

Moneda.—Estoy rabioso con esta vida. No puedo más.

Carmen.—Déjala, nadie te obliga.

Moneda.—Déjala, déjala. Eso se dice. Ya la dejé. ¿Qué hago ahora? ¿Pa qué sirvo?

Carmen.—Trabajá en otra cosa.

Moneda.—No sirvo más que pa cochero. Voy á sacar la libreta y me muestran el escracho: ¡L. C. Piantá de aquí!—¡Siquiera hubiese servido pa ladrón! Pero vos sabés que no tengo genio. ¿Qué papel estoy haciendo, entonces? De otario, de imbécil. Retratao por falsificador y ladrón, viviendo entre ladrones, perseguido por ladrón, batido y preso á cada rato por ladrón, y nunca he metido la mano en un bolsillo ajeno. Me muero de hambre, y si no fuera por vos habría matado de hambre á la pobre vieja (*como siempre*). ¡Pucha digo que es triste!... ¡No tener genio pa nada! Ni pa abrirles las tripas á todos esos que me dan asco, que me dan asco. ¡Asco, asco, asco!... (*Pausa.*)

E. M.—*Noviembre 1908.*

13

Ni siquiera pa irme de aquí tengo genio. Mirá: yo sé que si me fuera á otro país y nadie me persiguiera y no me topa-
ra con esos... ¡Pucha! ¡sería más decente!... y no me aburriría
tanto. Pero aquí, ¡qué querés que haga, si pa mí se ha hecho
el refrán de que cuando no estoy preso me andan buscando!...
¿Que tengo buena conducta, que me dan pase libre y empiezo
á vivir tranquilo? Pues ya ha de venir uno que me pida un
servicio. «Ché: campaneame ésto, guardame ésto ó haceme tal
cosa.» Y zás, complicado y en cana.

Carmen.—Vos tenés la culpa, por no haber hecho un es-
carmiento con los batidores...

Moneda.—Pero ¿no te digo que no tengo genio? Mirá, Car-
men: ¿querés hacer un favor á la patria? Yo sé que vos sos
buena y que me tenés ley.

Carmen.—Habla, hombre.

Moneda.—Vamos á escaparnos ¿querés?... ¡Vos también
estás aburrida!...

Carmen.—¡Y dónde vamos á ir?

Moneda.—Verás. Tengo un plan. Tu marido tiene plata.
Una noche de éstas le pegas un golpe grande y piantamos.
Agarramos un vapor y nos vamos al Brasil; allí hay mucha
libertad; nos vamos y ponemos una fonda, ¿sabés?, y trabajan-
do con juicio, tal vez en poco tiempo, nos volvemos personas
decentes.

Carmen.—¡Bien dicen que sos zonzo, hijo! Si nos agarran
antes, nos chupamos unos años de cana, y yo te voy á pre-
guntar...

Moneda.—Entonces piantemos sin robarle nada al otro.

Carmen.—¡Y después nos comemos las uñas!... Mirá, mu-
chacho: las cosas son como son y hay que dejarlas así, no más.
¿Vos estás aburrido? Bien. Hácete á un lado de esta vida, anda
con juicio, arrímate á alguna buena sombra, y ya verás cómo
con el tiempo la policía te olvida y empezás á ser hombre de-
cente.

Moneda.—¿Y vos?

Carmen.—¿Yo?... (*Con melancolía.*) ¿Qué he de hacer?

Moneda.—Es que lo que yo quiero pa mí, lo quiero pa vos, mi vida.

Carmen.—Pobre mi viejo. Qué tristeza, ¿verdad?

Moneda.—¡Pucha, digo, como somos!...

Carmen.—(*Resuelta.*) No te aflijás, negro. Hacé lo que te digo, y después veremos cómo se procede.

Moneda.—¡Ahora, sí! Van á ver lo que queda de Moneda falsa. ¡Ah!... Tomá estos billetes. Ya no circulo más. Falta uno. Fuí esta tarde á encajarlo á un agenciero de Palermo, pero el hombre empezó á mirarlo y agarró pa la calle. Este va á llamar al botón, dije yo, y pianté por los portones. ¡Con tal de que no traigan consecuencias!... Pucha, digo... (*Revelando una transición de espíritu.*) Y me voy también. Ya no estoy tan aburrido. ¡Ciao! (*Sale.*)

CUESTIONES SOCIALES

LA DEFENSA DEL RICO.—Es muy curiosa y no poco original, y aun á ratos paradógica, la defensa del rico que en *La Grande Revue* hace Julio Sageret.

Sediento de justicia é irritado por las desigualdades sociales, el autor fué un dia á ver á su amigo Fótimo, un archimillonario egoísta, y le increpó así:—¿No te da vergüenza de ser rico?

—¿Y por qué me ha de dar vergüenza?—contestó Fótimo ofreciéndole un habano.—Mi fortuna no debe un cuarto á mi trabajo ni á mi astucia; procede de un tío á quien no conocí, y ni siquiera sé cómo la hizo. Ningún daño hago al proletariado. Si comiera diez kilos de pan diarios, podrían decir que encarecía el género, privando á otros de su ración; pero sólo consumo una libra, la mitad de la ración de cualquier obrero. Tampoco bebo el vino del pueblo; Francia produce al año 50 millones de hectolitros de vinillos babosos ó de vinagrillos picados: ese es el Océano en el que se abreva el proletariado; yo

apago mi sed en el riachuelo de 200.000 hectolitros de las buenas viñas borgoñonas ó bordelesas. Y no es que con esto prive á los obreros del goce de las bebidas finas; ni sus paladares tienen gusto para ese goce, ni les tocarían más que algunas gotas al año si se repartieran los buenos vinos entre todos.

Y así sucede con lo demás: yo no gasto vestidos de obrero, ni duermo en camas de obrero, ni los diamantes que doy á mi querida son adornos propios para mujeres del pueblo; ni ocupo el sitio del obrero en los ómnibus ó en los tranvías, porque para eso tengo mi auto. Nada impide fabricar tejidos ordinarios y muebles á máquina y piedras falsas, para que ningún obrero carezca de ropa, muebles ni adornos; yo no me proveo de nada de eso, y mi ración queda disponible para quien la quiera. Sería locura que todos comieran trufas y vistieran de seda y se adornaran con brillantes; eso se queda para los privilegiados, y yo soy uno de ellos. Es verdad que nadie produce menos que yo, como que yo me atengo á mi papel de consumidor y nada más. Y no es poco, pues nada compro sin detenida elección para asegurarme de que es lo mejor. Soy propulsor de la civilización; sin mí y sin los que hacen lo que yo, los productos raros no tendrían salida. Los que faltan á su deber, son los ricos que no saben consumir, como nosotros, lo mejor de lo mejor.

El refinamiento es resultado de un largo ejercicio. Mis cuidados de buen consumidor me han impedido siempre disfrutar de los placeres del proletariado. Quien me acuse de estar ocioso, es tonto; esa ociosidad me impide explotar al proletariado. Mi prodigalidad ó mi falta de virtudes ahorrativas hace que no crezca mi fortuna, y así me abstengo de engordar al Capital, ese monstruo insaciable. Tanto tengo, cuanto gasto; no soy el burgués-esponja, que se hincha de economías y deja pasar un hilito de gastos. A quien se puede criticar de explotador es al buen rico, que tiene privaciones y que ahorra. Ese ahorro, que viene de los trabajadores, no vuelve á los trabajadores como el mío, sino que cae en la inmensa hucheta nacional. Como

Francia ahorra más de lo que produce, el oro se acumula en ella más que las otras riquezas, y todo aumenta de precio. Tú economizas tres millones, y sólo puedes comprar con ellos valor de dos; es un millón perdido, ganado por el trabajo, y que no volvera á ver, y el obrero lo paga en definitiva. Yo, en cambio, nada tomo de ellos que no les devuelva en el acto.

Claro es que los dividendos de mis minas me los dan los mineros, y que yo se lo entrego luego á los pintores, á los joyeros, á las modistas, que son muchas veces burgueses-esponjas; pero eso no es cuenta mía; si los demás se privan de gozar, por atesorar, es culpa suya, y no mía. El verdadero crimen de los ricos es el ahorro.

Cuando, en lo crudo del invierno, las modistillas, vestidas de percal y tiritando, ven pasar á mi querida abrigada con 50.000 francos de zibelina, pensarán sin duda que allí había para tener calientes á dos mil de ellas; pero eso es un error. Si esas pieles no estuvieran en el guardarropa, estarían en otra parte; si servían para abrigar el cuello de un centenar de burguesas, ¿tendrían por eso más calor las dos mil trotacalles? Y si siguieran preservando del frío á sus dueñas naturales las martas, ¿no sería otro tanto perdido para los valientes cazadores de Siberia ó del Canadá y para los peleteros de Europa?

No hay medio de salir de este dilema: ó conservar al rico, ó suprimir la producción de lujo. Si se toma este último partido, nada se habrá hecho con destruir las grandes fortunas. ¡Valiente refuerzo sentiría la producción con restituirle nuestros brazos y nuestro cerebro! ¡Un hombre más por cada cien mil! Para aumentar en una décima el número de trabajadores, había que dirigirse á las fortunas medias, y aun á las pequeñas. Y abierto el camino, ¿dónde habría que llegar? Los pequeños son los únicos que hoy luchan con los pequeños. El miserable sólo es explotado por el pobre, como el pobre es explotado por el de muy pequeña fortuna. ¿Qué salario de hambre es el que ganan las obreras de confecciones populares? Cuando la esposa del humilde se endominga, es cuando hay que pen-

sar en las infelices que cosen noche y día sin ganar para comer; no cuando se tropieza con el traje lujoso, cuya perfección exige una obrera lista é inteligente y bien pagada. ¿Qué sería lo bello sin nosotros? No lo creamos, pero hacemos vivir á quienes lo crean, pagándoles bien. ¿Y hay nada en la tierra más celestial que lo bello?

La misma ley rige la sociedad humana y el universo material, y esa ley, análoga al principio de Carnot, puede llamarse la «disminución de las diferencias». El mundo físico está dotado de una vida que los sabios llaman energía, y que se manifiesta por diferencias. Diferencias de temperatura que hacen aparecer la actividad calórica; diferencias de nivel por las que la nieve de los Alpes corre hacia el mar formando ríos. Por el juego mismo de esa actividad, las diferencias tienden á disminuir. El sol se enfría porque calienta el espacio; el torrente desgasta la montaña, y la rebaja. Llegará algún día en que no haya diferencias en el universo: los ríos dejarán de correr, y el sol y el espacio tendrán el mismo calor ó el mismo frío; la muerte universal seguirá á la abolición de estas diferencias. Lo mismo sucederá en el mundo moral: las gentes se quieren, se odian, se atraen y se rechazan, porque no son iguales. El instinto de imitación que, según Tarde, es el autor esencial de la actividad humana, permanecería inerte si todo el mundo llegara á hacer las mismas cosas. Sin deseos, se queda uno inactivo; y como no se desea sino lo que no se tiene, ¿cómo saber lo que á uno le falta si nadie lo tiene, si no hay diferencias de posesión? Estas diferencias tienden á disminuir por la fuerza misma del movimiento que imprimen á la Humanidad. Las particulares de trajes y costumbres se borran; se viaja, y el resultado del viaje es saber que se encuentra la misma cocina en todos los grandes hoteles de las cinco partes del mundo. El movimiento político y social va, por su parte, aboliendo las diferencias de otro orden; y llegará el día en que la ola social lo habrá igualado todo. Ese día la Humanidad quedará estancada; es decir, muerta. Amadnos, pues, á los ricos, si no que-

réis apresurar ese fin, porque nosotros constituimos esas diferencias, y nosotros prolongamos la vida social.»

Así habló Fótimo. Quizá tiene razón en algunas cosas. Pero es discutible su teoría de las diferencias y es erróneo su desprecio del ahorro, depósito que almacena la riqueza en los días de crecida para dejarla correr cuando una crisis hace bajar el nivel del río económico. En cuanto á sus alabanzas á la ociosidad, también son equivocadas. Este tipo de ricos que no contribuyen ni con un céntimo ni con una palabra á la extensión del movimiento cooperativo, son sencillamente parásitos á quienes á lo sumo se puede perdonar cuando tienen el gusto y la cultura de Fótimo, que no es lo ordinario.

IMPRESIONES Y NOTAS

LA «MARCHA FÚNEBRE» DE CHOPIN.—Juan Víctor Bates cuenta en *Cassell's Magazine* cómo improvisó Chopin su famosa *Marcha fúnebre* en casa de Ziem. Este Ziem era un ingeniero militar, artista, escritor, explorador, gran amigo de Jorge Sand y de otros muchos literatos, á quienes obsequiaba frecuentemente, habiendo vivido en París durante el sitio y habiéndose arruinado por socorrer á los desgraciados.

Hallándose en Niza, lograba reunir á su mesa, muy pobre entonces, á los más ilustres literatos. Los mejores ornamentos de la habitación eran un piano viejo y un esqueleto. Una noche, cerca ya de las doce y media, y cuando las velas estaban así del todo consumidas, alguien rogó á Ziem que tocara unos valeses. «Yendo hacia el piano—dice—tropecé con el esqueleto; me eché á reir, lo cogí y comencé á golpear sobre el teclado con los huesos de sus manos las primeras notas de una danza. De pronto sentí que alguien tiraba una silla al suelo al levantarme precipitadamente, y antes de que pudiera darme cuenta de lo ocurrido, me sentí empujado de mi asiento. Mi puesto ante el piano era ocupado por Chopin, y el piano empezó á sonar como si los propios ángeles ó el mismo diablo lo tocaran. ¡Dios

mío! En medio del silencio más profundo sonó, como jamás lo había oído. Recuerdo todavía, como si las estuviera viendo, las caras de los que oían la sublime música: en la de Alfredo de Musset, las pequeñas arrugas de la frente se abrían en profundos surcos; la de Balzac, exaltada y serena; la de Jorge Sand, blanca como un sudario, la boca entreabierta y los grandes ojos centelleando como estrellas; las de Rossini, Houssaye, Delacroix... todas las veo. Las velas agonizaban en la semi-obscuridad... En aquella noche, en mi casa, Chopin había escrito su inmortal *Marcha fúnebre*.»

*
* *

¿HA CONTRIBUIDO LA DIFUSIÓN DEL SABER Á LA FELICIDAD DE LOS HOMBRES?—He ahí el problema que plantea Aquiles Doria en la *Deutsche Revue*:

Parece evidente que los progresos de la instrucción en las clases populares, lejos de disminuir la suma de males que afligen á la humanidad, los ha aumentado. El aldeano de los campos y montañas en que la instrucción obligatoria no ha penetrado todavía, se muestra satisfecho de su suerte; es pacífico y está contento, desconoce la envidia, soporta con resignación la adversidad y toma la vida como es, sin mostrar los puños al destino; en las regiones en que la instrucción ha penetrado, las cosas desgraciadamente se presentan de muy distinto modo.

El obrero que ha pasado por la escuela, sufre y se avergüenza de su situación; tiene sin cesar los ojos levantados hacia las clases más afortunadas, las envidia y las detesta; lucha por igualarse con ellas, y como no puede, se hace víctima de la suerte y de la sociedad; sus necesidades aumentan, sin que sus recursos sigan la misma proporción; se agría y se irrita, y su vida se ve emponzoñada por celos y desilusiones.

La semi-instrucción con que se le ha obsequiado no le hace más feliz, ni mucho menos más moral. La mayor parte se sirven de esa instrucción del peor modo posible; devoran novelas

tontas y diarios sensacionales, y se muestran cada vez más aficionados á la literatura malsana. En Francia el decrecimiento de la población ha coincidido con la difusión de la instrucción, sin que la disminución de nacimiento haya aumentado la felicidad, pues precisamente las provincias en que la natalidad es menor, son las que dan mayor contingente de suicidas.

La extremada difusión de la instrucción ha producido además otro resultado, cuya repercusión ha sido sufrida por las clases superiores: ha sido preciso democratizar todos los conocimientos humanos, poniéndolos al alcance de los ignorantes con prisa de saber ó de poco cacumen, y para ello se han simplificado y facilitado todos los estudios, resumiéndolo todo y sirviendo la ciencia á tajaditas de fácil digestión en manuales remediavagos, mementos y cursos á gran velocidad. Pronto se ha generalizado tan detestable modo de estudiar, y así todos tienen un barniz superficial de saber variado, que les hace imaginarse que se hallan á la altura de los espíritus cultos y hasta de los intelectuales. Todo el mundo sabe algo de todo, y muy pocos estudian seriamente nada. Se aprende de prisa y se olvida más á prisa todavía. Nadie digiere lo aprendido, porque ese manjar intelectual ha perdido todas sus virtudes nutritivas. La gran ventaja del estudio no consiste en amueblar la memoria, sino en formar, desarrollar y disciplinar la inteligencia. Poner la ciencia al alcance de todos sin que nadie necesite estudios, esfuerzos serios para conquistarla, no sería civilizar, sino embrutecer á la humanidad; y ése es desgraciadamente el ideal que persiguen los que quieren democratizar la ciencia.

¿Debe por eso renunciarse á la instrucción obligatoria? Nada de eso. Estamos en un período de ensayos, de tanteos, de transición. Lo que hay que hacer es encauzar la enseñanza de modo que los estudios sean más profundos y más sustanciales, sin descuidar por otra parte la instrucción moral, como se viene haciendo.

* * *

EL RAYO Y EL AGUA SUBTERRÁNEA.—El doctor Pedro Farreras, médico militar, ha tenido ocasión, durante su residencia en el fuerte del Coll de Ladrones (valle del Canfranc), situado sobre un peñón de mármol á 1.300 metros de altura, entre montañas de 2.200 á 2.600, de hacer curiosas observaciones sobre las relaciones que existen entre las corrientes eléctricas y el agua subterránea.

Llamó ante todo su atención, el hecho de que los árboles heridos ó muertos por el rayo, allí frecuentísimo, no eran los de los puntos más elevados de los bosques; allí, por el contrario, había vivos é indemnes árboles casi seculares. Recordó entonces que en su pueblo—Masnou—y en los vecinos de Alella, Tiana, Teyá y otros, las alturas estaban coronadas de árboles corpulentos y frondosos, y allí mismo, en el Coll, veía desde su pabellón sobre un ingente peñasco, nido de águilas, un pino añoso y solitario respetado por todas las tormentas. ¿Cómo explicar esto?

No acertaba con la solución, cuando en la *Kolnische Zeitung* del 24 de Agosto de 1906, leyó una comunicación del príncipe Hans Carolath, de Hannover, en la que decía que los rayos caen casi exclusivamente en los sitios bajo los cuales corren venas de agua. Entonces recordó que los árboles fulgurados que él había visto estaban siempre cerca y encima de manantiales. Y entonces dió con la clave del problema.

El príncipe Hans sostiene que allí donde se vea un árbol fulgurado, se puede asegurar que hay una vena de agua; y en cuanto á los rayos, que caen en el mar ó en los lagos, con tanta frecuencia, opina que lo hacen sobre corrientes de agua, que van por debajo del fondo. Es curiosa también su observación, de que las personas que se acuestan sobre venas de agua, tienen el sueño muy intranquilo, ensayando inútilmente todos los hipnóticos, cuando les bastaría con mudarse de sitio. Todo esto es muy interesante, pero lo malo es que Hans Carolath, funda sus asertos en indicaciones obtenidas por la varita mágica de los buscadores de minas.

El procedimiento es antiquísimo, y quizá lo utilizara el mismo Moisés; la baronesa de Beau-Soleil, encargada oficialmente de buscar fuentes, lo empleó de 1601 á 1640 en Francia, Baviera, Tirol, Estados pontificios, etc.; la varita es de ave-lano, cortada en cierta estación y pronunciando ciertas pala-bras. Otros buscadores dicen que tiene que ser en forma de V ó de Y; se coge por las ramas con las dos manos y se recorren con ella los terrenos; al sentir agua, la varita gira, según los alemanes, hacia abajo, y según los franceses, hacia arriba; se-gún Hans Carolath, hacia arriba si el agua es dulce, y hacia abajo si el agua es mineral ó con filones metálicos.

Chevreul atribuye los movimientos de la varita á las con-tracciones musculares de sus portadores. La mayor parte de los ingenieros y naturalistas no conceden importancia á la varita; pero otros reconocen que hay hechos indiscutibles. El doc-tor Farreras ha prescindido por completo de la varita, y sus observaciones han sido hechas por inspección ocular, y de ellas resulta perfectamente comprobado que las chispas eléctricas caen sobre las fuentes ó cerca de ellas. Este hecho se armoniza con las conclusiones científicas sobre la mayor combustibilidad del rayo por la humedad; de donde resulta que cuanto más rico en agua es el suelo, tanto más expuesto está, por ser me-jor conductor.

De todo este estudio deduce Farreras reglas de gran utili-dad para preservarse del rayo. No conviene durante las tor-mentas permanecer en sitios sobre manantiales; cuando la geología ó la flora nos hagan sospechar que puede haber ve-nas de agua, ó cuando veamos ó sepamos que allí han caído rayos, apartémonos cuanto antes; en los caminos esos sitios debían ser señalados con mojones especiales como peligrosos. Los pararrayos deben comunicar directamente, no con agua, sino con las capas auríferas; de otro modo, puede ocurrir lo que con el faro de Fecamp, que, á pesar de su pararrayo, fué destruído por una tormenta, por ir á dar el hilo conductor á una cisterna incomunicada con el agua subterránea.

Lo que no ha estudiado Farreras es el partido que puede sacarse de estos estudios para el alumbramiento de pozos artesianos, aspecto interesantísimo del problema que brindamos á los técnicos.

*
* *

LA EDUCACIÓN DE LOS SENTIDOS.—Dice el doctor Caze en *La Revue*, que se ha descuidado hasta aquí la educación de los sentidos en los programas de enseñanza primaria, pues no se enseña á los niños á ver, á escuchar, á tocar, á ejercitar su olfato, á discernir los sabores. Se ve mal, se oye mal, no sabe uno servirse de los dedos para reconocer los objetos por el tacto, no se tiene noción exacta de los olores y apenas se conocen los sabores.

El profesor Elmer Gates del Instituto Smithsonian se ha dedicado á buscar remedios á estas insuficiencias de educación, cultivando el ejercicio de los sentidos sin desatender la cultura del cerebro, como asiento del sensorio, y enseñando, como consecuencia, á pensar aprisa. Por de pronto, inicia al niño en el discernimiento de los colores, para lo que se sirve de discos de la misma coloración, pero diferentemente matizadas; somete metódicamente á la vista hasta 30.000 (eso dice el doctor Caze, pero nos parecen muchos discos y muchos matices), que hace nombrar por el niño con todos sus caracteres distintivos hasta que la vista no cometa ya ningún error. Estas lecciones comienzan á los dos ó tres años y duran hasta el séptimo ú octavo. Al cuarto año comienza la educación del oído por medio de un sonómetro, que permite comprobar experimentalmente los tonos teóricos de la vibración de las cuerdas y medir la intensidad de los sonidos, y de un andiómetro de Hughes, que mide la acuidad auditiva. Para la mentalidad, se emplean multitud de juguetes científicos, la plancha agujereada para meter clavijas, el juego de la sortija, etc.

El doctor Gates ha comprobado que la energía muscular

puede aumentarse ó disminuirse por el aumento de calor ó frío de los miembros, así como por ciertos estimulantes, té ó café. También ha reconocido que el mejor momento para el ejercicio muscular es por la mañana, tras una buena noche de sueño. El método Gates se emplea hoy en los Estados Unidos con preferencia al Fröbel, y los resultados para la educación de los sentidos son excelentes.

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Il concetto della natura e il principio del diritto, per Giorgio Del Vecchio. Torino. Fratelli Bocca, editori, 1908. Un vol. de 174 págs., 5 liras.

Hay en la Italia contemporánea un buen número (una docena cuando menos) de jóvenes juristas que cultivan con bastante fruto los estudios de filosofía del derecho. Los hay positivistas é idealistas, y entre estos últimos ocupa uno de los lugares más eminentes, por su temple filosófico y su dominio de la literatura, tanto antigua como moderna, relativa á los problemas filosófico-jurídicos, y en general á todos los problemas de la filosofía, el autor del presente libro, Jorge Del Vecchio, actualmente profesor de Filosofía del derecho en la Universidad de Sassari, y de quien ya otra vez he hablado yo mismo á nuestro público al noticiarle la publicación de su otro libro *I presupposti filosofici della nozione del diritto* (Bologna, 1905), traducido recientemente al español. A mí, aun cuando no me parecen admisibles todas sus observaciones, ni acertado el criterio fundamental que las informa, sin embargo, me deleita su lectura, porque me hace pensar no poco, rumiar, y, por consiguiente, completar y depurar mis propias construcciones mentales, que sin estos trabajos de autocritica saldrían siempre más rectilíneas y sistemáticas de lo que todavía son.

Como el derecho natural—cuya existencia, en contra de los impugnadores del mismo, sostiene decididamente Del Vecchio, y por la elaboración científica, ó mejor, filosófica, de cuyo concepto tanto y tan provechosamente trabaja—es el derecho fundado en la naturaleza, singularmente en la del hombre,

preciso es comenzar por poner bien en claro lo que ha de entenderse por «naturaleza», ya que á esta palabra se le suelen dar significaciones distintas y aun diversas, de lo cual fluye, necesariamente, la confusión y la falta de seguridad que domina respecto de la cuestión. He aquí el asunto, que yo tengo por muy importante, del presente libro; para cuyo desarrollo pone Del Vecchio á contribución las doctrinas y enseñanzas de una multitud de escritores y filósofos, no sólo de nuestros días, de los que cita muchísimos, sobre todo alemanes é italianos (muy pocos franceses, ningún español), sino también de los que en los pasados siglos descollaron más, por lo cual han llegado hasta nosotros con el carácter y el dictado de clásicos.

Cuantos del derecho natural traten ó hablen debieran dilucidar previamente, si no quieren obrar de ligero y construir en el aire, los problemas en que se ocupa el libro éste del profesor Del Vecchio.

P. DORADO

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....	5
<i>Notas de una excursión por la provincia de Málaga</i> , por Rodrigo Amador de los Ríos.....	13
<i>Juicio contradictorio</i> , por Anselmo Fuentes.....	52
<i>La embajada de España en París en los comienzos de la Revolución francesa</i> , por Juan Pérez de Guzmán.....	87
<i>España fuera de España.—Un problema de Moral y de Historia</i> , por Emile Gebhart.....	102
<i>El suplicio del silencio</i> (novela), por Federico Spielhagen.....	125
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	160
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	171
<i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado.....	206